

An illustration of a young man and woman in winter attire. The woman has long black hair and wears a dark blue turtleneck sweater. The man has short green hair and wears an orange sweater and grey pants. They are holding a red book together. The background is light green with white snowflakes. A red ribbon with gold borders runs diagonally across the top and bottom. A large red and gold bow is in the bottom left corner.

Antología
Navideña

2018

WARNING!



YAOI Boys Love +18
Cont. homoerótico



Índice

¿Un Año Nuevo Contigo?...Mejor una Vida -Eréndida Alfaro	149
El Mejor Regalo -Leon Küdell.....	164
Embrujo a Medianoche - Ruby Vervain.....	211
Esta es mi Familia - EmiRose Santiago.....	108
La Nochebuena no Siempre Antecede a la Navidad - Ely Grados.....	51
La Primera Navidad de Muchas - Luna Black Kuran.....	197
La Voluntad del Alfa - Daniel Richards.....	226
No Pedí un Estúpido Sicario por Navidad - Ana Prego	5
Un Regalo Especial para Navidad -Celeste G.....	31



Ana Prego



No pedí un estúpido sicario
por Navidad

NO PEDÍ UN ESTÚPIDO SICARIO POR NAVIDAD



El cuatrimestre llegaba a su fin y los exámenes de enero se aproximaban. Faltaba menos de un mes porque la Navidad ya estaba a la vuelta de la esquina y los apuntes se acumulaban sobre el escritorio a la espera de ser estudiados y memorizados. David dejó escapar un largo bostezo y luego se frotó los ojos que ya empezaban a dolerle. Llevaba toda la noche levantado para poder preparar bien una de las materias más duras del curso y estaba completamente agotado. Sopesó sus posibilidades y se preguntó si debería ir a la cocina para hacer más café que le ayudase a aguantar despierto el resto de la noche o si sería mejor que se rindiera y se metiese en la cama para descansar al menos cuatro horas antes de que tuviera que ir a clase. Estaba tan cansado que las dos opciones le producían una pereza terrible porque implicaban que tendría que levantarse de la silla.

Se recordó a sí mismo que debía seguir hincando los codos porque no podía permitirse suspender ninguna asignatura puesto que estaba en la universidad gracias a una beca y necesitaba conservarla si no quería verse obligado a abandonar la carrera de medicina. Él mismo se había impuesto ese yugo cuando decidió cortar la relación con su padre y buscarse la vida por su cuenta. Ahora, le costase lo que le costase, debía ser autosuficiente para todo, pero lo cierto es que no se arrepentía ni un poco de haber tomado aquella determinación porque se sentía más tranquilo y liberado sin tener que estar constantemente bajo el férreo control de Alberto Mariño, su intransigente e intolerante progenitor.

David provenía de una larga estirpe de mafiosos gallegos. Su bisabuelo y abuelo ya se habían dedicado al contrabando de tabaco, pero fue su padre quien dio el salto al

narcotráfico cuando se alió con un peligroso cártel colombiano al que ayudaba a introducir cocaína en Europa, a través de las costas gallegas, usando las mismas rutas marítimas y terrestres que ya se utilizaban anteriormente con el tabaco. Alberto había levantado un gran imperio gracias a esa nociva sustancia, y en la actualidad, poseía más de media docena de empresas legales que le servían para blanquear el dinero sucio de la droga y continuar prosperando. También tenía varios inmuebles, coches, barcos y todos los lujos que uno se pudiese imaginar.

Sin embargo, sus numerosas riquezas no compensaban el ser un pésimo padre porque había estado prácticamente ausente mientras sus hijos crecían, siempre centrado en sus negocios, y nunca había sabido escucharlos ni comprenderlos. David era el menor de tres hermanos y también fue el que peor lo pasó de todos porque perdió a su madre a temprana edad y según se iba haciendo mayor empezó a darse cuenta de que era diferente a los demás chicos, porque a él no le interesaban las chicas sino que se sentía atraído por las personas de su mismo sexo. Al no poder hablar con su homofóbico padre del asunto y no tener una madre a la que acudir, David se sintió muy solo e incomprendido durante la mayor parte de su vida. Por eso, en cuanto tuvo la edad suficiente, se fue de casa y se trasladó a estudiar a Madrid.

Ahora, iba tirando con la beca de estudios y un trabajo a tiempo parcial en un restaurante de comida rápida. No contaba con las comodidades de sus dos hermanos que se habían quedado en Galicia y trabajaban para Alberto, pero no los envidiaba ni un poco puesto que consideraba que el valor de su libertad y paz mental era incalculable. Ese era el principal motivo de que David estudiase y se esforzase tanto. Incluso si eso implicaba renunciar al ocio, a la vida social e incluso al sexo. Pues, su peor temor era perder la beca y tener que volver a Galicia con el rabo entre las piernas para pedirle ayuda a su padre.

Después de meditarlo unos segundos, David tomó la decisión de aprovechar el resto de la noche para continuar preparando aquella asignatura que se le estaba resistiendo desde principios de curso. «*Ya dormiré cuando tenga el título*», pensó con resignación y se dispuso a levantarse para ir a preparar café. Se quitó los cascos de las orejas, ya que

siempre escuchaba música instrumental mientras estudiaba y a esas horas solía ponerse los auriculares para no molestar a sus compañeros de piso, y se levantó muy lentamente de la silla mientras dibujaba una mueca de dolor en su rostro porque tenía la espalda agarrotada de llevar tantas horas en la misma postura.

De pronto, escuchó un ruido muy extraño que le resultaba vagamente familiar, pero que en ese momento no supo identificar. Lo que sí reconoció fue la voz del chico andaluz con el que llevaba compartiendo vivienda desde hacía dos años y pico. Éste parecía mortalmente asustado y no hacía más que balbucear: *“Por favor, no, por favor, no...”*. Y de repente, David volvió a oír el mismo sonido y las súplicas de su compañero se detuvieron para siempre. Entonces, cayó en la cuenta de que se trataba del ruido que efectuaba una pistola con silenciador al ser disparada. Lo había escuchado cientos de veces en Galicia cuando su padre les hizo un hueco en su apretada agenda para enseñarles a disparar a sus hermanos y a él. El joven estudiante se quedó petrificado en el sitio sin saber qué hacer. Su primer impulso fue ir a ver qué ocurría, pero su sentido común le decía que se ocultase bien y aguardase porque lo que estaba pasando no era nada bueno. Había vivido el tiempo suficiente con Alberto Mariño como para saber cuándo una situación era de vida o muerte, y esa lo parecía.

David miró a su alrededor en busca de un buen lugar donde esconderse, pero los únicos sitios en los que podía hacerlo eran el armario o debajo de la cama y le pareció que resultaban demasiado obvios. Sopesó la idea de salir por la ventana, pero se encontraban en un segundo piso y supuso que lo más seguro era que si saltaba, iba a hacerse bastante daño o incluso podía romperse algún hueso. Lo único que le quedaba por hacer era cerrar la puerta de su habitación con llave y llamar a la policía con la esperanza de que llegasen a tiempo, así que se apresuró a encerrarse y luego buscó su teléfono por toda la habitación hasta que lo encontró debajo de unos apuntes. Estaba tan extremadamente nervioso y asustado que el móvil se le resbaló de las manos y casi cayó al suelo, pero logró cogerlo en el aire.

Se encontraba marcando el número de la policía cuando el pomo de su puerta se movió bruscamente. Alguien estaba tratando de entrar en su dormitorio. David sabía que

aquella puerta era muy endeble y no aguantaría mucho si intentaban forzarla o echarla abajo, pero él ya no podía hacer nada más porque no tenía ningún arma consigo para defenderse, ni siquiera una mísera navaja. Siempre había odiado la violencia y cualquier objeto que estuviese relacionado con ella. Sin embargo, en ese momento, le hubiese gustado ser un poco más como su padre y dormir con una pistola debajo de la almohada porque creía que al menos así habría tenido una pequeña posibilidad de sobrevivir. Una mujer respondió a su llamada de teléfono, pero David no tuvo tiempo de explicarle lo que ocurría porque, en ese mismo instante, la madera de la entrada de su dormitorio estalló y salió disparada en todas direcciones al ser fuertemente pateada.

David se encontró frente a frente con un corpulento individuo que lo apuntaba con una pistola. Vestía de negro, llevaba la cara cubierta con un pasamontañas y su gélida mirada inspiraba un miedo atroz. En ese momento, el joven estudiante estuvo seguro de que iba a morir. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y un nudo horrible se formó en su garganta, impidiéndole respirar con normalidad. Sus ojos se clavaron en los del intruso y, aunque quería preguntarle por qué hacía aquello, fue incapaz de articular ni una sola palabra porque el miedo lo paralizaba. Como si ocurriese a cámara lenta, vio como el dedo se movía en el gatillo del arma con que lo apuntaba y su única reacción fue apretar los párpados con fuerza para no ver lo que estaba a punto de ocurrir. *«Por favor, que sea rápido»*, pensó, angustiado. Después, escuchó un disparo seguido de un quejido ahogado y finalmente un pesado cuerpo desplomándose en el suelo, pero sabía que no se trataba de él porque aún continuaba de pie.

Tremendamente desconcertado, David abrió los ojos. Lo primero que vio fue a un hombre parado en el umbral y observándolo con una expresión ilegible en la cara. Se trataba de un tipo alto y bastante musculoso. También vestía con ropa oscura, pero a diferencia del otro atacante, este llevaba una cazadora de cuero negro y la cara descubierta. Tenía rasgos latinos: piel morena, ojos marrones, pelo negro y muy corto. Su mirada era igual de fría y amenazadora que la del encapuchado que ahora yacía a sus pies sobre un vasto charco de sangre y con el cráneo agujereado, pero no apuntaba a David con su arma, sino que la sostenía con el cañón mirando hacia el suelo. Aun así, el joven

estudiante no se sintió más seguro que cuando el tipo del pasamontañas estuvo a punto de dispararle porque había algo en aquel individuo que lo inquietaba mucho.

—Me envía tu padre —dijo el recién llegado, que para sorpresa de David tenía acento español—. Tenemos que irnos. Vendrán más.

—¿Irnos? ¿A dónde? —preguntó, confuso.

—Ahora no puedo explicártelo. —Sujetó al joven estudiante por un brazo y tiró de él bruscamente hacia la salida—. Ya te lo contaré todo cuando estemos en un sitio seguro.

—Yo no me voy a ninguna parte contigo porque no te conozco de nada —repuso David con obstinación, al tiempo que se libraba del agarre del otro—. He llamado a la policía y están a punto de llegar, así que será mejor que te largues de aquí si no quieres terminar en la cárcel por matar al del pasamontañas.

—No tengo tiempo para estupideces —refunfuñó, malhumorado, antes de colocar el cañón de su pistola sobre la sien de David—. O te mueves o te pego un tiro aquí mismo. Tú eliges.

—Vale, vale... Tranquilo —masculló, aterrorizado.

—Ponte un abrigo. Fuera hace frío.

David quiso objetar que el revólver que tenía contra su cráneo era infinitamente más peligroso que las bajas temperaturas del invierno de Madrid, pero optó por permanecer callado porque intuía que aquel individuo no estaba para bromas y que una sola impertinencia más le podía costar muy cara. Sacó su anorak rojo del armario y se la puso a toda prisa. El tipo de la cazadora de cuero bajó la pistola y volvió a sujetarlo por el brazo para llevárselo fuera del dormitorio. David hizo una mueca de profundo desagrado cuanto tuvo que esquivar el cadáver que había junto a su puerta para atravesar el umbral.

Sin embargo, lo que se encontró en el pasillo fue muchísimo peor: todo estaba cubierto o salpicado de sangre, vio los cuerpos sin vida de sus dos compañeros de piso tendidos sobre un charco de ese viscoso líquido y a otros tres encapuchados que habían corrido la misma suerte que el que se encontraba en su cuarto. Aquello parecía la macabra y

retorcida escena de una película gore, pero resultaba aun peor porque era real. David estaba completamente horrorizado puesto que jamás había visto la muerte tan de cerca y su estomago comenzó a revolverse sin remedio. No habían llegado ni al recibidor cuanto tuvo que agacharse para vomitar hasta la última papilla. Su acompañante resopló con impaciencia y casi lo levantó en peso para llevárselo del apartamento. Salieron a la fría noche.

Los dos hombres cruzaron la calle a toda prisa. El extraño ya no apuntaba a David con su arma, pero todavía lo tenía sujeto por el brazo y tiraba de él con brusquedad. El gallego hacía lo posible por seguirle el ritmo mientras se preguntaba si existiría alguna forma de escapar de ese amenazador individuo. Pues, David tenía muy claro que las intenciones de aquel tipejo no debían ser nada buenas. Le había dicho que lo enviaba Alberto, pero no se lo creía porque estaba convencido de que, por muy mal padre que fuese, él jamás le mandaría a un matón para que lo encañonase con su pistola. Así que la única explicación que se le ocurría era que estaba tratando de secuestrarlo para pedir un rescate por él o algo así. Aún no sabía muy bien dónde encajaban los cuatro encapuchados que habían fallecido en su piso, pero supuso que serían de alguna banda rival que pretendían hacer lo mismo y se habían encontrado con alguien más mortífero que ellos. Alberto Mariño era un hombre muy rico con enemigos poderosos e inevitablemente eso ponía una diana sobre las cabezas de sus hijos.

—Sube al coche —le ordenó el hombre de aspecto latino con muy malas maneras, al tiempo que señalaba un Mercedes de color negro que estaba aparcado justo en frente del edificio en el que vivía David.

El estudiante se disponía a sentarse en el asiento del copiloto cuando una furgoneta gris llegó a toda velocidad y frenó bruscamente junto a ellos. Los hechos que ocurrieron a continuación fueron tan vertiginosos que David no tuvo tiempo de procesarlos. El hombre de la chaqueta de cuero empujó al estudiante con brusquedad y ambos cayeron al suelo. Acto seguido, una lluvia de balas hizo estallar las ventanillas del Mercedes. El tipo de rasgos latinos se puso en cuclillas, resguardándose detrás del coche, y comenzó a devolver los disparos. Durante unos instantes, David se quedó tendido sobre los

adoquines de la acera sin ser capaz de hacer otra cosa más que hiperventilar. Podía oír como las balas volaban por encima de él y se estrellaban en todas partes. Y eso le crispaba los nervios de un modo que jamás había experimentado.

Entonces, David se dio cuenta de que su acompañante forzoso estaba distraído tratando de liquidar a los individuos que los atacaban y que era un buen momento para escapar. El gallego se sentó y miró a su alrededor. Ese lado de calle estaba completamente repleto de automóviles aparcados en paralelo. Pensó que si iba agachado para esconderse detrás de los vehículos y protegerse así de los disparos podía llegar hasta el siguiente cruce y dese allí echar a correr. No obstante, debía hacerlo de prisa para despistar a su secuestrador mientras aún estaba ocupado con los tipos de la furgoneta. Tenía serias dudas de que aquel plan pudiese salir bien, pero también sabía que esa era su única oportunidad de huir, así que decidió no darle más vueltas y comenzó a avanzar todo lo de prisa que pudo en aquella incómoda postura.

David estaba cerca del cruce cuando los disparos cesaron. No pudo evitar girar la cabeza para saber qué había ocurrido y vio al sujeto de la chaqueta de cuero de pie y mirando a su alrededor con nerviosismo. Acababa de darse cuenta de que el estudiante se había escapado y lo estaba buscando. De repente, los ojos de ambos hombres se encontraron. En los del gallego había pánico, pero los del otro destellaban una furia terrible. David se incorporó y echó a correr tan rápido como pudo. Su presunto secuestrador lo persiguió.

El joven gallego había practicado deporte durante casi toda su vida, pero al trasladarse a Madrid para estudiar, tuvo que priorizar en sus ocupaciones para poder sacarse la carrera y mantener un trabajo a tiempo parcial. Su único ejercicio durante algo más de dos años había sido caminar hasta la parada del metro, cargar libros y preparar hamburguesas en un restaurante de comida rápida, de modo que estaba un poco bajo de forma. Y al trotar a tanta velocidad, no tardó demasiado en sofocarse, pero aun así continuó corriendo porque pensaba que su vida dependía de que lograra escapar de su perseguidor. Resistió el impulso de mirar hacia atrás puesto que sabía que eso sólo lo ralentizaría y giró a la derecha en el siguiente cruce. Lo bueno de que fuese de madrugada era que no había

personas por la calle que le cortasen el paso; lo malo era que de esa forma resultaba más visible.

Al final, David tuvo que detenerse a tomar aire porque ya no aguantaba más y entonces escuchó unas fuertes pisadas a su espalda. No necesitó girarse para saber que se trataba de su perseguidor y que éste estaba muy cerca. Al parecer, el otro se encontraba en mucha mejor forma física que él y no le había costado demasiado alcanzarlo. El cerebro del gallego le envió la orden a sus piernas de que se movieran, pero éstas se negaron a hacerlo porque ya habían sobrepasado sus límites y terminaron doblándose para hacerlo caer de rodillas sobre el pavimento. En ese momento, sintió unas profundas ganas de llorar, pero se resistió a hacerlo porque no quería morir como un cobarde. Muy a su pesar, había heredado el orgullo de Alberto.

—¿Has terminado de hacer el gilipollas? —le increpó el hombre de aspecto latino, jadeando por el esfuerzo—. Levántate de ahí.

—Sí, ya puedes pegarme un tiro —respondió David con aire de derrota al tiempo que se ponía de pie y se volvía para encarar a su atacante.

—No voy a asesinarte. Ya te lo dije antes: me ha enviado tu padre para protegerte. Tuve que amenazarte para sacarte del apartamento porque allí corrías peligro y tú no cooperabas, pero nunca tuve intención de hacerte daño. —Resopló con hastío como si aquella le pareciese la situación más aburrida del mundo—. Mi nombre es Maximiliano, pero puedes llamarme Max si quieres.

—¿Protegerme? No te creo —repuso, incrédulo—. Mi padre y yo llevamos años sin hablarnos. A él le importa una mierda lo que me pase.

—Estás muy equivocado. Alberto se preocupa por todos sus hijos. Mira, ahora no puedo explicártelo todo porque es peligroso que nos quedemos en la calle demasiado tiempo, pero tienes que saber que hay una amenaza de muerte sobre la familia Mariño y que me han encargado que viniese a Madrid para llevarte a un lugar seguro. Entonces, ¿vas a seguir dándome problemas o puedo hacer mi maldito trabajo de una puñetera vez?

—Gracias, pero prefiero ir por mi cuenta. No necesito nada de mi padre —repuso con obstinación y luego echó a andar.

—Él me advirtió de que me responderías algo por el estilo. Por eso me dio la orden expresa de llevarte conmigo quisieras o no, incluso si para ello tenía que usar la fuerza. — Max se abalanzó sobre David, le retorció el brazo en la espalda con una sola mano y lo inmovilizó en cuestión de segundos a pesar de que el otro trató de resistirse con todas sus fuerzas. Después, se sacó una jeringuilla del bolsillo y se la inyectó en el cuello al estudiante—. Créeme, esto lo hago por tu bien. Sin mí no durarías ni un solo día ahí fuera.

—Maldito hijo de... —farfulló antes de que las brumas del sueño se lo tragasen.

David recuperó la consciencia varias horas después. Abrió los ojos y al momento se sintió como si un martillo percutor le estuviese taladrando el cráneo. La luz lo cegó y tuvo que apretar los párpados con fuerza para evitar que su dolor de cabeza empeorara aún más. No sabía qué era lo que su supuesto secuestrador le había dado, pero a juzgar por lo miserable que se sentía, pensó que por lo menos debía tratarse de un sedante para caballos. Volvió a realizar el intento de abrir los ojos, pero esta vez lo hizo más despacio para tratar de acostumbrarse a la claridad. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba tumbado en el asiento trasero de lo que parecía un monovolumen, el cual tenía toda la pinta de ser robado porque había juguetes de niña desperdigados por el suelo. Max iba al volante. Y fuera lucía el sol.

—¿Dónde coño me llevas? —preguntó David con voz ronca, al tiempo que hacía un esfuerzo sobrehumano para incorporarse. Miró por la ventanilla y se dio cuenta de que ya no estaban en Madrid y que, a juzgar por el paisaje, aquello parecía Castilla La Mancha.

—Vamos a una casa segura. Tu familia te está esperando allí. Después, todos cogeréis un avión que os sacará de España —respondió Max, haciendo caso omiso al malestar del otro.

—¿Me vas a explicar ahora qué cojones está pasando?

—¿Quieres la versión larga o la corta? —Sus ojos se clavaron en los de su supuesto prisionero a través del espejo retrovisor.

—Pues... —David lo meditó seriamente y se dio cuenta de que realmente no tenía demasiadas ganas de conocer todos los detalles escabrosos de la vida de Alberto Mariño—. Creo que la corta.

—De acuerdo. Resumiendo mucho, tu padre ha cabreado a base de bien a un importante señor de la droga colombiano, llamado Ernesto Mejía, y éste ha enviado sicarios a asesinar a toda tu familia. Tú incluido. Los tipejos a los que disparé en tu apartamento y en la calle trabajaban para él. Y si quieres continuar con vida, más te vale empezar a hacerme caso porque no puedo perseguirte y protegerte a la vez.

—¿Y cómo encajas tú en este asunto?

—Yo trabajo para el cártel del que Alberto es socio. Estoy de vuestro lado.

—¿Trabajas haciendo qué?

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—Pues teniendo en cuenta que me has sacado de mi apartamento contra mi voluntad y luego me has drogado, lo cierto es que sí me gustaría saber con quién estoy viajando exactamente —repuso con un agrio sarcasmo.

—Mato a las personas que me piden. Rara vez tengo que realizar misiones como esta.

—O sea, también eres un sicario —le soltó con desprecio.

—Sí, es una forma de llamarlo. —Max se encogió de hombros—. Aunque yo prefiero verlo como una forma de hacer limpieza. El mundo está mucho mejor sin la mayoría de la gentuza a la que liquido.

—Pero supongo que no todos serán malos. También habrás asesinado a personas inocentes, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. A veces, hay alguno que se mezcla con quien no debe o mosquea a la gente equivocada y hay que acabar con él. Son gajes del oficio.

—Lo que dices me parece despreciable y de un cinismo increíble. —David se cruzó de brazos y miró por la ventanilla, dando por finalizada la conversación.

—No estoy aquí para caerte bien ni tengo ningún interés en ser tu amigo. Con que llegues vivo a tu destino me conformo. Después, serás problema de otro. —Negó con la cabeza, un tanto hastiado. Aquel niño lo sacaba de quicio—. Desafortunadamente, vamos a tener que hacer una parada por el camino para realizar algunas compras por culpa de tu estampida de anoche porque me dejé mis armas de repuesto y la munición extra en el maletero del Mercedes. Y para cuando pude volver a buscarlos, ya había policías por todas partes.

—¡Mira qué bien! ¿Vas a entrar en un Carrefour y pedirles una ametralladora? —ironizó con desdén.

—No, pensaba venderle tu virginal culo a un conocido mío que es traficante de armas a cambio de unos cuantos suministros.

—Buena suerte con eso. Mi culo es cualquier cosa menos virginal.

—Me alegra mucho saberlo. —Le guiñó un ojo a través del espejo retrovisor y sonrió maliciosamente.

David resopló con fastidio. Lo único que le faltaba era que aquel estúpido sicario se burlase de él. En cuestión de horas, había perdido las dos cosas que más le importaban: su libertad y la posibilidad de sacarse la carrera. Y ahora estaba inmerso en una huida frenética hacia solamente Dios sabía dónde, con un matón a sueldo que decía trabajar para su padre, y escapando de un grupo de asesinos que disparaban primero y preguntaban después. Precisamente, esa era el tipo de situaciones que quería evitar cuando se marchó de Galicia, pero parecía que el apellido Mariño lo perseguía allí a donde iba. «*Yo sólo quería una vida normal*», pensó con amargura.

Recorrieron varios kilómetros más en completo silencio. David no quería entablar ningún tipo de conversación con alguien que se dedicaba a asesinar personas por dinero porque creía que lo que hacía iba en contra de toda conciencia y moral. Por su parte, Max disfrutaba de la tranquilidad de no tener que escuchar las quejas constantes del niño

malcriado que lo acompañaba. Dentro del coche reinaba una calma tensa que podía estallar en cualquier momento.

De pronto, Max detuvo el monovolumen en una desierta área de descanso y apagó el motor. Sin mediar palabra, salió del vehículo y se dirigió hacia otro automóvil que había aparcado muy cerca de allí. David observó la escena desde el asiento trasero en el que había viajado todo el camino y le pareció que el sicario estaba bastante tenso porque no dejaba de mirar en todas direcciones y llevaba la pistola en la mano. Entonces, un hombre de aspecto extraño salió del otro coche y saludó a Max con un apretón de manos. Intercambiaron un par de frases y el hombre le abrió la puerta del maletero para mostrarle algo. El sicario sacó una bolsa de deporte que parecía llena a reventar y le entregó un fajo de billetes a cambio. Después, se despidió de aquel estrambótico individuo, regresó al monovolumen, dejó la bolsa de deporte sobre el asiento del copiloto y se incorporó a la carretera. David comprendió entonces que su compañero forzoso acababa de comprar armas y, a juzgar por lo que abultaban, no debían ser pocas.

—¿De verdad crees que vas a necesitar todo eso? —preguntó el estudiante con una mirada inquisitiva.

—Son solamente por precaución. —Se encogió de hombros—. Todavía nos queda un largo viaje por delante y no sabemos qué nos podemos encontrar.

—A propósito, ¿a dónde vamos?

—Es mejor que no lo sepas. De ese modo, si te capturan, no podrás decirles donde está el resto de tu familia y ellos continuarán a salvo.

—Creía que tú estabas aquí para evitar que me sucediesen ese tipo de cosas.

—Así es, pero si continuas escapándote, no puedo garantizar tu seguridad. —Le dedicó una mirada severa a través del espejo retrovisor.

—Pero tú sabes el paradero de mi padre y mis hermanos, ¿no? ¿Qué pasa si te cogen a tí? —preguntó, haciendo caso omiso a la amenaza velada de su acompañante.

—Yo me pegaría un tiro antes de contarles nada.

—¿Me estás diciendo que tú te preocupas más por mi familia que yo? —inquirió, tremendamente molesto.

—No, lo que digo es que yo tengo un entrenamiento del que tú careces. Puedo resistir la tortura. —Resopló—. De todos modos, no entiendo por qué te indignas tanto puesto que eras tú el que afirmaba hace unas horas que no quería tener nada que ver con su padre y que no necesitabas su ayuda. ¿Tan pronto has cambiado de idea?

—Eso no es lo que...

David no pudo terminar la frase porque de pronto una furgoneta Peugeot se acercó al monovolumen a gran velocidad y les embistió por detrás. David rebotó en su asiento mientras emitía un quejido ahogado. Max se aferró con fuerza al volante y pisó el acelerador a fondo para escapar de sus atacantes, pero la furgoneta volvió a la carga una vez más y provocó que perdiera el control del vehículo. Al mismo tiempo, el Peugeot aumentó la velocidad, se colocó en paralelo al monovolumen y comenzó a darles golpes laterales para sacarlos de la carretera. El sicario hizo todo lo que pudo para zafarse de sus agresores y recuperar el control de su coche, pero no consiguió evitar salirse del carril e ir a chocar contra un poste de la luz que detuvo su huida. Los cinturones de seguridad les salvaron de salir lanzados por el parabrisas, pero su suerte no duró mucho porque enseguida comenzaron los disparos.

—¡Agáchate! —apremió Max a David, mientras trataba de devolver el fuego.

El gallego se encogió todo lo que pudo en su asiento, casi metiendo la cabeza entre las rodillas, y una vez más notó como las balas volaban por encima de él. Ya empezaba a convertirse en una costumbre, una tremendamente desagradable y potencialmente mortífera. Estaba muy asustado y, por primera vez desde que se conocieron, se alegró de que el sicario estuviese a su lado porque tenía la esperanza de que él supiese qué hacer en aquella situación tan jodida.

—Ese traficante de mierda me ha vendido —gruñó Max con rabia, al tiempo que continuaba disparando—. ¡Mierda, aquí somos un blanco fácil! Tenemos que salir por el otro lado para resguardarnos detrás del monovolumen. Ve tú primero, yo te cubro.

—Sé usar un arma —le comunicó David en un susurro.

—¿Qué? —preguntó Max, quien no había oído nada por culpa del estruendo del tiroteo.

—Sé usar un arma —repitió más alto—. Puedo ayudarte.

—De acuerdo. Toma. —Cogió una pistola y un cargador del interior de la bolsa de deporte y se los dio—. Procura que no te maten o no me pagarán.

—Tu preocupación por mí me entenece —refunfuñó, molesto, mientras cargaba el revólver.

—Ya hablaremos luego de nuestros sentimientos. Ahora tienes que salir.

David se tragó las ganas de mandarlo a freír espárragos e hizo lo que le pedía porque, en el fondo, le parecía lo más inteligente. Los segundos que transcurrieron desde que comenzó a desplazarse a gatas por el suelo del monovolumen, abrió la puerta del otro lado y consiguió salir al exterior para resguardarse al abrigo del lateral del maltrecho coche le parecieron eternos, pero consiguió hacerlo sin que le diesen ni una sola vez y eso ya le pareció una pequeña victoria. Unos instantes después, Max lo siguió.

El joven estudiante solamente le había disparado a botellas y latas cuando su padre les enseñó a sus hermanos y a él. Jamás había matado a un ser vivo y mucho menos a otro humano. Y no estaba seguro de querer empezar aquel día, pero también sabía que se trataba de una cuestión de vida o muerte. Eran ellos o él. Así que comenzó a devolver el fuego para intentar ayudar a Max a salir indemnes de aquel lío. Cuando una bala alcanzó al último tirador de la furgoneta y el fuego se detuvo, David sintió que algo dentro de él había cambiado para siempre porque, por primera vez en toda su existencia, se alegró del fallecimiento de otra persona.

—Quédate ahí —le ordenó Max, antes de salir de su escondite para ir a cerciorarse de que los ocupantes del otro vehículo estuviesen muertos.

—Espera, no vayas —le suplicó, asustado.

—Necesitamos esa furgoneta para largarnos de aquí porque el monovolumen ha quedado inservible. —Se acercó con cautela a la puerta del copiloto y miró en su interior—. Todos fiambres. Venga, nos piramos.

De repente, David vio como uno de sus atacantes daba la vuelta por la parte trasera del Peugeot y apuntaba a Max con su arma, quien estaba distraído sacando los cuerpos sin vida del interior de la furgoneta. El gallego supo en cuestión de milésimas de segundo que si no hacía algo, el sicario iba a morir en ese preciso instante. Aunque era verdad que lo había sacado a rastras de su apartamento y lo había drogado para llevárselo a un destino que desconocía, no resultaba menos cierto que también le había salvado la vida en varias ocasiones. Y ahora él no podía permitir que lo asesinasen, así que ni siquiera se lo pensó y apretó el gatillo. La bala alcanzó al agresor que se tambaleó un poco, no sin antes disparar a su vez, y cayó al suelo desplomado.

Max se giró para echar un vistazo al hombre que acababa de morir a manos de David, luego le dedicó a él una mirada de agradecimiento y finalmente se llevó la mano al hombro que comenzaba a emanar sangre en abundancia. Le habían dado. Una expresión de profundo asombro se adueñó de su rostro cuando apoyó la espalda en el lateral del vehículo y se dejó caer hasta quedar sentado en el asfalto. Y por primera vez desde que se conocían, a David le pareció que había una vulnerabilidad oculta en aquel hombre que no había sabido ver hasta ese preciso momento. El gallego corrió hacia el sicario y se arrodilló a su lado para comprobar la gravedad de la lesión.

—Tenemos que ir a un hospital cuanto antes —afirmó David, alarmado.

—No, nada de hospitales —discutió Max, tajante—. Llamarian a la policía y eso pondría sobre aviso a los tipos que quieren matarte. Debemos buscar un lugar seguro y curar la herida nosotros. Bueno, tendrás que hacerlo tú.

—¿iYo!?

—Sí, tú estudias medicina, ¿verdad?

—Pero sólo estoy empezando el tercer curso y no tengo ni puta idea de cómo se tratan los agujeros de bala —objetó, dejándose llevar por la histeria.

—Tranquilo, yo puedo guiarte. Esta no es mi primera vez. —Le dedicó una sonrisa sincera—. Hay que largarse antes de que vengan más. Ayúdame a levantarme. —Max le tendió una mano que David tomó para tirar de él hasta que logró que se incorporase.

—Creo que será mejor que conduzca yo.

—No tengo ninguna objeción. —Dibujó una mueca de dolor mientras se sentaba en el asiento del copiloto—. Busca un motel de carretera porque en esos sitios no hacen preguntas. Y también una farmacia puesto que vamos a necesitar algunas cosas.

David se encontraba sentado a los pies de la cama en la que dormía Max. Tenía los codos apoyados en las rodillas y la cara escondida entre las manos. Estaba completamente desesperado porque el sicario llevaba tres días entrando y saliendo de un sueño comatoso. El estudiante comenzaba a temer que su acompañante pudiese morir y esa idea le aterrorizaba infinitamente porque no sabía qué iba a hacer si al final se quedaba solo. No tenía ni idea de dónde estaba su familia ni de qué debía hacer a continuación para seguir con vida. Sin embargo, ese no era el principal motivo de su profundo afligimiento puesto que la pura verdad era que no quería que Max falleciese porque en algún momento, no sabía exactamente cuál, él había empezado a importarle.

Cuando llegaron al motel, Max todavía estaba consciente y había guiado a David paso a paso en las curas de su hombro. No resultó muy difícil porque la bala había entrado por un lado y salido por el otro sin que aparentemente hubiese dañado nada importante, así que el gallego se limitó a desinfectar, coser y vendar la herida. Después, pidieron un par de hamburguesas y unas botellas de agua al servicio de habitaciones para comer y pasaron el resto del día en el dormitorio viendo la televisión y hablando o discutiendo a ratos. Su intención era descansar unas horas y retomar el viaje al día siguiente.

Sin embargo, por la mañana, Max se despertó con una fiebre muy alta que lo dejó fuera de combate. David comprendió entonces que el sicario tenía una infección y debía darle antibióticos o podría morir. Los antibióticos solamente se podían conseguir con receta médica, pero el gallego sabía que no podía acudir a ningún hospital ni centro médico a

pedirlos porque no se los iban a dar sin más, así que la única idea que se le ocurrió fue atracar una farmacia. Condujo la furgoneta hasta el siguiente pueblo, encañonó a la dependienta con la pistola que su acompañante le había dado y le obligó a darle varias cajas del necesario medicamento. Cometer ese crimen le había hecho sentir mal, pero no tanto como pensaba antes de hacerlo porque consideraba que si aquello servía para salvar a Max, ya habría merecido la pena. Además, ¿después de haber matado a una persona qué importaba un simple atraco?

Un fuerte carraspeo a su espalda sobresaltó a David. Se dio la vuelta rápidamente y se encontró con la sonrisa irónica de Max, quien llevaba un buen rato observándolo en silencio. El estudiante se apresuró a colocar la mano sobre la frente del sicario y suspiró con alivio al comprobar que le había bajado la fiebre.

—¿A qué viene esa cara? Todavía no me he muerto —le espetó Max, burlón.

—No, pero has estado cerca. —Lo ayudó a incorporarse en el lecho y le acercó una botella de agua para que bebiese—. Te lo advierto: como la palmas, pienso perseguirte por el más allá para amargarte toda la eternidad.

—Se me ocurren cosas mucho peores a que tú me persigas. —Le guiñó un ojo.

David se mordió el labio con nerviosismo. Por una milésima de segundo, había tenido la impresión de que Max estaba tonteando con él, pero enseguida desechó la idea de que aquel adonis de rasgos latinos pudiese sentir interés por su persona. No es que David fuese feo, sino más bien todo lo contrario: su cuerpo alto y esbelto, su pelo rubio, su piel pálida y sus ojos azules habían hecho suspirar a más de uno y de una. Lo que pasaba es que el gallego suponía que alguien como Max, que llevaba una existencia tan trepidante, se aburriría con una persona que tenía una vida tan monótona y poco interesante como la suya. Por otro lado, ni siquiera estaba seguro de que al sicario le gustasen los hombres porque había estado enviándole señales contradictorias durante todo el tiempo.

—Todavía no sabes lo molesto que puedo llegar a ser —bromeó, David.

—¡Oh, me hago una idea! —Se rió con ganas—. ¿Qué hora es?

—Las diez de la noche. Has estado durmiendo toda la tarde. En realidad, llevas tres días completamente grogui. Me ha costado muchísimo conseguir que bebieses y comieras algo.

—¿Llevamos cuatro días en este antro? —preguntó, alarmado—. ¡Tenemos que ponernos en marcha ya!

Max trató de levantarse de la cama, pero estaba tan débil que, en cuanto se puso de pie, fue incapaz de mantener el equilibrio y comenzó a tambalearse hacia los lados. David tuvo que sujetarlo para que no se cayese al suelo. Después, lo ayudó a recostarse de nuevo y volvió a tapanlo con las mantas.

—De momento, tú no vas a ninguna parte —dijo el gallego, autoritario—. Se supone que tienes que protegerme y ahora no puedes ni cuidar de ti mismo. Nos quedaremos aquí el tiempo que haga falta.

—El problema es que estamos demasiado cerca del lugar del tiroteo y podrían encontrarnos. Además, tengo un plazo para llevarte a la casa segura y Alberto ya debe estar subiéndose por las paredes —se lamentó—. Acércame mi móvil para llamarlo. Debo ponerlo en antecedentes de lo que ha ocurrido.

David quiso objetar que a su padre jamás le había importado lo que sucediese con él. Lo había demostrado con sus reiteradas ausencias y sus palabras de desdén, en las poquísimas ocasiones en las que sí estaba en casa, porque aborrecía el hecho de tener un hijo homosexual. De hecho, David aún no comprendía por qué le había enviado a Max para protegerlo, aunque no podía decir que eso le molestase porque éste había sido su salvación en diversas ocasiones. Sin embargo, David guardó silencio y le dio el teléfono.

La conversación entre Alberto y Max duró menos de cinco minutos y consistió en unas escuetas explicaciones de lo que había ocurrido y cuál era la situación actual. El sicario se comprometió a continuar la marcha al día siguiente y luego colgó. A David no le sorprendió ni un poco que su padre no quisiese hablar con él, pero aun así le dolió.

—Sé que crees que a Alberto no le importas, pero te equivocas. Cuando me encargó que fuese a Madrid para protegerte, estaba preocupadísimo por ti —afirmó Max de repente.

—Pues será la primera vez porque nunca ha demostrado ni el más mínimo interés por lo que me ocurría —repuso David con desdén—. De hecho, siempre se ha avergonzado de mí porque soy gay.

—Todas las familias son complicadas. —Lo miró fijamente a los ojos—. Mi madre murió durante un tiroteo, en Colombia, cuando yo tenía diez años. Y mi padre jamás supo cómo tratarme para ayudarme a superar la pérdida. Él me adoraba y yo a él, pero no teníamos ni idea de qué hacer para demostrárnoslo.

—A la mía se la llevó el cáncer.

—¿Ves? No somos tan diferentes como pensabas. —Le dedicó una sonrisa sincera.

—Supongo que no. —Le devolvió el gesto—. Entonces, ¿eres colombiano?

—Lo soy. Nací en Bogotá.

—¿Y por qué no tienes acento?

—Eso se debe a que el cártel para el que mi padre trabajaba lo envió a España a ejercer de enlace con los narcotraficantes gallegos cuando yo tenía catorce años. He pasado la mayor parte de mi vida aquí.

—¿Y cómo terminaste siendo sicario? —preguntó con genuina curiosidad.

—Se podría decir que continué con el negocio familiar cuando mi padre murió. —Dejó escapar una sonora carcajada al ver la cara de estupefacción del otro—. En realidad, yo estaba presente cuando asesinaron a mi madre y me parece que eso me marcó de por vida porque crecí con una rabia interior que ningún niño debería sentir. Matar a la escoria de este mundo me ayuda a sobrellevar mi enfado.

—Creo que lo entiendo —afirmó, pensativo.

—¿Sí? —Le dedicó una mirada de sorpresa.

—Sí. Es decir, yo también estaba furioso cuando mi madre falleció y hubiera dado cualquier cosa por encontrar algo que aplacase mi ira. Tú elegiste un camino muy violento y moralmente cuestionable, pero puedo comprender la necesidad que sientes porque yo aún la experimento a veces.

—Por cierto, mi padre tampoco aceptaba mi orientación sexual, pero aun así me quería.

—¿¡Tú eres homosexual!?

—Así es. ¿Por qué te sorprendes tanto? ¿Pensabas que yo era una especie de ser asexual que solo vive para matar?

—Eso es exactamente lo que creía.

—Pues te equivocabas por completo. Tengo impulsos sexuales y muy intensos. Los estoy reprimiendo con todas mis fuerzas ahora mismo.

—¿Por qué te contienes? —cuestionó con impaciencia.

—Porque se supone que debo protegerte y no sería apropiado. Además, no estoy seguro de que tú me correspondas.

—¡Claro que lo hago! ¿Por qué crees que no me escapé mientras estabas inconsciente?

—Por mi refinado sentido del humor. —David puso los ojos en blanco y Max se rió con ganas—. Ven aquí, anda.

El gallego no se hizo esperar y se apresuró a sentarse en el borde de la cama para estar más cerca del sicario, quien alargó la mano y lo agarró por la nuca para atraerlo hacia él. David se inclinó todo lo que pudo y Max se echó hacia delante cuanto le fue posible. Los labios de ambos hombres se encontraron a medio camino y se unieron en un beso impaciente y ardiente. Las lenguas recorrieron con avidez la boca del otro, deteniéndose en cada rincón y rozándose entre ellas hasta que hicieron subir la temperatura de la habitación varios grados. Sus manos se movieron lentamente por el cuerpo del otro y se deslizaron por dentro de la ropa para sentir la suave y cálida piel. Muy pronto, sus prendas de vestir comenzaron a sobrarles y volaron por los aires.

—No sé si es buena idea que nos acostemos en tu estado —dijo David de repente, tras romper el beso.

—No me estoy muriendo. Además, puedo follar perfectamente si tú haces el trabajo duro —Le guiñó un ojo.

David se carcajeó y después volvió a besarlo. Apartó las mantas que cubrían a Max de un manotazo y gateó por el lecho hasta quedar sentado sobre él a horcajadas. Le dedicó la mirada más lasciva de la que fue capaz y sus labios comenzaron a descender por el cuello, recorrieron el torso y el abdomen y se perdieron entre sus piernas. El estudiante lamió con gula la polla erecta del sicario, humedeciendo cada centímetro de piel, y después se la tragó entera con un hambre voraz. Su cabeza comenzó a subir y a bajar a un ritmo frenético. Mientras tanto, su dedo índice empezó a tantear el ano de Max, quien no pudo evitar estremecerse de placer ante aquel contacto tan íntimo.

—Me gusta duro y fuerte —masculló el colombiano, entre jadeos.

—Anotado.

David detuvo su mamada para levantar las piernas de Max hasta que estas quedaron dobladas y apoyadas contra su abdomen. Después, fue descendiendo lentamente con su lengua por los testículos y el perineo hasta que finalmente llegó a su entrada. Deslizó la punta por los pliegues, alternando lametones con una pequeña presión para lograr introducirse unos milímetros en aquel adonis latino. No era la primera vez que David realizaba esta práctica, pero en esa ocasión le pareció lo más sublime que había experimentado en toda su vida.

—¡Jódeme ya! —le suplicó Max, totalmente fuera de sí.

El gallego sonrió mientras se ponía en posición para meter su polla en el trasero del sicario. Empujó con fuerza y clavó la mitad en su interior. El colombiano emitió un gimoteo de dolor, pero no se quejó y asintió con la cabeza para animarlo a continuar. A la segunda estocada ya estaba completamente dentro. David esperó unos segundos para que el otro se acostumbrase a la invasión y después comenzó a moverse duro y fuerte, justo como Max le había pedido. A medida que iba incrementando el ritmo, los gemidos del sicario se

volvían más escandalosos hasta que ambos hombres se encontraron casi gritando su escalada al orgasmo. El semen de Max se derramó sobre su abdomen y el de David salió disparado hacia las entrañas de su amante. David resopló, agotado por el intenso esfuerzo físico, y se dejó caer al lado de Max.

—Acabo de darme cuenta de que hoy es Nochebuena —murmuró el colombiano, de repente, con una enorme sonrisa en los labios—. Gracias por el polvo. Me ha encantado el obsequio.

—Bueno, yo no pedí un estúpido sicario por Navidad, pero debo reconocer que es el mejor regalo que mi padre me ha hecho en toda mi vida —le siguió el juego el gallego, mientras curvaba las comisuras de los labios con ironía.

—Pronto podrás agradeceréselo.

—A propósito, ¿qué pasará contigo cuando nos encontremos con él? —preguntó, preocupado.

—Pues, supongo que seguiré mi camino. Alberto me encargó que te sacara de Madrid y te llevase al lugar del encuentro. Después, habré acabado mi misión porque él ya tiene su propia seguridad.

—¿Sabes a dónde iremos después?

—No tengo ni idea y dudo que se lo haya dicho a alguien porque, ahora mismo, tu familia corre un gran peligro. Aunque supongo que os marcharéis muy lejos. —De repente, la tristeza inundó el rostro de Max.

—No voy a ir —afirmó David, tajante, tras un par de minutos de silencio—. Me largué de Galicia porque mi existencia al lado de mi padre era una tortura y no quiero volver con él bajo ningún concepto.

—David, creo que no entiendes la situación... —respondió Max, alarmado.

—Sí que la comprendo. Sé que tampoco puedo regresar a mi antigua vida y que debo renunciar a mi sueño de sacarme la carrera de medicina. Soy muy consciente de ello y no me gusta, pero lo acepto. Sin embargo, tampoco estoy dispuesto a sufrir de nuevo el

ambiente represor que se respira al lado de Alberto Mariño. Soy un adulto y creo que debería poder decidir mi propio futuro.

—¿Y qué quieres hacer? —El sicario lo miró con interés.

—Aún no lo sé, pero me gustaría tener la oportunidad de descubrirlo a tu lado. Es decir, si tú estás dispuesto seguir cargando conmigo un poco más.

—Creo que los últimos acontecimientos han demostrado que cargamos el uno con el otro. —Se señaló el hombro herido.

—¿Eso es un sí? —preguntó, pletórico de alegría.

—¿Tú qué crees? Yo tampoco pedí un niño malcriado por Navidad, pero estoy contento de que el destino te haya puesto en mi camino. —Depositó un breve beso en los labios de David—. Aunque te advierto que, a partir de ahora, las cosas no van a ser nada fáciles. Todavía hay una amenaza de muerte sobre toda tu familia y vamos a tener que largarnos de España cuanto antes. Y aun así, no hay garantías de que no te encuentren en otro país. Vas a pasar el resto de tus días escondiéndote o huyendo.

—Puedo soportarlo si tú estás conmigo.

—Espero que tengas razón porque la vida a mi lado tampoco será sencilla. No voy a dejar de matar por dinero porque es lo único que sé hacer y además debes saber que me gusta —afirmó, muy serio.

—Lo acepto.

David reconocía que Max tenía toda la razón en lo que decía y que, a partir de ese momento, su destino se iba a volver totalmente incierto y que los diversos caminos que podían tomar en la vida aún permanecían borrosos. No obstante, estaba dispuesto a realizar un acto de fe y continuar avanzando para descubrir esos senderos y los lugares a los que conducían. Lo suyo con el colombiano podía durar unas pocas semanas o muchos años, no lo sabía, pero tampoco le importaba demasiado porque ahora su vida pendía de un hilo y debía tomarse cada día como si fuese el último. Muchas

preocupaciones dejaban de tener sentido cuando veías la muerte tan de cerca. Y él nunca la había visto tan próxima.

—Ya pasan de las doce de la noche. Feliz Navidad —dijo David, con una inmensa sonrisa, tras consultar su reloj.

—Feliz Navidad. —Lo besó.

Fin.



INFORMACIÓN PERSONAL

Me llamo Ana, soy española, concretamente de la hermosa Galicia, y tengo treinta y cuatro años. En la literatura, mis dos pasiones son la novela negra y la homoerótica, por eso mezclo ambos géneros en mis historias. Me encanta escribir porque me relaja mucho y me ayuda a evadirme por un rato del mundo real. Llevo haciéndolo desde que era pequeña, pero no empecé a compartir mi trabajo con los demás hasta hace unos pocos años. La primera novela que colgué en internet fue Asuntos pendientes y tuvo tan buen acogimiento que me animó a seguir publicando más historias. Después, llegaron La noche, Quince mil razones y una novela de temática bisexual en la que estoy trabajando ahora que se llama Tensión sexual no resuelta. Si queréis leer más trabajos míos, os animo a pasaros por mis páginas y os recibiré encantada.

Mi blog:

<http://elpaisdelhomoerotismo.blogspot.com/>

Mi perfil de Wattpad:

<https://www.wattpad.com/user/AnaPrego>

Mi página de Facebook:

<https://www.facebook.com/Ana-Prego-1595615960674160/>

Mi grupo de Facebook:

<https://www.facebook.com/groups/937730769705959/?ref=bookmarks>



Un Regalo Especial para Navidad



Celeste G

Un regalo especial para Navidad



Respiró profundo intentando llenarse de la paz que se sentía alrededor. Admiró la blanca nieve que cubría todo, el manto se extendía por la carretera y sobre cada árbol desprevenido. Sin poder evitarlo una sonrisa se formó en sus labios. Estaba en casa, finalmente, luego del largo recorrido y las horas en avión, al fin podía decir que estaba a pasos de llegar.

—Gracias —le dijo al par de señoras que le habían llevado cuando fue claro que no iba a salir ningún bus con toda la nieve cayendo.

—No te preocupes, cariño —respondió la señora mayor al volante, ambas se despidieron ondeando la mano.

—Con cuidado.

Se despidió con la mano y vio como las luces traseras del pequeño Honda se alejaban hasta desaparecer en la carretera.

Acomodó la mochila sobre su hombro y apretó la chaqueta a su cuerpo, se puso en camino. Tenía suficiente recorrido por delante y era mejor que comenzara antes de que fuera más tarde y fuera difícil adentrarse en el bosque. En momentos como ese es que se replanteaba el tener a su familia tan lejos de la civilización, pero al mismo tiempo recordaba que era parte de una tradición familiar ir a la cabaña lejos de todo para pasar las fiestas juntos. Entre nieve acumulada y árboles, sus pensamientos volaban. Había tantas razones para sentirse nervioso, pero lo único que podía sentir era felicidad, una enorme bola de

sentimientos encontrados se formaba en su estómago cada vez que pensaba en el rostro que pondrían al verle.

Había estado un año fuera, lejos de todos sus seres queridos y en mundo lleno de caos, pero finalmente estaba de regreso. Aunque le dolía no poder decir que nunca más volvería a irse, lo menos que podía hacer era estar en casa para esa fecha especial. La primera del miembro más nuevo de su pequeña familia, ellos finalmente habían dado su parte para hacer crecer su círculo familiar. Seguro sus hermanos estaban preparándose con varias bromas para él, seguros de que nunca verían el día en que sentara cabeza.

Por más que llevara ya siete años de conocerse y cinco años de matrimonio, todos habían pensado que habían actuado por impulso. Pero ahora las cosas eran más firmes, una relación que había lidiado con los primeros tempestuosos años y finalmente estaba estabilizándose.

Eran una familia.

Quien le diría que hace un par de años se había dedicado únicamente a su carrera militar sin pensar en tener un hogar, mucho menos tener una pareja o un hijo. Se había encerrado en sí mismo, en sus miedos y dolores, incluso alejándose de sus padres y hermanos. Ninguno había podido hacer algo para cambiar sus pensamientos o ideas, había creído que pasaría toda la vida solo... Claro que el destino tenía un designio diferente para él.

—¿Sabes? Si sonrieras un poco más estoy seguro de que Santa te traería algo bueno para navidad.

—¿Disculpa? —espetó dejando a un lado su taza de café para ver al joven camarero.

El joven rodó los ojos con una sonrisa algo engreída. —Estamos en diciembre, casi a nada de nochebuena y final de año, creo que sería buena idea cambiar algunas cosas antes de terminar al año con la misma expresión amargada. ¿No lo crees?

Declan frunció el ceño.

—No entiendo qué es lo quieres decir... ni siquiera te conozco —espetó con cierta molestia.

El camarero sonrió.

—Jayden Taylor —respondió tendiendo su mano derecha, la que Declan tomó algo suspicaz. Jayden le guiñó un ojo. —Es genial conocer a un militar tan apuesto, ¿podrías decirme tu nombre?

Declan no supo en ese momento porqué había sonreído, algo ligero y divertido por el descaro que el otro parecía tener. Su sonrisa logró que el joven se emocionará y lo alabará, cosa que Declan intentó ignorar.

—Declan Smith.

Había sido atrapado sin derecho a salir huyendo.

Aquellos ojos verdes brillaron con diversión, una sonrisa picara y un tono lleno de vida. Jayden había sido la luz en sus noches de tormenta. Se habían conocido en uno de los viajes de capacitación que había tenido, en ese momento Jayden estaba estudiando para ser profesor y había tenido que trabajar para pagar parte de sus estudios en el café donde Declan lo conoció. En aquel momento en particular había sentido la interrupción del joven de piel aceituna como una clase de insulto, demasiado concentrado en sí mismo que no había podido corresponder a las bromas.

Por suerte Jayden no era de los que se rendía fácilmente. El joven profesor había sido conquistado por el frío militar, por el hombre que solo era educado diciendo “buenos días” o “buenas noches”.

Declan no podía evitar reírse ante su estupidez, estuvo muy cerca de perder al hombre que le completaba, la razón por la que había vuelto a ser humano. Ese diciembre, cuando se conocieron, fue cuando Declan obtuvo un regalo especial para navidad. Cuando el joven de cabellos oscuros decidió que tenía que hacerlo reír, que estaba curioso por su soledad y quiso irrumpir en su vida.

Lo había salvado más de una vez, Jayden tenía la habilidad para meterse en problemas. Ya sea por defender a otros o por no dejarse ser intimidado por su baja estatura. Declan lo había visto como una misión, defender al más débil había sido siempre parte de su vida y no se había detenido a pensar en que esas intervenciones eran él mostrando el interés repentino por el profesor.

—No tienes porque enfrentarte a ellos —comentó ayudándolo a levantarse, había logrado espantar a los sujetos sin mucho afán, que solo al ver su uniforme habían escapado despavoridos.

Jayden bufó.

—La señora necesitaba ayuda, no iba a actuar como el resto y dejar que la asaltaran —contesto sacudiendo sus pantalones.

Declan suspiró.

—Para eso existe la policía, arriesgarte y salir herido no va a ayudar a nadie.

Entonces Jayden se enderezó y lo miró furioso, sus puños apretados. Todo su cuerpo temblaba con ira, sus ropas estaban sucias y él lastimado, pero no dudo en encarar al militar de casi metro ochenta y darle su fría opinión.

—El momento en que YO deje que alguien débil sea lastimado frente a mí dejaré de ser quien soy —dijo en tono profundo—. Además, tú no eres nadie para hablar... ¿debo recordarte quien es el que tiene el traje de camuflaje, quien está siendo entrenado para lanzarse al mar y sobrevivir?

Declan frunció el ceño, cruzó los brazos sobre su pecho.

—No es lo mismo, yo me he preparado durante años para ello —respondió.

Jayden miró al cielo como pidiendo paciencia, luego volvió su atención a Declan, su rostro ya no mostraba tanta ira.

—Soy profesor, Declan. —Su mirada mostraba un toque de tristeza—. Algo que deseo continuamente es no ver a uno de mis niños llorando porque han perdido a su madre

porque alguien les hizo daño, mucho menos el saber que pude haber hecho algo y no lo hice. —Tragó con fuerza—. Si hay algo que pueda hacer... lo haré, yo lo haré...

Declan vio con sorpresa como el rostro se había tomado pálido y luego gordas lágrimas habían corrido por sus mejillas. Ni siquiera lo pensó, atrajo el cuerpo pequeño contra el suyo, lo sostuvo contra su pecho y acarició su espalda.

Tal vez esa fue la primera vez que decidió que iba a hacer todo de su parte porque Jayden fuera feliz, porque no sufriera o al menos, eso había intentado. Se sabía causante de muchas lágrimas de su esposo, pero también de muchas sonrisas. Entre ambos habían logrado hacer un hogar, si bien sus padres no entendían la dinámica que manejaban ni como es que Jayden se había acostumbrado a tenerlo en intervalos, lo cierto es que ellos se habían dado cuenta que no podían cambiar TODO del otro. Se querían tal y como eran, había peleas... claro, pero también había reconciliación y aprendían a cómo lidiar con sus metas como un equipo.

Levantó la vista. El cielo estaba iluminado por la luna, ayudando a que el bosque no estuviera tan tétrico. Pequeños copos caían a ratos, él había llegado justo cuando parecía que el cielo había decidido parar de nevar. Sonrió. Iba a recibir un sermón por no haber llamado o al menos avisado que había obtenido el descanso por navidad y año nuevo.

Se moría de ganas por verlo, por sostener a su pequeña familia entre sus brazos.



—No contesta —dijo viendo a su madre y a sus suegros.

Los cuatro estaban en la habitación que le correspondía a Jayden, preocupados y asustados, claro que los padres de Declan intentaban convencerlo y convencerse que todo debía estar bien. Declan no les había dicho que tenía una misión nueva, tampoco que

fuera a ser trasladado, entonces se supone que tendría que contestar las llamadas por Skype o al menos los mensajes.

Su madre, Sara, lo abrazó de lado.

—Estoy segura de que algo le habrá pasado al aparato ese —intentó con una media sonrisa—. Ya sabes, cariño, tu esposo no es exactamente el mejor con la tecnología.

Eso logró sacarle una sonrisa.

Recordó la primera navidad que compartieron a través de un monitor. Ni su madre ni su hermana entendían cómo es que su relación funcionó cuando pasaban semanas solo con mensajes de texto y video llamadas cuando tenían oportunidad. Habían tenido un año y medio de noviazgo antes de que Declan diera el primer paso para formalizar su relación, cosa que había sorprendido a todos, cuando en una de las esporádicas reuniones familiares se arrodillo y le pidió matrimonio. Todos habían apostado que sería Jayden el que terminaría pidiéndole matrimonio, pero para Jayden había sido el mejor de los días.

Restregó su rostro, estaba preocupado y nervioso. Se supone que esa sería la primera navidad que tendrían como familia. Aunque Declan estuviera al otro lado del mundo, se supone que harían todo lo posible por que la primera experiencia de su pequeña fuera especial.

Le dolía en el alma que su esposo no la hubiera cargado aún, pero pronto tendría el permiso y podría pasar un par de meses conociéndola.

—Creo tener el número de su capitán en alguna parte —dijo David, el padre de Declan buscando su celular en uno de sus bolsillos.

Jayden negó.

—No quiero que le llamen la atención por nuestra culpa —suspiró—. Además, es claro que el capitán debe estar hablando con su familia. Es nochebuena, sería desconsiderado de nuestra parte intervenir.

Los cuatro asintieron y suspiraron.

—Creo que nos quedará esperar —terminó por decir, los padres de Declan asintieron mientras su madre acariciaba su espalda en consuelo.

Elizabeth, la madre de Declan se acercó a él y acarició su mejilla.

—Creo que sería buena idea que saliéramos un rato, los chicos están inquietos, además falta al menos dos horas para media noche. —Le sonrió con confianza. —Estoy segura que mi hijo llamará, no hay manera de que vaya a perderse la primera navidad de su hija.

Tenía razón, Declan nunca se perdería la primera navidad de su hija, mucho menos cuando se había perdido su nacimiento por estar lejos de toda señal del mundo.

—Qué les parece si sacamos a los chicos a dar una vuelta al lago, podemos tomarles algunas fotografías en el muelle y con el gran árbol de navidad.

Todos asintieron conformes a las palabras de Elizabeth. Jayden le dio una última mirada preocupada al celular, su madre llamó su atención y pronto estaba envolviendo a su pequeña adoración en una gruesa manta rosa. La mayoría salió de la cabaña, solo quedándose algunos para preparar la cena y aquellos demasiado mayores para esos ajetreos.

Jayden miró a su pequeña de ojos miel como los de Declan, quien balbuceaba emocionada. Había dejado de nevar, pero igual podía sentirse el frío, aunque eso no parecía importar a sus sobrinos ni a los adultos.

Miró alrededor, luces de colores adornaban el camino hacia el lago. Así como un gran árbol donde inmediato buscó abrigo del frío para él y su pequeña. Solo estarían un momento con la familia, lo suficiente para que su princesa se tomará sus primeras fotos de navidad junto a sus primos y luego entrarían. Ella estaba demasiado pequeña y aunque su manta era especial para ese frío no quería arriesgarse a que ella se enfermara.

—Es hermoso, ¿verdad?

Jayden sonrió mirando de reojo a una de sus cuñadas. Lilly era una de las hermanas pequeñas de Declan, de hecho, era la más cercana a su esposo y por ende con quien

más tiempo pasaba. Ella era su apoyo cuando Declan tenía que irse por varios meses, también era su mayor aliado para sacar a su esposo de su zona de confort. Su cómplice.

Su princesa balbuceó una risa alzando sus manitas enguatadas como si pudiera tomar las luces de colores que adornaban la base del árbol, así como la mayor parte baja del mismo. Era algo adorable y no tenía idea cómo es que su suegro junto a sus cuñados lo habían logrado.

Las luces de colores hacían perfecto juego con la nieve pura.

—He venido durante más de seis años, pero todavía logra sorprenderme —comentó meciéndose ligeramente, su pequeña seguía con la platica privada haciendo sonreír a ambos adultos.

Lilly asintió acercándose hasta dejar un beso en la frente de la pequeña revoltosa.

—No sabes lo feliz que estoy porque finalmente Declan abriera los ojos —dijo separándose de la pequeña y le sonrió con cariño. —Mi hermano puede ser un tonto, pero seguro supo exactamente cuándo usar su inteligencia.

Jayden sintió sus mejillas sonrojarse.

—Ambos somos afortunados.

Ella asintió.

—Te juro que, si ese tarado arruina la primera nochebuena de la pequeña Nathalie, voy a golpearlo —aseguró moviendo su puño.

Jayden se rio, pero se detuvo de golpe cuando notó una forma recta y tensa caminando firmemente hacía ellos. Toda la familia estaba en el muelle a su espalda, por lo que no eran ellos, además, ese hombre tenía...

—¿Jay? —preguntó Lilly al notar su expresión se volvió hacia su espalda, notando lo mismo que miraba insistentemente Jayden. Sus ojos se ampliaron mirando de hito a hito entre Jayden y el extraño. —No puedo creerlo... ese tarado...

Jayden no se quedó a escuchar lo que su cuñada decía, corrió cuando notó el broche en la solapa de la chaqueta. Sus brazos se aferraban a su pequeña mientras corría los pocos metros, directo a los brazos abiertos que lo recibieron y se aferraron a él mientras sus bocas se encontraban en un brusco beso.

Los gritos del resto de la familia quedaron al fondo mientras ellos se sostenían.

—Declan... Declan... —murmuró entre besos.

El soldado sonrió sosteniendo las mejillas rojas y húmedas de su pareja.

—No podía perderme nuestra primera navidad como una familia de tres. —Se separó de su esposo ligeramente y miró a la pequeña que le observaba con sus grandes ojos miel como los suyos. —¿Puedo...?

Jayden no dudó en soltar el cargador para que Declan la pudiera sostener. Su esposo tomó el pequeño cuerpo con delicadeza, sus ojos picaron con lágrimas al ver como besaba la pequeña frente. Declan la pegó contra su pecho, Jayden vio su expresión de ternura y amor, la tristeza de los días pasados parecía haberse perdido al sostenerla finalmente.

—Eres hermosa, mi hermosa Nathalie —murmuró haciendo que la dulce niña se riera y gritara de emoción. Ella apenas tenía un mes de vida, pero era muy animada y estaba feliz de tener la atención del rubio. —Mi princesa, papá está feliz de poder sostenerte.

Jayden se mantuvo cerca, incapaz de apartar sus ojos de su esposo con su hija. Había esperado tanto por ese momento, tanto por ver finalmente a Declan sosteniendo al pequeño ser que habían decidido traer a su mundo. Ella se aferraba graciosamente a la nariz de su padre, balbuceando y riendo, tan perfecta, tan hermosa.

Había sido tan difícil tenerla en sus brazos sabiendo que su marido estaba lejos.

Se sorprendió cuando la mano enguatada acarició su mejilla, limpiando las lágrimas que había dejado salir al ver la conmovedora reunión entre padre e hija.

—Ella es el mejor regalo de navidad que he tenido en mi vida —dijo su esposo acercándolo y besando su mejilla. —Gracias por haberte fijado en mí, gracias por este gran regalo.

Jayden sonrió lloroso y sentimental.

—Feliz navidad, cariño.

Entonces el resto de familia se unió a la celebración, gritando y vitoreando el nombre de Declan. Estaban completos, eran padres y estaban felices de compartir la mayor alegría con toda su familia.

Era una gran navidad.

Fin.



Acerca del Autor

Escritora de homoerótica (LGBT+). Guatemalteca. Libra. Veintiocho años. Estudiante de Licenciatura en Letras. Tiene una preferencia por escribir fantasía, lo que pueden encontrar en la mayoría de sus obras, así como una fascinación por el drama. Historias largas, llenas de emociones de todo tipo, donde los personajes intentan buscar su lugar.

Pueden encontrar sus obras completas y por capítulos en:

Blog: <https://novelasdemifantasia.blogspot.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/celeste.guevara.9406>

Página de autora: <https://www.facebook.com/CelesteGZautora/>

Grupo de lectores:

<https://www.facebook.com/groups/734659093386498/>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Celestegz>

Correo: other.joick.fan@gmail.com

Ely Grados



La Nochebuena,
no siempre antecede a la Navidad



Saga DESTINO: Libro 1.5

(Esta historia se puede leer indistintamente del primer libro)

Copyright: SafeCreative ©1811289177036

©La Nochebuena, no siempre antecede a la Navidad

©noviembre 2018, Ely Grados

©Todos los derechos reservados

Lectura para mayores de dieciocho años. (Apto: 18+) Este relato si bien se ha tomado datos existentes (reales o no), es ficticio y en su contenido puedes o no encontrar escenas de sexo explícito o sugestivo con uso de lenguaje adulto que puede llegar a ser ofensivo para algunas personas.

Todo parecido entre lugares, situaciones y/o personajes con la vida realidad es total, simple y morbosa casualidad.

Sinopsis

En el mundo paranormal también se festeja la Navidad, pero para algunos la Nochebuena no será tan hermosa ni tan buena como lo hubieran planificado, aun así, las esperanzas de ser felices nunca los abandonarán, aunque ellos no se den cuenta de ello.

Este es el principio de la historia donde tres amigos, Elías, Andra y Nik, descubrirán que no siempre la Nochebuena es antes que la Navidad y que el amor está ahí para ellos de todas las formas y maneras posibles. Uno encuentra el amor, otro lo pierde y otro espera con ansias la consumación de ese amor.

Secretos, sueños, desencantos, alegrías, misterio y mucho más, en esta historia que nos muestra solo un poco de lo que vendrá más adelante.

Glosario de la trama

Creación de los hechiceros: En un inicio todo era caos en el mundo; por ello, Dios, envía a los ángeles para que pongan orden ayudados por los diversos seres míticos y así conseguir el equilibrio que todo mundo debe tener. Una vez todo estuvo en calma, los ángeles y los seres míticos se enamoraron de los humanos, buscando no solo protegerlos y ayudarlos sino también que procrearon con algunos, naciendo así los llamados Nefilim y semidioses.

Estos hijos eran extremadamente poderosos, casi igual a sus padres, convirtiéndose en una amenaza para la tranquilidad adquirida. Esto trae la atención de los arcángeles que bajaron a la tierra con la intención de eliminarlos; sin embargo, comprenden y aceptan el amor que los ángeles y seres míticos les tienen a la creación de su padre y se compadecen de esos hijos. Entonces, usando el poder de la palabra que los celestiales poseían, en especial los arcángeles, hicieron que el poder que poseía esta descendencia quedara dormido, atrapando sus habilidades en el alma de cada uno de ellos.

Los nefilim y semidioses, desprovistos de sus poderes no sabían cómo afrontar su nueva condición que los dejaban en clara desventaja ante otros seres. Los arcángeles al ver esto, permitieron que conservaran una única habilidad heredada de sus padres, el don de la palabra y el poder detectar el poder en otros seres. Es así que ellos comenzaron a desarrollar habilidades mágicas grandiosas y gracias a que los elfos quienes fueron sus guías en su larga evolución, ellos pudieron controlar y manejar esa magia descubierta en bien de la comunidad paranormal, haciendo un voto solemne de servirlos y protegerlos por el resto de la eternidad.

Al pasar el tiempo, los arcángeles bajaron nuevamente a la tierra a ver qué había pasado con los nefilim y semidioses, encontrándolos teniendo una vida tranquila y feliz, pero sobre todo que habían evolucionado a una nueva raza de seres paranormales

llamados “magos”. Esto satisfizo a los arcángeles, y algunos de ellos tuvieron hijos con estos magos, lo que ocasionó el nacimiento de otra nueva raza, los llamados hechiceros.

Estos nuevos seres paranormales, por tener la sangre de arcángel, fueron seres extremadamente hábiles con el don de la palabra y son los únicos con la habilidad de llegar al trance místico necesario para hablar con los seres celestiales. El poder que los nefilim y semidioses siempre estaría dormido tanto en los magos como en los hechiceros; aunque, el destino a veces le gusta darse licencias y siempre puede que haya y hubo excepciones.

SERES DE LA COMUNIDAD PARANORMAL Y SERES SUPERIORES

La comunidad paranormal mágica: Son por diversos seres paranormales (cambiantes, vampiros de la luz y oscuros, elfos, etc.) con habilidades y fortalezas, así como debilidades. Son todas criaturas mágicas por ello, en cierta medida poseen un grado mínimo o máximo de magia.

Ellos tienen pareja de destino.

MAGOS, HECHICEROS Y BRUJOS: Son los nefilim y semidioses de apariencia humana que poseen habilidad mágica. La magia la canalizan a través de las manos, pueden usar objetos e incluso manipular por corto tiempo a los humanos. Están abocados a cuidar el equilibrio y orden en la comunidad paranormal mágica. Su aura es multicolor en tonos muy claros.

Los magos: son los seres que descienden de los ángeles y seres míticos.

- Convocan portales mágicos para transportarse incluso para distancias largas, pero no pueden exceder su uso porque los debilita.
- Su magia suele tener un color azul claro.
- La magia la hacen sin necesidad de enseñanza, pero sí con guía.
- Son seres muy controlados y equilibrados, altamente confiables.
- Es casi imposible que sucumban a la oscuridad debido a su sangre de ángel y cuando sucede solo un ángel o un ser mítico puede detenerlos.

Los brujos: son aquellos que poseen en su rama sanguínea un ser paranormal distinto e incluso en raras ocasiones humanos, junto a sangre de un mago, esto los hacen ser mestizos. No pueden convocar portales.

Los hechiceros:son solo los que poseen sangre de arcángel, lo que los hace versados en magia,son excelentes en realizar pociones y hechizos diversos. Ellos se encargan de guardar y custodiar los sagrados libros antiguos.

- Son educadores y consejeros de casi todos los paranormales.
- Ellos son los que ocupan el puesto de “Gran consejero”, cabeza del concejo paranormal mágico y hay un Sumo Hechicero quien preside la llamada cámara de los hechiceros.
- Solo se casan entre ellos para mantener su linaje intacto.
- Son muy respetados por la comunidad paranormal y son los que tienen estrecha comunicación con los seres celestiales y míticos mediante el trance místico.
- En raras ocasiones, pueden cambiar su forma mágicamente a un animal específico y son considerados muy poderosos. No son cambiantes sino “cambia formas mágicos” y esta es una habilidad muy extraña que solo se presenta pocas veces. Es considerado un mito los que pueden cambiar a distintos animales a la vez.

CAMBIANTES: son los seres con apariencia humana que cambian totalmente a una forma animal específica –lobos, felinos, aves, entre otros— y son solo un poco más grandes que sus pares originales.

LOS SERES SUPERIORES O ALTIOREM:fueron creados con poderes y habilidades superiores. No son parte de la comunidad paranormal ni tampoco tienen pareja de destino.

Se dividen en dos grupos:

- **Los seres celestiales**(ángeles, arcángeles y seres míticos), ellos pueden procrear. Su aura es blanca y sus ojos son, en los ángeles, celestes claros; en los arcángeles, celestes azulados y en los seres míticos, celestes grises.

- **Y los seres del inframundo**(elfos oscuros, demonios, príncipes y caballeros oscuros) no procrean. Su aura y ojos son de color obsidiana.

DEFINICIONES:

Pareja de destino: Son los seres que el destino escoge unir para siempre, formando una pareja fuerte, sólida y duradera, en la que el amor es su mayor y más grande recompensa.

Llamada del reclamo: Es la forma en cómo va desarrollándose el lazo de unión o vínculo de enlace que se hace cada vez más fuerte a medida que pasa el tiempo. Si la pareja demora en unirse tanto física como mental, ambos sufren porque se sentirán incompletos. Hay ocasiones en que primero se da la unión mental y mucho después la física.

Vínculo de enlace: Es el lazo que se refuerza una vez la pareja de destino se une físicamente cuando la llamada del reclamo es ya inevitable evitar sellándose así el enlace fuerte de la pareja que ni la muerte lo llega a romper.

Voto de unión: Es la promesa que hacen dos seres para formar una familia que no son pareja de destino. Este voto que es mágico y la preside un hechicero. Esta unión puede activar el ciclo de fertilidad en el ser paranormal.

Portal mágico: Es un corte o vórtice dimensional que los magos y hechiceros convocan como método de transporte. Los vampiros se dispersan molecularmente; los seres superiores y los elfos, simplemente desaparecen.

Medallón mágico: artilugio único y especial que solo usan Elías, Andra y Nik. Esto fue un regalo de Selena, madre de Andra para que los tres amigos pudieran comunicarse entre sí, sirviendo también como localizador y transportador para ir al encuentro de alguno de ellos. Este medallón tiene un hechizo potente que evita que su propietario lo pierda o sea destruido.

Mensaje mágico: se realizan entre magos, hechiceros y brujos ya sean entre ellos o hacia otros seres paranormales con el fin de transmitir o comunicar algo. El destinatario puede responder al mensaje o no aceptarlo.

Cartas mágicas: Es una habilidad que los hechiceros enseñaron a los seres paranormales para que se comunicaran entre ellos funcionando igual que los mensajes mágicos. No es necesario tener papel y lápiz, sino también, basta con poder marcar las palabras en alguna superficie para que el mensaje se dé.

Trance místico: Estado superior de la mente al que únicamente llegan los hechiceros, pero es el Sumo Hechicero el que puede llegar a tener contacto directo con los seres celestiales y entablar comunicación con ellos. Para esto deben estar en donde las líneas de energía sean potentes para usarlas como fuentes de poder y lograr el estado mental requerido. Solo en este estado, los hechiceros hablan y entienden el idioma de los seres celestiales, el enoquiano.

Cámara de hechiceros: Ubicada en Stonehenge, Wiltshire. El Sumo hechicero, entra en trance místico y levanta un velo dimensional que los hace estar en un plano distinto a la realidad quedando, de esta forma, ocultos no solo a los ojos de humanos sino también de cualquier ser paranormal.

Sumo Hechicero: Es al que se le considera el más poderoso y con mayor experiencia y habilidades, siendo el único en dominar mejor el trance místico. Ser un sumo hechicero es considerado casi la cabeza de toda la comunidad paranormal mágica.

Conventus: es la reunión que realizan en el solsticio de verano en la cámara de hechiceros (Stonehenge). A ella solo asisten los que ocupan el cargo de "Gran Consejero" de los concejos paranormales del mundo y lo preside el Sumo Hechicero.

Concejo Paranormal mágico: son los grupos (once) de diversas razas más representativas de paranormales que hay en determinadas zonas del mundo (Europeo, Soviético, Británico, Americano, Andino, Maya, Africano, Oceánico, Polar, Asiático y el marítimo) que se encargan, entre otras cosas, de la tranquilidad de toda la comunidad mágica. Sus sedes principales están ubicadas en áreas sagradas donde las líneas de

energía son mucho más potentes. La preside el “Gran Consejero” que siempre es un hechicero y el consejero mayor que siempre es un mago.

Congregans: es la reunión que ocurre cada equinoccio de invierno en la cual se reúnen todos los que encabezan los consejos paranormales (Gran consejero y consejero mayor) y el Guardia mayor, en la cual tratan temas específicos. La preside el Sumo Hechicero y en casos específicos asisten otros consejeros invitados.

La Guardia: Son los que custodian la tranquilidad de los paranormales. Ellos se dedican a mantener el orden en la comunidad, aunque tienen libertad de acción en todos los consejos, usualmente se unen a la guardia de la zona en la que residen. El que los dirige a todos es llamado Guardia mayor y su segundo al mando, Guardia en jefe.

Líneas de energía o líneas ley: son fuentes de corriente de poder místico que recorren la tierra estando unidos y alineados por lugares o zonas específicas situadas en puntos geográficos precisos.

Cimeria: ciudad de la eterna noche, cubierta de niebla, es el paso al inframundo y en donde se encuentra la prisión para los seres paranormales que infringen la tranquilidad de la comunidad o que van en contra de las parejas de destino. Se dice que es la entrada al purgatorio.

....///....

La Nochebuena No Siempre Antecede a la Navidad



Capítulo 1

15 años atrás

Lima (Perú)

Elías apareció tras surgir mediante un portal mágico. Había llegado justo a tiempo a su reunión con Mario, su novio, en las ruinas de Pachacamac, situada en la capital. El portal que usó era el tercero en el día y si bien aún podría convocar otro, no quería agotarse ya que le esperaba una semana bastante pesada. Respiró profundo al pensar en que tendría que transportarse hasta su casa en un taxi ya que odiaba el tránsito de la capital. Caminó por uno de los pasadizos de las ruinas hasta llegar a un área libre, con asientos hechos en roca desde donde —se decía—, los antiguos incas se sentaban a contemplar la puesta y salida del sol en determinados días.

La vista era hermosa porque se podía ver la arena, el mar y el horizonte que daba un marco incomparable. Era un sitio tranquilo y sereno tanto de día como de noche y ese era el lugar preferido de ambos para verse.

—Mario, siento, llegar tarde, pero mi padre me entretuvo en la casona del concejo para hablar con el consejero mayor— se disculpó con su novio.

Mario era un hombre entrado en los 30. Si bien los paranormales eran longevos, los magos, hechiceros, cambiantes, vampiros de luz y elfos, eran los que nunca aparentaban la edad que tenían sino una mucho menor. Lo que odiaba a veces Elías que con sus 24

años, bien podría pasar como un adolescente escolar debido a su apariencia delgada, mientras que Mario se veía como un adolescente universitario.

Su novio, era un hombre bastante alto, de piel trigueña, cabello oscuro y ojos de un marrón tan oscuro que por momentos parecían negros. Mario no era lo que llamarían los humanos, hermoso sino más bien bastante normal y eso era lo que a le encantaba de él. Elías con todo ese cabello rojo oscuro que poseía y sus ojos marrones tan claros que bien parecían dorados, sumado a su piel blanca salpicadas de algunas pecas, no parecía de la zona como Mario.

—No te preocupes —su voz era baja y tranquila—, ya sé que mi chico ahora es toda una celebridad y el más hábil de los magos —respondió Mario ahora con la voz algo distante, sin quitar la mirada del océano.

—No digas eso —murmuró algo apenado Elías.

A él le molestaba la forma en cómo ahora lo veían e incluso el trato había cambiado. Su hermana, lo molestaba asegurando que era alguien importante.

—Es verdad—le aseguró Mario—, y no deberías sentirte avergonzado de desarticular la más grande red de roba almas que ha habido desde los tiempo de tu abuelo —habló despacio sin ocultar la nota de orgullo en su voz—. Mereces todos los reconocimientos como digno nieto de...

—Sí, ya —le cortó antes de que le recordara a sus queridos abuelos, otro punto por el cual ya se había ganado admiración—. Pero no estuve solo —añadió por enésima vez—, los gemelos estuvieron conmigo y Nik fue fundamental así que no me parece justo llevarme todo el crédito —por más que intentó controlar el tono de reproche en su voz, no pudo.

En ese momento, Mario se encontraba parado con la mirada ausente y la expresión nostálgica. Eso le produjo un retortijón en el estómago porque nada bueno auguraba de esa actitud, así que con calma y lleno de un temor que no supo bien de donde venía, Elías ahora estaba de pie a su lado mirando hacia el océano e intentaba imaginarse qué era eso que tanto llamaba su atención.

—Tú fuiste el que lo descubrió —habló aunque más parecía que lo hacía para sí mismo—, tienes ese algo que solo tu abuelo Ares puede haberte concedido. Eres fantástico para la lucha, te he visto pelear y es todo un espectáculo. Sé que tu equipo está más que feliz de ver que los representas tan bien.

Elías tragó una maldición porque no le gustaba que lo vieran como un semidiós, o como era siempre, alguien heroico porque no lo era. Sí, había logrado descubrir y atrapar la red de demonios que habían estado engañando a los humanos para que hicieran tratos con la condición de obtener favores especiales; y así, después de un tiempo determinado, los demonios volverían por el alma empeñada, así que algo debía de hacerse para detenerlos.

No era su culpa haberse dado cuenta de cómo actuaban esos demonios y con ayuda de Nik, uno de sus mejores amigos, encontraron la pocilga donde se escondían. Su hermano Ronald había sido quien ideó la estrategia de asalto y Renato junto con él y un grupo reducido de guardianes, atacaron y vencieron sin problemas a esos demonios menores. No pensó que eso le traería tantos reflectores hacia él directamente y se había cansado de explicar que el logro de ese triunfo fue de todo su equipo, en especial de Nik que fue quien logró darle sentido a sus sospechas.

Nadie lo escuchó, solo le agradecían a él.

No ayudaba que Nik, “su mejor amigo”, no hubiera aparecido en ningún momento a reclamar un poco de la atención de la que le estaban dando a él y aunque era quien comandaba al equipo, debería dárseles a todos por igual el reconocimiento debido.

—Ya es un hecho que te vas a Tayacaja —la voz de Mario lo sacó de sus miserables pensamientos y quejas internas.

—Sí, mañana estaremos allí. Kim ya ha estado yendo y viniendo ordenándolo todo, solo pasaremos la Nochebuena aquí y... —Elías no pudo evitar soltar un gemido de derrota—. Te aseguro que eso no será una excusa o un impedimento para que nos podamos ver, Mario, te lo aseguro, yo...

—Hoy soñé que encontraba a mi pareja, Elías —soltó Mario de pronto.

Eso, fue como un golpe fuerte en el esófago de Elías que lo hizo expulsar todo el aire de sus pulmones. El suelo bajo él se balanceó y casi cae de bruceas, aunque visiblemente pareció que no se había movido ni un milímetro. No sabía qué hacer, o qué decir. Ni siquiera sabía si llorar, reír, felicitarlo o maldecirlo por decirle justo eso hoy que en pocas horas estaría lejos de él.

Lo terrible era que trabajar directamente en la sede del concejo paranormal y ser parte activa de la guardia principal Andina, le tomaría toda su atención, dejando poco o nada de tiempo para su vida privada.

—Ella es hermosa —murmuró Mario ausente—. La vi saliendo del mar y después que me besó dijo: ya es hora de estar juntos.

—Del mar... ¿Intentas decirme que tu pareja sería un elfo marino? —Ahora Elías estaba asombrado al punto de estar seguro de tener abierta la boca de una forma teatral.

Los elfos marinos eran seres que muy rara vez se dejaban ver. La única vez que vio a un elfo marino fue debido a que visitó a su padre porque los humanos estaban contaminando uno de los principales ríos que cruza la capital y estaba visiblemente molesto por ello. Ese ser era impresionante, muy delgado y su apariencia estilizada lo hacía verse incluso andrógino; con ojos de un tono de azul extraño y una hermosa cabellera de un irreal color verde oscuro.

«Mierda»

Ellos eran hermosos y rara vez tenían parejas fuera de sus territorios, por eso se sabía muy poco o casi nada de ellos. Por fin, Mario volteó a mirarlo y en su rostro pudo ver súplica. Elías le quitó la mirada y la fijó en el mar, ese mismo mar que pronto se lo robaría para nunca más devolvérselo.

—Sí era un elfo marino, su apariencia era única y sus ojos azules... creo que eran azules —dijo algo confundido— ella era hermosa —repitió casi saboreando las palabras y eso solo desquició a Elías.

—O bien puede haber sido solo un sueño —instó Elías intentado ocultar su malestar y deseo de no perderlo.

El silencio que se formó entre ellos fue tan significativo que se vio obligado a voltear a mirarlo. Al hacerlo, lo aborreció de verdad; en su mirada, pudo ver que Mario estaba esperando porque ese sueño fuera realidad y esa mujer salida de las aguas, como Venus del mar, viniera a llevárselo sabía Dios donde.

—Lo siento, Lías, en serio, pero una pareja de destino solo se encuentra una vez en la vida y yo deseo tenerla más que nadie. Lo sabes bien. No quería que te molestaras, pensé que tal vez estarías feliz por ello, además, siento la llamada del reclamo formarse en mi alma —habló mientras se tocaba un poco más abajo del corazón para afianzar lo que decía.

« ¡Maldita sea! »

—Justo hoy tenías que soñar con ella —murmuró resentido—. Justo hoy tenías que decírmelo— a medida que hablaba iba subiendo más la voz—. Justo hoy que esperaba pasar la mejor Nochebuena de mi vida, ¿me lo dices? —Su voz estaba llena de reproche— Siento mucho si estoy cabreado porque encontraras a tu pareja en un... ¿sueño? ¿Y sí no es así? ¿Si no es real y ella no viene? —Con cada palabra se iba desesperando más— ¿Qué sucederá conmigo, con nosotros? Todo por un sueño... —esto último lo dijo casi en un quejido agónico porque sabía que estaba siendo un maldito egoísta, pero no podía evitarlo.

Para empeorarlo, Elías se iba frustrando más al ver que Mario se mostraba más empeñado en creer en ese sueño.

—Igual sabes bien que ya no nos podríamos ver —afirmó Mario con voz seria—. Tú tendrás que ocuparte de muchas cosas en el concejo. Yo estoy al tope con mi trabajo de arqueólogo. Los humanos si bien son despistados, siempre hay que estar atentos, en especial con los nuevos hallazgos —su voz era calmada, pero su rostro denotaba determinación—, ya de por sí, cada día que pasaba no nos veíamos cómo queríamos.

—Pero si tu sueño es real, ¿dejarás la arqueología por irte a las profundidades del mar? ¿O donde quiera que sea que vivan los elfos marinos?

—Por mi pareja de destino dejaría eso y más —fue la contundente respuesta que le dio y eso fue como una bofetada para el mago.

Elías quiso desaparecer, irse muy lejos o mejor aún, pedirle a Nik que le preparara un conjuro para olvidarse de él, pero no le daría la satisfacción de verlo destrozado. No, él no se derrumbaría frente a Mario.

—Ya. Este es el fin para nosotros. Bien. No hay problema, Mario. Que tu ninfa del mar te haga feliz.

Sin decir nada más, se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia una salida que usaba siempre que estaba ahí. Esa salida no era usada ni conocida por los que custodiaban las ruinas y eso le venía muy bien. A medida que iba caminando, no pudo evitar aborrecer el que Mario no fuera tras él ni mucho menos que hubiera dado la opción a duda sobre ese sueño. Deseaba verlo correr para alcanzarlo y rogarle que olvidara todo, luego se irían al departamento de Mario juntos y después de hacer el amor se reirían de ese estúpido sueño.

Elías estaba consciente de estar haciendo un berrinche interno, pero no le importaba, solo deseaba tener una Nochebuena especial con él y ahora eso no sería posible.

«Eres un hijo de puta malparido, Elías. Sabes que encontrar a su pareja era su mayor anhelo desde que Mario era niño» se recriminó así mismo con amargura mientras unas solitarias lágrimas caían por su rostro y las limpiaba con brusquedad, no quería llorar, pero ahora no podría detenerlas.

Eraegoista. Sí, sí, sí, sí, se repetía con angustiosa vergüenza, pero no podía evitarlo y a la vez, no podía odiar realmente a Mario. Ellos se habían complementado maravillosamente desde siempre, él nunca se molestaba cuando Elías había tenido que irse de improviso cuando estaban juntos o dejarlo plantado sin avisar debido a alguna misión que el conejo le daba. Mario siempre lo perdonaba por ello.

«Mierda, Elías, no llores más... encontrar a la pareja que el destino te envía, es algo maravilloso aunque en el proceso, se rompan corazones» Pensó con amargura al volver a secar su rostro.

Cuando estuvo por fin en la carretera, tardó un poco en conseguir un taxi que lo llevó hasta su casa y agradeció en silencio que no le hubiera tocado ese tipo de choferes que hablaban hasta por las puras ya que no estaba de humor para interactuar con los humanos y detestaba tener que influenciar en ellos por ninguna razón.

Durante todo el trayecto estuvo sumido en recuerdos dolorosamente hermosos que había tenido con Mario. Con mirada triste y la mente llena de imágenes felices, veía tras la ventanilla del auto lo que sucedía en las calles de Lima, las cuales estaban llenas de luces, gente caminando apurada por llegar a sus hogares, niños felices y mucha parafernalia navideña. Cerró los ojos al ver las parejas caminando animadas y amorosamente felices.

Para cuando llegó a su casa ya eran las 11 de la noche, el chofer le había tenido que pasar la voz al parecer varias veces para sacarlo de su miseria porque se había quedado con la mirada perdida ya sin mirar nada. Disculpándose, pagó por el servicio y antes de salir del auto le deseó una feliz navidad y se bajó rápido para evitar escuchar el saludo que soltó el conductor.

Esa parte de la ciudad donde vivían era tranquila y muy amistosa. Entre magos y humanos que no se metían en problemas ajenos y con ayuda de ciertos hechizos para pasar desapercibidos, se encontraba su casa. Una grande con amplios ventanales desde los cuales se podía ver el interior desde la calle solo si eras el que vivía en ella. Por eso pudo ver el loquerío del interior.

Cansado y sin ganas de estar presente en la cena navideña, abrió la puerta y entró a su hogar sintiendo de inmediato todo el ambiente en ebullición. El olor a la cena, el chocolate caliente y los inciensos que se prendían, hoy en particular, se le antojaba un poco desagradable. Molesta aparte, era el tremendo ruido que había en su casa; ya que, entre los villancicos y las charlas de su familia, era un real loquerío de sonidos estridentes.

— ¡Lías! —Gritó su hermana al verlo parado en el recibidor de la sala y saltó a sus brazos como si fuera una niña pequeña. Élsonrió a duras penas y la besó en la frente como solía hacer siempre. Ella era muy cariñosa y a pesar de que se llevaban 10 años, ella no parecía la niña de 14 años que era—. Llegas con las justas, hace un rato Nik envió los ramos de rosas para adornar la mesa ¡y están preciosas! Renato está desesperado por cenar ya, porque quiere ir a ver a Andra, Ron está sentado en la mesa esperando igual a cenar porque dice que tiene algo muy importante que hacer —su voz se tornó sarcástica—; claro, como si nadie supiera que está rondando a la hija de Martínez, en fin. Mamá —continuó su hermana con su reporte— está a punto de trepar por las paredes con la espada del abuelo apretada entre los dientesorganizando todo, porque ya sabes que a ella le encanta que la cena de Nochebuena salga perfecta, pero sabes que la tradición invariable es que los gemelos la vuelvan loca y papá...papá está en el despacho hablando con Tonatiuh y nuestro padre pidió muy serio que no los molestaran.

Elías frunció el ceño porque eso no le cuadraba.

Tonatiuh Malinolli, sumo hechicero de la comunidad paranormal y cabeza de todos los gran hechiceros que presidían los diversos concejos del mundo, era padre de su amigo Nik y muy gran amigo de su padre; viéndose y hablándose casi a diario a pesar de que uno vivía en Jalisco (México) y ellos en Lima, aunque realmente para la comunidad paranormal las distancias no eran un obstáculo, igualse le hacía sumamente extraño a Elías esa visita, en una fecha en el que debía estar con su familia. Lo que le hacía pensar que algo extremadamente importante había sucedido para que, expresamente, su padre solicitara que no fueran interrumpidos.

Elías había aprendido a seguir sus instintos y en ese momento, algo le decía que los dos amigos estaban hablando de algo muy serio.

— ¿Sabes qué sucede? —Preguntó en voz baja Elías rogando que no hubiera sucedido nada grave en la comunidad paranormal.

Había visto la expresión tensa del consejero mayor cuando habló con él temprano y había visto algunos reportes sobre actividad sospechosa en determinados lugares donde las líneas de energía cruzaban, pero hasta ahora, lo que fuera que estuviera pasando en el

mundo paranormal, era un secreto de estado y aunque le había inquietado, decidió que si no se le comunicaba nada, era porque todo estaba bajo control.

Sin embargo...

—Cuando pasé por su despacho para ir a traer los regalos para el árbol —le habló también en voz baja su hermana Kim—, logré escuchar a papá que decía: “¡No puede ser que no puedas saber quién está causando esas muertes!” —Habló en un tono grave en un intento de imitar a su padre—. Yo me asusté y algo me dijo que no debía escuchar el resto, así que seguí mi camino hacia mi cuarto.

— ¿Muertes? A qué se referiría con ¿muertes? —Elías se quedó mirando fijamente a su hermana mientras que sonaban los villancicos de fondo y podía escuchar a ambos gemelos cantar a todo pulmón. Ronald iba cantando y Renato hacía los coros, riendo sin parar.

—No tengo idea, pero algo me dice que el hecho de que hayas desbaratado esa banda de roba almas, les ha venido de perlas a ellos. Si no, ¿por qué crees que el propio Consejero mayor vino a hablar contigo y pidió que te incorpores lo antes posible? ¡Y todo por pedido directo del gran consejero!

—No lo sé... en todo caso, seguro es sobre el concejo Maya y solo le está pidiendo algún consejo a nuestro padre —miró a su hermana sonriendo al verla que hizo un gesto y sonido nada femenino al desechar lo que habló.

—Claro, como el “sumo hechicero”, el que todo ser paranormal va en busca de consejo y ayuda, necesita de un general de la guardia para que lo aconseje —la voz de Kim era sarcástica y llena de incredulidad.

—Son más que amigos, casi hermanos —le recordó a su hermana—, no es la primera vez que ellos se reúnen para hablar de diversos problemas sobre la comunidad —vio sonriente como su Kim solo hizo un gesto con la boca que demostraba que no le convencía del todo su explicación.

—No sé... no me gustó el tono de voz que usó papá. Además, eso que venga el consejero mayor a hablar contigo por pedido expreso del propio gran consejero para que te unas a la guardia principal y con esa premura, pues es que algo muy grande debe estar ocurriendo, hermano.

Elías no sabía qué pensar, y comprendía muy bien la inquietud de su hermana porque usualmente cuando algo había que coordinar o informar, era uno de los varios consejeros el que se hacía presente, no el consejero mayor ni mucho menos que dijera que es un pedido directo del gran consejero, eso era algo grande, demasiado como para pasarlo por alto y no ver que tal vez no es coincidencia con la visita de Tonatiuh.

En ese momento, ambos seguían parados en el recibidor y a lo lejos alcanzó a ver a su madre, Tanía, que estaba con el personal que la estaba ayudando con la cena de Navidad. En una de esas idas y venidas, se detuvo como si lo hubiera sentido y se lo quedó mirando fijamente a la distancia.

Él sonrió porque sabía que realmente había sentido su mirada.

Su madre era la hija de Ares y su padre hijo de Manco Capac. Sí, él era descendiente directo de dos seres míticos o llamados semidioses, lo que muchas veces le traía problemas. Problemas que odiaba tenerlos porque si bien usualmente ser un semidiós en el mundo paranormal era algo que muy pocos sabían; en su caso, era todo lo contrario. Sus padres, quienes eran bastante jóvenes para tener un hijo de 24 años, habían luchado junto al concejo Maya contra varios demonios menores y hacia el final, contra el demonio mayor del caos. En esa lucha participó su abuelo Ares junto a otros míticos y un ángel llamado Andrew.

Su madre, digna hija de Ares, luchó como toda una amazona logrando matar a más demonios que ningún otro guerrero elfo negro —quienes eran los soldados del mundo paranormal—. No era un secreto que los elfos negros la honraran como lo hacían; también lucharon magos y brujos. Y su padre—suspiró al ver que él se unía a su pareja, su madre, y veía directamente hacia él—, era un estratega formidable, sus tácticas para la lucha eran formidables. Ronald había heredado esas habilidades y por eso siempre se le consultaba cómo debían proceder ante una misión. Padre e hijo, eran estupendos tácticos.

—Vamos que ya se dieron cuenta de que estamos chismoseando —murmuró Kim, mientras simulaba haber estado arreglando sabía Dios qué a un lado de donde estaba parado Elías.

—Sí, claro vamos —estuvo de acuerdo—. Hay que ayudarla con lo último de los preparativos para la cena porque ya sabes que a ella y a papá les encantan los juegos artificiales que usan los humanos para estas fechas—ambos caminaron de la mano y él fue a saludar a sus padres como era debido.

De pronto una explosión fuerte se dejó escuchar en la calle y un montón de risas entre niños y adultos hicieron bulla felices por reventar los llamados cohetes que eran muy pequeñas cargas de explosivos que las hacían estallar a modo de celebración. A los humanos les gustaba mucho detonar cohetones y prender chispas de luces, y una vez fuera las doce, el cielo se veía cubierto por juegos artificiales haciendo gala de ruido, luz y color; ese era el modo de festejar la Nochebuena y la Navidad en la capital.

Elías y su hermana fueron a encontrarse con su familia en el comedor, mientras su hermana le pedía que después de ayudar, salieran a reventar los cohetones que ya tenían preparados los gemelos y ella. Él aceptó impostando una sonrisa de entusiasmo en un intento de simular la tristeza que sentía dentro de su ser; más aún, debía tener buena cara para no preocupar más a su madre que al parecer siempre se daba cuenta de todo.

Capítulo 2

Nik estaba sentado a los pies de un árbol grande que había en el jardín de su casa, las rosas estaban hermosas a la luz de la luna y de ellas brotaba un deliciosa aroma que lo tranquilizaba y relajaba lo suficiente para poder tomarse un respiro de lo que acaba de suceder ni bien terminó la cena.

Desvió su mirada por un momento de las hermosas rosas hacia su casa en donde sabía que estaba su familia entera en la sala platicando y gozando de la sobremesa bebiendo vino. En la calle, las personas estaban pasando el rato bebiendo con los amigos y demás. Temprano había disfrutado de ver a sus vecinos buscar posada escuchando sus cantos alegres y los niños felices yendo con sus cargas llenas de dulces, eso siempre lo hacía sonreír. A él le gustaba los humanos porque los encontraba con mucho potencial para evolucionar a algo mucho mejor; sin embargo, ellos se estancaban en riñas y luchas, aunque había muchísimos que eran todo lo contrario y que por esas fechas, Navidad, se olvidaban al menos por unos momentos de rencillas y malestares, pasando todos a disfrutar realmente de una fecha tan especial.

Ahora, su familia, como hechiceros, eran los que tomaban con mayor seriedad esta fecha y el significado que conllevaba realmente la navidad. Era implícito que todos debían asistir a la cena de Nochebuena, sus hermanos estuvieran o no casados, debían hacerse presente en casa ya que como su padre era el Sumo Hechicero de todo el mundo paranormal eso le daba derecho y dispensa para exigir sin palabras la presencia de todos sus hijos y nietos.

A Nik siempre le gustó las cenas de Nochebuena, pero de un tiempo a esta parte, simplemente estaba incómodo en ellas, especialmente desde que su padre había estado insistiendo en que dejara su puesto en la guardia paranormal y se uniera a él en la cámara de hechiceros, donde sus hermanos también asistían por ser sus hijos, todos menos él. Lo que hacía que su familia lo viera por encima del hombre porque si bien no podían obligarlo

a hacer algo que no quisiera, el resentimiento que se estaba gestando en su padre era palpable, sin contar que sus hermanos lo miraban con desaprobación. Esto lo hacía estar de muy mal humor logrando avinagrarle siempre las veladas que compartía con su familia, aun así, no podía ni debía dejar de asistir a ellas.

« ¿Qué problema había si no deseaba ocupar un lugar en el club ultra secreto de su especie? »

En esa noche, todos habían salido del comedor cuando su padre dijo que deseaba hablar con él y Nik ya sabía por dónde iba el asunto, así que dejando a un lado su plato se había preparado para la riña de siempre.

—Tú eres el más poderoso de mis hijos, incluso de la mayoría de los hechiceros — siempre que llegaba a esa parte del repetitivo discurso que le daba, se quedaba en silencio un momento como si no quisiera seguir hablando—. Tú, el menor —continuó—, el que ocupará mi lugar en la cámara de hechiceros como cabeza de todos ellos ¿y solo quieres ser parte de la guardia paranormal? —Su voz sonó a desprecio e indignación— ¿Es que no tienes ninguna consideración hacia tu familia? Estoy completamente seguro que sabes que somos el hazme reír de toda la comunidad mágica.

Le recriminó su padre —como en tantas otras veces cuando se le daba la oportunidad de hacerlo— en un intento para que él se uniera en el puesto que por ley mágica le correspondía de único aprendiz del Sumo Hechicero. Él, no su hermano mayor, ni el siguiente, sino él. Nik no sabía cómo era que sus hermanos no lo odiaban por haberles quitado un puesto para el que claramente estaban mejor capacitados para ejercerlo, pero su padre se había obsesionado con que fuera él y no otro el que lo supliría cuando llegase el momento de dejar su puesto.

No sabía cómo era que, quien nunca estuvo planeado para que naciera y el responsable de provocarle tantos problemas de salud a su madre, podría ser considerado como “poderoso”. Claro él sabía que era mucho más habilidoso que otros de su clase, pero pensaba que no era para tanto.

—Sabes que aún no me siento preparado—le había respondido—. Dijiste que debía sentir ese llamado que todo hechicero siente al ocupar un puesto importante en la cámara y hasta ahora no ha sucedido—intentó explicarle a su padre, pero este solo lo miró con los labios apretados por la cólera y se fue dejándole un vacío en el pecho.

Suspiró contrariado cuando su padre lo dejó solo en la mesa como si no importara lo que él sintiera o quisiera.

Ahora si fuera sincero, esa maldita sensación de tener que estar en la cámara y realizar los ritos y demás cosas que sabía hacían los hechiceros lo sentía desde hacía más de dos años y hasta ahora no comprendía cómo había podido soportar esa sensación de querer entrar en trance místico y abrazar su destino sin reservas. Era como un llamado al que no podía negarse a escuchar, pero que hasta ahora se las había arreglado muy bien en ignorar.

—Nik, debes estar consciente de que habrá un momento que ya no podrás negarte más y tendrás que seguir tu destino —le había dicho Andra hacía unos días atrás con voz conciliadora y cariñosa.

Su mejor amiga y querida hermana le hablaba sinceramente, pero Nik solo se había sentido golpeado brutalmente en su corazón al ver que ella le hacía semejante pedido aquella vez.

—Tarde o temprano deberás unirte a ellos, porque llegará el momento en que entraras en trance místico sin poder evitarlo y no habrá marcha atrás; Nik, no habrá alternativa —insistió ella aquella vez con voz calmada.

—Y una mierda que me uniré —susurró Nik resentido con su mejor amiga al recordar sus palabras.

Lo peor para él había sido que Elías no lo defendiera y simplemente se quedara callado apoyando con su silencio lo que ella le había dicho. Y aún más resentido se sentía contra su familia por querer obligarlo a hacer algo contra su voluntad, eso le jodía demasiado el humor.

Nik se preguntaba una y otra vez porqué no respetaban y dejaban que tomara sus propias decisiones.

« ¿Qué problema había con querer ser parte de la guardia y proteger a la comunidad paranormal? Incluso, proteger a los humanos de seres que los atacaban, como los demonios que se escapaban del inframundo»

A él se le daba muy bien la lucha y al ser uno de los raros hechiceros que se transformaban en un determinado animal, era de gran ayuda para el equipo que comandaba su amigo, Elías, en la guardia de la capital. A pesar de que él bien podía perteneciera al Maya, había preferido seguir y apoyar a su mejor amigo y como no era algo determinante para que un mago u hechicero sirviera en un lugar distinto al que vivía, nadie se lo podía prohibir. Es más, no se tomaba como territorios sino como una gran comunidad paranormal, lo que los diferenciaban de los humanos que incluso mataban por proteger o invadir territorios que tenían o ambicionaban. Eso no se veía en su mundo, gracias a Dios padre por ello.

Menuda estupidez separar por países al mundo.

« ¡Si el planeta es de todos! ¿Por qué luchar por un trozo de tierra que es de toda la comunidad? ¿Por qué no cuidar y proteger la tierra en la que se vive?»

—El planeta... —murmuró Nik.

Él miró hacia el suelo y se concentró lo suficiente para poder ver las líneas de energía que recorrían por el subsuelo y que en ese lugar si bien era delgadas, eran muy potentes.

Pasó su mirada por toda la extensión de su casa e incluso usando la visión de su águila interno, su preferido para convertirse, pudo ver mucho más allá la ramificación de las líneas de energía o cómo los llamaban los humanos: “Líneas ley” que formaban una fina malla energética.

Suspiró y retrocedió en su concentración porque de no hacerlo, la sensación de entrar en trance místico sería insoportable de evitar y la visión de águila quedó dormida

casi de inmediato. Si ya de por sí, según tenía entendido, ningún hechicero podía ver realmente las líneas ley no podía arriesgarse a caer en un trance del que tal vez no pudiera despertar por sí solo y eso sería un gran problema; y para colmo, por desgracia o bendición, Nik tenía otra habilidad que no debería tener; podía transformarse en diversos animales a su antojo, algo que era totalmente imposible para un hechicero. Muy pocos habían logrado cambiar a una sola clase de animal y eran tan raros que el último y único en hacerlo hoy en día que se supiera era su padre Tonatiuh, el sumo hechicero. Habilidad que usaba casi nunca debido a que lo agotaba demasiado, mientras él... no tenía ningún problema incluso cambiando de un animal a otro en el mismo instante.

Sonrió levemente al recordar la primera vez que vio a Tonatiuh en su forma de animal. Una majestuosa águila real, hermoso y al ser un poco más grande que los originales, se veía el triple de imponente. Él se sintió tan orgulloso de su padre y este cuando supo que él podía convertirse un águila, también, fue uno de los momentos más emotivos que pudo compartir con él ya que su padre estaba feliz que ambos tuvieran la misma forma animal.

Nik, se puso tenso y serio de inmediato porque no quería ni imaginarse lo que su padre haría para unirlo a la cámara de hechiceros si se llegara a enterar que él era el único en poder hacer algo que era solo un mito para su raza y toda la comunidad paranormal. Los únicos que sabían su secreto eran Elías, Andra, Renato y Ronald; él confiaba en ellos hasta la muerte, porque sabía que nunca lo traicionarían.

Alzó la mirada por un momento al cielo y justo vio una estrella fugaz pasar y sonrió porque en ese momento, deseó tener a su pareja a su lado.

« ¿Quién serás? ¿Ya habrás nacido? ¿Dónde te encontraré? No sabes cuánto te necesito a mi lado, ven a mí pronto que te espero y anhelo tu presencia» susurró en forma de una plegaria en un tono inaudible para nadie.

Esas palabras las decía en determinados momentos cuando miraba al cielo en búsqueda de que se hiciera realidad pronto.

—Por favor, búscame, te necesito —susurró a las estrellas y rogó que el arcángel al que le pertenecía la mayor parte de su sangre que corría por sus venas, lo escuchara e hiciera que su pareja llegara a él.

Nik nunca aceptaría en voz alta que deseaba con fuerza conocer a su pareja y aunque sabía que sus amigos estaban conscientes de sus sentimientos, al menos Andra, ellos nunca hicieron ningún comentario y él lo agradecía mucho.

Se supone que su pareja sería un hechicero, pero ¿y si no era así? Una vez había cometido el error de preguntárselo a su madre y ella se había puesto muy molesta y le gritó lo que todo hechicero sabe desde que nace:

—Un hechicero solo se une a otro de su misma raza, jamás con una distinta ¿Qué dirían los arcángeles si nos unimos a otro ser que no fuera cómo nosotros? Hemos aceptado que juguetees con otros seres paranormales, porque teníamos entendido que tú sabías que debía ser en secreto. Evitar ser visto con alguien que no sea hechicero y ni pensar en tener algo serio con alguno de ellos.

— ¡Te prohíbo ser visto con algún ser paranormal o humano en situaciones comprometedoras! —Sentenció su padre en un tono gélido cuando su madre se lo dijo.

Él siempre fue discreto con sus relaciones, pero desde ese momento, lo fue aún más ya que a partir de esa conversación, su familia lo vigilaba con exageración si notaban que interactuaba con alguien de forma más íntima que no fuera hechicero. Agradecía que los padres de Elías y Andra fueran tan amigos de su familia y que se quisieran tanto o de lo contrario estaba seguro que le prohibirían incluso que pasara tiempo con ellos pensando que pudiera tener algún romance con alguno de ellos.

Se sentía tan incomprendido con su familia que muchas veces había pensado que ya era hora de tomar la decisión de vivir por separado. Lo malo era que inmediatamente después de pensar en irse, le venía a la mente tantas responsabilidades que había en casa. Principalmente con su madre que si bien era una estupenda hechicera, su salud no era muy buena desde que lo dio a luz y algunas veces tenía que guardar reposo absoluto

en el templo de los hechiceros para recargar energías de las líneas de energía que pasaban por ese lugar y cuando eso sucedía, odiaba que su padre soltara la frase:

“Tú estás con vida gracias a que tu madre aceptó procrearte y parirte, debes velar para que ella se recupere pronto”.

Y tenía que permanecer el tiempo que ella estuviera en estado de reposo, atento a cualquier cosa que se necesitara. No tenía problemas en cuidarla, pero detestaba que su padre lo viera como que él era el único que debía hacerlo. Su padre y hermanos también eran muy capaces de atenderla, pero simplemente se lavaban las manos y dejaban que él cargara con todo solo.

« ¿Quién le dice y hace eso a su hijo, sea humano o paranormal?». Si bien, ella se reponía rápido, era muy duro para él verla tan indefensa en sus recaídas, lo que no era igual para Nik que terminaba agotado mentalmente.

Su mente volvió a pensar en cómo sería la pareja que el destino había escogido para él y deseó nuevamente que ya se presentara.

— ¿Por qué tan solito? —Escuchó una voz familiar y sonrió intentando guardar la tristeza de su corazón aferrándose a esta nueva relación — ¡Feliz navidad, Nik! —añadió Denis con una sonrisa pícaro en su rostro.

Verlo parado sonriendo con una botella de Champán en una mano y dos copas en la otra le levantó un poco la moral y la tristeza.

Denis era un mago que conoció hacía poco cuando participó de una incursión de la guardia Maya a un nido de vampiros oscuros que estaban empezando a ser notoria para los humanos, y la atracción entre ellos fue explosiva desde la primera vez que se vieron. Lo malo era que a Denis le gustaba mucho el desenfreno, algo que no le molestaba, pero sí cuando interfería en sus responsabilidades en la guardia andina que era al que él había escogido pertenecer y con el que se sentía muy a gusto.

Sonriendo, recibió una de las copas y permitió que le sirviera un poco del espumoso líquido y brindaron en el jardín, con su conservadora familia a un paso, casi a la

vista de ellos, haciendo que se sintiera travieso y rebelde. En ese momento, deseaba que su familia saliera y los vieran juntos. Sonrió mientras dio un segundo trago y sintió las burbujas bailar en su boca, después de eso, recibió el beso frío más caliente a sabor fermentado de la uva que lo hizo gemir dentro de la boca ajena. Sus labios danzaron en una erótica melodía que prometía pasar mucho mejor lo que quedaba de la Nochebuena y hacía que su día de Navidad se vieran mucho mejor de lo que pensó que sería.

Al romper el beso, Nik se sintió más ligero y aunque los problemas no se habían evaporado como hubiera querido debido a la pasión que Denis despertaba en él, permitió que lo llevara a través del portal que conjuró hacia el apartamento de este en donde disfrutarían y haría que todo rastro de palabras y sentimientos hirientes, desapareciera casi por completo.

Casi.

Al menos por unas horas.

¿Su familia y la reunión navideña?

Ellos se podían ir al carajo, él deseaba vivir y no hundirse en la miseria debido a una familia que no comprendía ni aceptaba sus decisiones ni gustos.

Capítulo 3

La noche era perfecta.

Perfecta para traer más de un desencanto, más de una pena, más de un problema, más de una falsa ilusión.

Andra estaba en el balcón de su habitación mirando la hermosa luna llena que había en el firmamento. Su casa estaba tranquila, los de servicio que la ayudaban, estaban

descansando o haciendo sus cosas privadas. Sabía que ellos habían tenido una cena de Nochebuena como todos los años, sin embargo, siempre había alguno que estaba pendiente por si algo se necesitara.

Ella amaba su casa, una propiedad situada en la campiña inglesa en Wiltshire —un lugar lleno de una fuerte energética tanto cósmica como mística—que usaba desde que su madre le había dicho que podía vivir sola, aunque eso era solo en teoría, ya que ella pasaba mucho tiempo en esa casa haciéndole compañía, decía; salvo, cuando sus amigos o Renato iban a verla, entonces, Selena, muy diplomáticamente se retiraba a su palacio en la luna.

Selena era su madre y era la mejor, pero a veces deseaba estar más tiempo a solas con sus pensamientos.

Ella miró de reojo y suspiró rogando que no se ofendiera por no querer que siempre estuviera a su lado. Ella lo sabía, sabía lo que su corazón deseaba, aun así nunca decía o hacía un comentario al respecto y eso en un principio no lo tomaba muy bien; ahora, ya comprendía mejor las cosas, lo que no quitaba que se sintiera un poco asfixiada.

—Hoy la luna está algo cargada —habló su madre con un dejo de diversión en su voz desde el sillón dónde se encontraba sentada mirando una revista de modas—. Mi niña, tal vez, sea necesario que visites a tus amigos.

—No, hoy no —respondió casi sin pensar—. Ellos deben pasar sus penurias solos en la primera fase —murmuró Andra de forma casi distraída.

Eso era algo que aprendió de una forma muy fea.

Sonrió al escuchar la risa baja y traviesa de su madre, lo que le decía que eso había sido una prueba para ver si había aprendido la lección y que estaba al tanto de sus inquietantes cavilaciones.

¿Cómo no podía ser de otra manera? Ella siempre lo sabía todo.

A un ser mítico nada se le pasaba por alto, menos en su presencia.

—Pronto vendrán a ti, hija y deberás apoyarlos —el tono que usó su madre no daba duda de que sería muy serio lo que se avecinaba.

Andra se estremeció ante eso, porque sabía a qué se refería y odiaba no poder advertir a sus amigos de que tiempos no solo oscuros venían sino que sería extremadamente duros para ellos. Suspiró derrotada, porque no le gustaba no poder ayudarlos.

—Los ayudarás hija mía, lo harás y mucho —respondió su madre a su dilema interno.

Si bien la característica de saber qué pensaban y sentían el resto era una cualidad que pocos paranormales poseían, en los seres míticos era una característica principal que era imposible guardar secretos para ellos cuando deseaban saber algo de algún ser. Comprendía que su madre lo hacía para monitorear su estado de ánimo, pero a veces eso solo la hacía sentir ultrajada en su intimidad y privacidad.

Lo más terrible, era que en la sentencia de su madre, sabía que había más en sus palabras, cosas que no le decía y tal vez nunca lo haría, lo que significaba que lo descubriría en el camino; pero, nuevamente, ella había aprendido a la mala a ser prudente y paciente. Salvo que en esta ocasión, algo muy fuerte le decía que lo que fuera que estuviera por venir, también la incluía a ella; por eso, tendría que comenzar a prepararse para lo que fuera a suceder.

—Bueno, ya es pasada la Nochebuena para los humanos, así es que voy a visitar a tu padre que ya debe haber llegado a casa—sin decir nada más, Andra pudo sentir que su madre se había ido.

Su padre, un hombre misterioso y poderoso que no lo había visto desde que era niña y de quien solo recibía mensajes mágicos y que hablaba con ella directamente a su mente y alma. Él era alguien tan fuerte y especial, así como gracioso y divertido, lo amaba tanto que a veces le rogaba que viniera a verla.

—Hija mía, pronto, pronto volveré a ti en persona, te lo prometo.

En la mañana cuando había hablado con él, estuvieron riendo mucho. Tal vez, para los humanos hablar con alguien en su cabeza era extraño y de locos, pero para los seres míticos era algo muy común y natural. Su padre le había enseñado a hablar con sus amigos de esa forma, lo que fue muy divertido. Nik aprendió casi a la primera y sin necesitar de mucha explicación, pero Elías fue un poco más lento... bastante más lento tanto para acostumbrarse como para hablar con ella de esa forma.

Una vibración en las líneas de energía la hizo sonreír ampliamente al sentir a Renato llegar a su mansión. Casi de inmediato, escuchó el movimiento en el piso inferior lo que hizo que su corazón latiera a mil porque sabía que él estaba preguntando por ella. Rápidamente corrió al espejo para comprobar que todo estuviera en orden en su apariencia. Su vestido blanco de seda caía como si fuera lluvia de estrellas, había escogido ese traje en especial porque era el favorito de su pareja y le encantaba como le quedaba.

A ella le gustaba volverlo loco con los vestidos que le decía que le gustaba que eran en realidad todos los que se ponía. Andra podía usar un saco de yute y él babearía sobre ella como un hambriento. Se tocó las mejillas debido a que se le encendieron a un rojizo suave de solo pensar en que para Renato, ella se veía sexy se pusiera lo que se pusiera.

—Hola bonita —susurró Renato detrás de ella, al aparecer su reflejo en el espejo y le entró una rosa que ella recibió con una enorme sonrisa. Sabía que pertenecía al mejor ramo que Nik había enviado a casa de su pareja—, ¿esperabas a alguien en especial?— Preguntó con voz juguetona.

—Esperaba a un joven músico que me ofreció una serenata romántica, pero ¿qué crees? —Preguntó Andra con falsa decepción— el muy ladino se olvidó por completo que debía aparecer bajo mi ventana y tocar claro de luna con la guitarra y una flauta en la boca.

La ronca y rica carcajada que soltó Renato le hizo reír también a la vez que era abrazada fuerte contra el pecho de su pareja, lo que aprovechó para apoyarse en él mientras disfrutaba sentir la vibración del firme pecho en su espalda.

Renato Granados, era hermano de Elías y la pareja que el destino había escogido para ella. Renato, su hermosa, fuerte y espectacular pareja. Lo único de malo era que no

vivían juntos porque no habían cerrado el vínculo de enlace. Sobre ello, su madre, había sido mortalmente seria cuando les advirtió a muy temprana edad de la adolescencia que no podía ser reclamada hasta que ella no hubiera madurado lo suficiente y de no obedecer, desencadenaría un cambio en el destino de ambos drástico y dramático.

Como ellos no querían arriesgarse pensando si era de broma o en serio, ambos procuraban no tentar al destino y si bien su madre los dejaba estar a solas, ella sabía que esa intimidad no era tan privada.

— ¿Ya todas tus cosas están en Tayacaja? —preguntó Andra cuando las risas ya habían cesado.

—Sí, mi cuarto es grande y con un hermoso balcón para poder ver la luna y poder invocarte cada vez que quiera —ronroneó Renato mientras hundía su nariz en sus cabellos, lo que le producía un estremecimiento placentero cada vez que hacía eso.

—Tienes ese brazalete que te puede transportar de inmediato aquí cada vez que quieras... —soltó un pequeño jadeo cuando Renato comenzó a besar su cuello con deliberada lentitud— Renato...

Andra estaba comenzando a sentir esa deliciosa bruma de placer que la envolvía cada vez que la tocaba y besaba de esa forma.

—Sí, es verdad —respiró profundo su pareja y se alejó un poco de ella sin soltarla ni alejarla demasiado—. A veces quiero mandar a la mierda todo, bonita, pero sé que tu madre me fulminaría con rayos lunares y yo quedaría hecho una masa sanguinolenta en el suelo.

—No, yo creo que quedarías hecho algo más sexy; tal vez, un hermoso helecho, o ¡un pasto!

— ¿Un helecho? ¿Un pasto?—Preguntó con las cejas alzadas y en su boca queriendo danzar entre una sonrisa y una protesta a la vez— ¿Qué tiene de sexy convertirse en eso?

—Bueno, ya sabes que los girasoles son de Apolo... y bueno, tendría que revisar el libro de herbolaria de Zeus para ver en qué planta sexy te puede convertir mi madre.

—Al menos, tú podrás escoger en qué me convertiré si llego a comprometer tu virtud —dijo sonriendo, pero ella sabía que realmente el hecho de no poder reclamarla le estaba costando demasiado esfuerzo y con cada día que pasaba, ese esfuerzo era mucho mayor.

Andra solo lo abrazó y pudo sentir que eso bastó para que Renato comprendiera que ella tenía la misma necesidad de ya estar con él. El suspiro que soltó le dijo que estaba resignado a seguir esperando, esperando por ella y por la felicidad que ambos merecían.

Cualquier cosa que estuviera por venir, ella lo podría afrontar con Renato a su lado, su piedra angular, su brújula, su espada, su esperanza. Sí, ella estaría bien con las personas que amaba a su lado y las ayudaría a salir adelante con lo que fuera que se avecinaba.

Capítulo 4

Elías, caminaba pensativo por el camino rural que conducía al poblado de Quishuar en Tayacaja. Él necesitaba pensar y por eso había decidido caminar desde el concejo hasta su nueva casa. Ese mismo día era Navidad y sin mediar ninguna demora, había tenido una reunión muy temprano con el Gran Consejero, el hechicero, Marco Anticono y le había hablado de cosas que él nunca pensó siquiera que pudiera estar sucediendo en el mundo paranormal, al menos no desde hace muchos siglos. También había insistido en que uno de los consejeros, un elfo llamado Krech, le mostrara todas las instalaciones, comenzando con el área de la guardia hasta la sala de asamblea.

Para cuando pudo liberarse de todo ese embrollo del paseo de reconocimiento ya era media tarde y sin pocas ganas de comer nada decidió en vez de usar un portal, irse caminando a su casa, una que no la sentía suya, una casa que estaba demasiado lejos de la que realmente lo era. Dejar la capital había sido lo más duro que pudo haber sucedido en su vida y deseaba poder retroceder el tiempo y no haber hecho caso a sus instintos sobre esos malditos demonios.

Mentira, sabía que lo volvería a hacer si fuera necesario y eso lo tenía muy cabreado, al punto de ponerlo de pésimo humor.

Como su interior, la temperatura del ambiente estaba fría a pesar de que el clima en toda la región de Tayacaja era cálido, pero justo ese día estaba bastante frío, igual que su estado de ánimo y todo por culpa de Mario. Había pasado la Nochebuena más terrible de lo que hubiera podido recordar. A pesar de que su familia estuvo toda reunida compartiendo una deliciosa cena navideña e incluso estuvieron cantando algunos villancicos a modo de sobremesa, aunque a pesar de lo festivo que estuvo todo, sus padres no pudieron ocultar el ceño fruncido durante toda la velada debido a que algo les preocupaba mucho. Renato y él se devanaron los sesos por saber qué era eso que el

padre de Nik y el suyo habían hablado y que era seguro la razón de su estado de ánimo preocupado.

Ambos sabían que preguntar no habría sido lo más acertado.

Cuando pudo hablar con Renato de lo que Kim escuchó, habían estado de acuerdo en que algo serio debía estar pasando; ahora, sabía que era mucho más grave de lo que ambos hermanos supusieron.

Los gemelos eran, un año, menores que él y junto a ellos habían solucionado muchos casos en los que ahora, eran considerados una especie de comando especial paranormal, como solía llamarlos Ronald a modo de broma. Broma que muy pronto supimos que no era tan inexacta ya que realmente en el concejo paranormal existía un grupo de guardias especialista en ocuparse de determinadas misiones.

Ahora su grupo conformado por los gemelos, Nik y él eran parte de esa guardia especial. Solo esperaba a ver sus caras cuando el anuncio se les hiciera oficial.

Una brisa algo fría cruzó su cuerpo trayéndole un estremecimiento algo inusual, lo que lo llevó a meter las manos en los bolsillos de los pantalones. Maldijo por no haber sacado un abrigo un poco más grueso, pero no pudo ir más allá con ese pensamiento ya que pudo sentir un papel arrugado en uno de sus bolsillos e inmediatamente pudo recordar con suma precisión cada palabra que decía esa maldita nota que había recibido justo al amanecer cuando se había levantado para ir a la reunión con el gran consejero.

“Élías, No puedo dejar de temblar mientras te escribo este mensaje mágico. Antes que nada quiero ofrecerte una disculpa que sé que no soy digno de que me las aceptes, pero el destino es así y soy feliz, muy feliz.

Ayer en la noche no fui tras de ti porque mi sueño se hizo realidad y pude verla. Ella salió de las aguas tal como te conté y repitió las mismas palabras de mi sueño. Su nombre es Mary, es una hermosa elfo marina, al parecer sabe quién soy desde que nací y el hecho de que no viniera por mí fue porque se supone que sus

parejas deben tener una edad específica. Mi cumpleaños fue hace dos días lo que le daba la libertad para que se presentara y reclamara lo que es suyo y yo pudiera reclamar lo que era mío.

Espero que puedas encontrar a tu pareja pronto y puedas comprender lo feliz que soy en este momento.

Mario.”

«Hijo de puta, no podías perder tiempo y tenías que refregarme en la cara tu felicidad» pensó amargamenteresentido que se le hiciera tan fácil deshacerse de él y se negaba a aceptar que ahora fuera feliz, porque eso haría que la amargura fuera menos y él quería odiarlo por siempre. Aunque eso no fuera del todo cierto.

Más o menos.

— ¿Por qué el niño no responde a mis llamadas por el medallón ni a los mensajes mágicos que te estoy enviando, desde no sé qué hora? —Escuchó la voz entre divertida y recriminatoria de Nik cuando se acercó a caminar a su lado. Elías se tragó una maldición.

Había estado negándose a responder cuando el medallón que llevaba colgado en el cuello comenzó a sentirse tibio, lo que significaba que uno de sus amigos, Nik o Andra, lo estaban llamando. Si hubiera podido quitárselo y dejarlo en su mesa de noche lo hubiera hecho, pero simplemente el medallón hubiera vuelto a aparecer en su cuello debido al hechizo que tenía para evitar que lo perdiera. Igual había ignorado los mensajes mágicos que luego comenzaron a querer llegar y que él se había negado en redondo a permitir que el pequeño portal se abriera para recibir el mensaje.

En la mañana cuando recibió el mensaje de Mario, su corazón saltó con esperanza y alegría produciéndole una pequeña arritmia; pero, después de leerlo, lo único que deseaba era volver a la cama y rumiar su desdicha.

—Mal momento, ¿verdad? —oyó el murmullo de Nik.

Amaba a sus amigos, Nik y Andra, pero en ese momento no quería estar con nadie y le costaba incluso responderle.

—Ya. Has recibido alguna comunicación de Mario —dedujo con acierto su muy inteligente amigo que siempre pillaba las cosas a la primera oportunidad.

—Nik, en serio, no lo tomes a mal, pero...

—Tú irás conmigo.

Fue lo único y contundente que dijo justo a la vez que veía como Nik tomaba con una mano su brazo y con el otro convocaba un portal usando el medallón mágico que al mostrar la apertura en la realidad, fue arrastrado hasta, la que todos llamaban cariñosamente, “la mansión lunar” de Andra.

«Mierda, lo que me faltaba»

Capítulo 5

Nik cruzó el portal hacia la mansión lunar con Elías acuestas y sonrió cuando vio a su amiga sentada en su elegante sillón del salón donde usualmente reposaba y los miraba algo confundida y feliz de verlos, aunque frunció un poco el ceño seguro al percatarse de la magra aura de su amigo mutuo.

—Hermosa —saludó cariñosamente—. Te traigo aquí a nuestro amigo que está con un humor tan negro como el de un elfo oscuro.

Sonrió cuando vio la expresión de indignación que le dio su amigo Elías y solo se dejó caer en el sillón al lado de Andra. Nik se sentó a su lado y los tres, quedaron apretados en el sillón que no era para tantas personas. Ellos se quedaron mirando la hermosa chimenea donde crepitaba un fuego moderado; al lado, había un hermoso árbol de navidad el cual siempre su amiga armaba para complacer a sus amigos.

—Mario —aseguró Andra con voz tranquila, casi hipnótica.

—Mario —confirmó Elías.

—Mario —gruñó bajo Nik.

Los tres se quedaron callados un rato más mientras sus mentes vagaban como siempre antes de que una conversación seria se produjera entre ellos.

Andra ya sabía que Mary era la pareja de Mario ya que muchas noches había escuchado su canto melódico y triste desde una de las rocas de la isla en donde ella vivía. Mary, había sabido de inmediato cuando nació su pareja y supo de todas las relaciones que había tenido y en ningún momento había dejado su canto melancólico por no haber podido estar aún con el ser que había nacido para ella.

Algo que la tocaba en lo más profundo de su ser y que la hacía sentirse muy afín a la elfo que lloraba por el amor que no podía tener aún.

En una ocasión, incluso le había rogado a su madre que la dejara hablar con ella y para su total asombro, había aceptado afirmando que era lo correcto que fuera a consolarla. Eso fue justo cuando se había enterado que Mario y Elías habían comenzado una relación y eran muy felices juntos.

Andra, durante una de las tantas noches que Mary solía cantar fue a hablar con ella. A intentar calmarla y hacerle ver que ya no faltaba nada para que estuvieran juntos y que tomara las relaciones anteriores de su pareja, como enseñanzas para hacerla feliz.

Para Andra, no era algo muy reconfortante las palabras que le había dicho a la elfo marina, sin embargo, al parecer para Mary habían sido de suma ayuda porque desde ese momento, ella comenzó a tener más paciencia hasta que pudo presentarse ante Mario en sueños y prepararlo para su encuentro. Encuentro que había sido tan solo hacía unas horas y que fue la principal razón de la felicidad de dos seres y la desdicha de su amigo.

—Paciencia, Elías, paciencia —fue lo único que se le ocurrió decir y pudo escuchar una exhalación de cansancio por parte de su amigo en respuesta.

—Andy —mencionó Nik el diminutivo único que ambos le decían en ocasiones—, te juro que a veces tienes las palabras precisas para levantar el ánimo —su voz era en un tono divertido y sarcástico.

Sin embargo, y aunque sabía que fueron dichas sin la mayor ofensa o mal intencionadas, a Andra le cayeron pésimas porque sabía que ella era totalmente incapaz de ser precisa en sus consejos o guiar a los que ahora eran sus amados niños, como suele llamar su madre a los seres que buscan ayuda en la fuerza de la luna.

¿Cómo iba ella a madurar si aún era pésima para dar consejos?

No pudo evitar que su estado de ánimo bajara dramáticamente, lo que ocasionaba que todo a su alrededor se viera influenciado de su estado de ánimo. Pudo sentir las lágrimas de Elías, a todo el servicio doméstico verse afectados por su influjo, hasta sus

oídos se escucharon las muy lejanas olas del mar romper en las costas cada vez con mayor intensidad. El viento y las nubes comenzaban a inquietarse, pero ella casi no podía hacer nada para evitarlo, se sentía realmente terrible por no poder ser una real ayuda.

Ella era un fiasco.

— ¡Andra! —Escuchó la fuerte voz de Nik y la fuerza de sus manos sujetando sus brazos con una vitalidad que pocas veces había sido dirigida a ella— ¡Debes controlarte, amiga! Estas volviendo locos a todos ¡mira a Elías!

Andra aún aturdida por la fiereza tanto en la voz de su amigo como en el tono demandante que usó para ella, volteó a mirar a su amigo y lo pudo ver tirado en el suelo llorando amargamente totalmente encogido.

«Mierda»

Ella comenzó a respirar profundo, intentó calmar su estado de ánimo, usó los métodos que su madre le había enseñado y sobre todo, al cerrar los ojos, pensó en la luna haciendo un puente mental entre el satélite y su cuerpo para que el poder que se había manifestado fuera conducido por ella misma hacia donde estaba su madre y así evitar que sus amigos y todos en su casa sufrieran su influencia.

En todo momento, su amigo la sostuvo fuerte hasta que al fin pudo controlarse y cuando abrió los ojos y miró la hermosa cara de Nik, pudo ver con asombro sus ojos, los cuales siempre eran de un color marrón oscuro, ahora tenían un tono celeste azulado y su aura había trasmutado a un blanco tan intenso que por un instante la cegó. Al parpadear presa de una incomprensión casi abrumadora por la apariencia celestial de su amigo, esa imagen que mostraba su amigo ya se había ido.

—Nik... Nik, tú...—no pudo evitar balbucear.

—Tienes que seguir practicando en tu control, Andra—la amonestó Nik en un tono cariñoso—. Sabes que es peligroso cuando dejas que tus sentimientos se involucren estando personas a tu alrededor —reprendió su amigo ahora con seriedad y preocupación.

Totalmente avergonzada por semejante muestra de inmadurez, volteó a ver como Elías, aún confundido y golpeado por su poder, se secaba la cara y se levantaba para volver a sentarse junto a ella. Sin decirle nada, la abrazó fuerte y la jaló para que Nik, quien aún estaba serio, la abrazara desde el otro extremo y así los dos la sujetaron fuerte.

Andra pudo sentir el inmenso amor que le tenían y eso reconfortó su alma como jamás ellos se lo imaginarían.

—Sé que es difícil, amiga —habló Elías con voz ronca y afectada—, pero no debes tomar como tuyo los problemas de los demás, en especial los nuestros.

—Eso... es imposible... los amo demasiado —susurró apenada.

—A veces es importante buscar ayuda, Andy —habló con voz suave mientras le daba una rosa y Andra quería llorar al escuchar que Nik volvía a su tono cariñoso de siempre.

Cerró por un momento los ojos, llevó la rosa a su rostro y aspiró su delicioso aroma. Elevó una pequeña plegaria silenciosa de agradecimiento por tenerlos a ellos en su vida.

—Elías, debe tener realmente paciencia —dejó que las palabras fluyeran como ríos por las quebradas—, porque tu destino te alcanzará más pronto de lo que piensas y esa persona que será tu centro, está a solo un choque de distancia.

Sonrió al escuchar la risa baja de Elías.

Él la sujetó mucho más fuerte y sin decir nada a lo que acaba de decir la besó en los cabellos algo que le recordaba mucho a Renato. Ahora más calmada y sin haber forzado nada, pudo darse cuenta de que era verdad, lo que había dicho. Podía ver muy claro como su amigo encontraría la felicidad y sonrió a pesar de la vergüenza que sentía.

—Lo siento, tienen razón —se disculpó nuevamente—. Debo volver a la casa de mi madre y seguro que ella tiene preparado mucho para decirme. Me extraña que no se haya hecho ya presente —dijo soltando una risa nerviosa.

—Madres —dijo en tono juguetón Nik, aunque sabía que la comprendía.

—Madres —repitió Elías, ahora risueño.

—Madres —aceptó Andra con cariño.

En el cómodo silencio que precedió, Andra se preguntaba si lo que había visto de su amigo era verdad o simplemente eran ideas suyas. No estaba segura de nada cuando se descontrolaba porque su mente se embotaba de ideas locas y perturbadoras, aun así, necesitaba hablarlo con su madre, ya que si bien los hechiceros descendían de los arcángeles, hasta donde ella sabía, ninguno de ellos había heredado ni los ojos y ni el aura de sus ancestros. Sin contar que eso sería imposible ya que todos los poderes de los nefilim fueron dormidos en el inicio de los tiempos; además, estaba segura de que había pasado mucho tiempo desde que un arcángel decidió bajar a la tierra y procrear.

Ellos no lo hacían desde hacía milenios y por eso era que los hechiceros, para preservar su sangre de arcángel, se unían entre ellos y cuando tenían parejas que el destino les daba, siempre eran entre ellos mismos.

Entonces, ¿de dónde salió esa imagen celestial de su amigo mientras la sujetaba? Y ahora que lo pensaba mejor... ni siquiera nefilim o semidiós hubiera podido contenerla como lo hizo su amigo. Solo los seres celestiales podían hacerlo.

«Houston, estamos en problemas...»

* * * *

Desde fuera, la casa se veía tranquila, el fuego crepitaba en la chimenea y los tres amigos estaban abrazados con sus cabezas juntas. Selena amaba como ese trío se había unido desde muy niños y ni bien se conocieron jamás se habían separado o peleado, mucho menos enemistado por alguna razón.

—Ella es afortunada, todos ellos lo son —habló el padre de Andra y Selena dejó que él la abrazara y la pegara a su pecho, mientras ambos miraban a lo lejos la ventana que mostraba una hermosa escena de amistad duradera y verdadera.

—Sí, todos ellos lo son —repitió estando de acuerdo.

—Tienen solo el tiempo suficiente para que puedan realmente estar preparados y afronten todo lo que se viene. Selena —añadió el padre de Andra cuando vio que ella le iba a interrumpir—, debemos permanecer así, solo expectantes a lo que harán ellos. No podemos intervenir.

—Es solo que Nik está cada vez más cerca...

—Lo sé, amor, lo sé.

Ellos se quedaron callados un rato mientras veían a los tres amigos disfrutar de un momento de paz.

—Cuando ella te pregunte sobre Nik, ya sabes lo que le dirás.

—Sí.

Selena, guardó silencio y solo disfrutó de la cercanía del ser que ella amaba desde que se habían visto por primera vez hace ya tanto tiempo que casi no lo podía recordar. Él tan hermoso y fuerte, siempre le daba más amor de lo que jamás podía creer que se pudiera recibir y siempre rogaba estar a la altura de ese sentimiento.

—Lo estás amor mío, lo estás.

Fueron sus únicas palabras antes de que ambos desaparecieran de ese lugar y dejaran a los chicos disfrutar de su momento de privacidad.

Capítulo 6

Ya era un nuevo día y los estragos de la navidad iban bajando casi por completo en el poblado donde vivía Elías; incluso, en todo Tayacaja las festividades navideñas ya no eran el centro de los festejos, sino más bien, ahora eran las próximas fiestas de fin e inicio de año.

En la zona, los lugareños hacían pasacalles con diversos grupos que sacaban sus mejores trajes y disfraces para recibir el año con el mejor ánimo posible y la verdad era que ellos se divertían durante días sin que sus energías bajaran en ningún momento. Elías, a pesar de que las personas caminaban alegres, saludando a quienes se les cruzaran por el camino, casi sin ganas, devolvía el saludo y esbozaba una tensa sonrisa.

Ya encaminado hacia el concejo que estaba ubicado en una zona alejada de todo contacto con los humanos, Elías había decidido ir en un transporte común hasta que lo dejará en un punto específico y de allí, caminaría rumbo al camino oculto que llevaba hacia su nuevo empleo. Después de varios minutos de caminata abrió un portal y al pasarlo, estuvo frente al templo inca no descubierto que el concejo usaba como sede central, él suspiró para sus adentros y se adentró a la marca hecha por los hechiceros para proteger el lugar de curiosos.

— ¿Bueno, se puede saber por qué no quisiste esperarnos y venir con nosotros en el portal que el concejo nos proporcionó? —Lo regaño su hermano Ronald y Elías quiso mandarlo a la mierda, sin embargo, solo siguió de largo mientras Renato le susurraba a su gemelo lo que seguramente era la noticia de su rompimiento con Mario debido a la aparición de su pareja.

«Maldita gente chismosa ¿por qué no se meten la lengua en el culo?»

Maldijo sabiendo que ahora todos sus amigos en la capital debían saber la feliz noticia sobre la unión entre Mario y su “hermosa elfo”. Elías no se le apetecía ser el centro de compasión de nadie, ni siquiera de sus hermanos.

—Vamos, Lías. Ese idiota de Mario nunca nos gustó para ti —dijo Ronald con voz grave.

—Sabes que nosotros te ayudaremos a salir adelante —aseguró Renato.

—Cuenta con nosotros para superarlo —dijeron ambos en coro y Elías volteó sin poder evitar una sonrisa en su rostro y ver a sus hermanos muy serios en clara misión de ayudar a su hermano por 11 meses mayor que ellos.

—Gracias chicos pe...—cortó abruptamente lo que iba a decir ya que justo cuando volteó para seguir caminando, chocó de bruces con una muralla dura que lo hizo rebotar y casi caer de culo al suelo rocoso, pero unos fuertes brazos lo sostuvieron y evitaron que cayera. Cuando alzó la mirada, vio a un hombre grande de mirada seria e intensa que desde esos ojos marrones le taladraba hasta llegar a su alma.

De pronto, una sensación de alivio y bienestar lo hizo estremecer de pies a cabeza. Su interior comenzó a bullir de sentimientos y sensaciones que lo abrumaron casi hasta dejarlo sin aliento.

—Quien eres... —no era una pregunta la que hizo ese grande, muy grande hombre. Su gruesa y fuerte voz le produjo tal estremecimiento que lo hizo jadear en busca de aire.

Para su asombro, vio como los ojos ajenos estaban dilatados mientras olía el aire próximo a él. No pudo evitar soltar un grito ahogado cuando ese gran hombre, hundía la cara en su cuello y aspiraba profundamente su aroma. En ese momento, al sentir la caliente nariz de ese hombre chocar contra su piel le produjo una erección instantánea y agradeció ser de los que se bañaban recién se levantaba de la cama. Pensamiento muy equivocado porque ahora tenía imágenes de ambos desnudos en la ducha.

No ayudó para nada, ser envuelto en una neblina de lujuria y pasión al sentir la lengua húmeda recorrer su cuello y esas manos fuertes sujetarlo como si no deseara

nunca más soltarlo. Un ronroneo extraño, más bien como un gruñido vibró en el pecho de aquel hombre cuando se escuchó la voz del que pensó era su hermano Renato que hablaba desde algún lugar cercano.

— ¡Deja inmediatamente a mi hermano en paz, perro!

— ¡Y nos importa una mierda que seas un alfa! —añadió Ronald muy cabreado con voz amenazante.

Elías intentó soltar la camisa del hombre que lo tenía abrazado, al parecer en algún momento se había sujetado de esta. Se separó solo lo suficiente para voltear y ver a los gemelos con las manos en puños y su magia activa amenazando al... ¿alfa? Que lo estaba volviendo loco de placer con tan poco.

— ¡Mío! —Gruño el alfa— Es mi pareja y si interfieren yo mismo los condenaré a la prisión en el Cimeria —amenazó en tono bajo mostrando una hilera de lo que fueron los dientes más grandes y no humanos que hubiera visto jamás Elías, sin contar que sus ojos eran claramente los de su animal interno y ya no los humanos que debería tener.

Totalmente aturdido por la revelación de ese hombre, poco o nada coherente le pasaba por la mente lo que evitaba que pudiera decir palabra alguna, solo boquear como si fuera un pez fuera del agua.

—Mierda —soltó Renato mientras relajaba las manos y Ronald lo miraba con una mezcla de incredulidad y desafío.

—Chicos... —logró aclarar Elías en algo su mente para poder hablar— yo me ocupo de este asunto, luego los busco.

Ellos sin decir nada y mostrando su inconformidad con gestos de desaprobación en sus rostros, ambos se fueron sin oponer resistencia. El alfa sonrió con satisfacción al ver que ellos se alejaban y aunque Elías sabía que no estarían lejos y estaba seguro que usarían cualquier método para escuchar lo que ellos tenían que decirse. Elías miró a ese gran hombre y se perdió en su mirada la que ahora era suave y casi reverencial. Eso hizo que se diera cuenta de lo que en realidad estaba sucediendo.

Su pareja...

— ¿Cómo...?

—Tu olor es indiscutiblemente el que debe tener mi pareja, lo sé, mi alma me lo grita, eres mío, eres quien he estado esperando desde que tengo uso de razón —habló el alfa y al fin pudo sentir su poder que le daba esa categoría de alfa.

Los magos, hechiceros, elfos y determinados vampiros, podían sentir el poder que emanaban de los diversos seres paranormales. Sabía que los cambiantes tenían su forma de saberlo, pero no era igual, sino ellos más bien lo podían oler, una habilidad muy apreciada en la guardia porque los elfos negros, si bien eran soldados naturales, no siempre eran requeridos porque se volvían algo salvajes al pelear.

—Alfa, ¿desea que avancemos primero nosotros a la asamblea? —escuchó que alguien decía y ahí fue cuando se dio cuenta de que había dos cambiantes más, esperando a su líder.

Al parecer Elías se había cruzado en su camino justo cuando ellos iban a la asamblea, lo que le dijo que este alfa era uno de los que pertenecía al concejo como representante de todos los cambiantes de la zona. Intentó rebanarse la cabeza para acordarse de su nombre, pero tenía la mente hecha puré.

Gracias, pareja, ahora era un idiota lujurioso, porque no tenía más en su mente que imágenes de ellos dos en la cama reclamándose mutuamente.

La risa del alfa lo sacó de sus lujuriosos pensamientos.

—Mi pareja está caliente —susurró en su oreja soltando su caliente aliento en un tono bajo que solo hizo que su erección se presionara mucho más en sus pantalones y no pudo evitar rozarse en la pierna del alfa y soltar un bajo gemido necesitado.

Él rio más alto y volteó a darle indicaciones a sus hombres para que se fueran lo que él agradeció porque estaba a segundos de hacer un espectáculo frente a ellos y a todos los que pasaran, debido a que se sentía extremadamente sensible y con deseos de ser reclamado, pudiendo correrse ahí mismo.

Qué vergüenza, delicioso, pero qué vergüenza sería eso.

— ¿Cuál es tu nombre, cachorro?

—Elías, Elías Granados, pero no soy un cachorro... tengo 25 años —dijo con el ceño fruncido a pesar de su estado de excitación.

—Eres un cachorro, para mí, pareja —dijo con una risa gruesa mientras lo abrazaba con fuerza y eso hacia maravillas a la erección de Elías—. Yo soy Alonso y te voy a reclamar en cuanto esa asamblea termine.

—Pero porque hasta después... —Elías no pudo evitar la nota de protesta en su voz cuando escuchó semejante tortura.

Él no iba a soportar estar mostrando una gran erección todo el rato.

—Sin peros —amonestó con una voz sexy—. Es importante para la comunidad que asistamos a esta reunión y por lo que veo, mi pareja es el famoso mago que terminó con un grupo de demonios roba almas —en su voz podía escuchar el tono de orgullo, lo que le hizo sentir la cara arder.

«Maldita sea, ¿es que toda la comunidad paranormal lo sabe?»

—De acuerdo —aceptó a regañadientes porque sabía que tenía razón—, pero no digas que soy una celebridad y te advierto que en cuanto termine esa asamblea convocaré un portal y serás raptado por tu pareja de inmediato.

Alonso soltó una fuerte carcajada que hizo voltear a mirar a varios y que hizo que la cara de Elías se pusiera de un rojo tan intenso que rivalizaba con el rojo de sus cabellos. El alfa le tomó una mano y lo guió al salón donde ya deberían estar todos esperándolos, ahí incluso ya estaba Nik que al verlo entrar de la mano del gran alfa, levantó una ceja e hizo un gesto de asombro casi teatral. Él necesitó mirar a otro lado para no romper a reír.

Elías no podía creer que tuviera una pareja ¡y tan pronto!

Mario llegó a su mente y automáticamente eso le hizo perder la erección que traía. Comprendió que el encontrar a Alonso era inminente y si Mario no hubiera

encontrado a su pareja, esta situación se hubiera convertido en una terrible pesadilla para su antiguo novio. Los papeles se hubieran invertido al punto de ser lo peor para la relación de ambos debido a que el mayor sueño de Mario había sido encontrar a su pareja pronto.

Maldijo en silencio al notar que Alonso apretaba su mano y lo miraba con intensidad, seguro al notar su cambio de humor, pero no lo podía evitar. Elías había sido un estúpido perro egoísta con Mario y ahora sabía que lo mejor que pudo suceder fue que fuera su ex quien encontrara primero a su destino.

En ese momento, recordó las palabras de Andra:

“Debes tener realmente paciencia, porque tu destino te alcanzará más pronto de lo que piensas y esa persona que será tu centro, está a solo un choque de distancia.”

—Un choque... —susurró metido en sus pensamientos mientras escuchaba como el Gran hechicero pedía que todos prestaran atención.

La asamblea comenzaba; su nueva vida, comenzaba y su destino, lo alcanzaba al fin, o mejor dicho, chocaba con él al fin.

Al menos eso era lo que él creía, ya habría momentos y motivos para darse cuenta de que todo lo que estaba y había pasado era nada comparado a lo que le esperaba no solo a él sino a sus amigos también.

Capítulo 7

Había sido la reunión más larga en la que había participado que casi brinca de la felicidad cuando esta se dio por concluida. Durante todo el tiempo estuvo con mil pensamientos que evitaron que prestara atención del todo. Las sensaciones que le producía sentir la caliente mano prácticamente devorando la suya le hacía perder el hilo por momentos. Alonso que la apretaba oportunamente cuando Elías se perdía en sus pensamientos o la acariciaba con lentitud avivando el fuego que comenzaba a intensificarse nuevamente en su interior lo tenía totalmente mareado.

La llamada del reclamo comenzaba a actuar y claramente podía sentir como iba consumiéndole la necesidad de estar con su pareja y poder cerrar el vínculo de alma con él. No entendía cómo había quienes se negaban ante ese llamado y no se volvían locos. Inmediatamente pensó en su hermano Renato y todo lo estaba esperado por Andra y lo que aún le faltaba por esperar, eso le producía un desasosiego tan fuerte que ahora sería más comprensivo con su hermano.

—Bueno, señores, esta reunión ha concluido. Espero que para el Congregans tengamos algunos avances. Y ahora, creo que cierta pareja está sintiendo el llamado, ¿por qué retenerlos más? —habló el gran hechicero y Elías quería esconderse debajo de la gran mesa. Alonso soltó una risa baja e hinchó el pecho mostrando que estaba orgulloso de encontrar a su pareja, mientras el resto soltaba comentarios al aire de felicitaciones para ellos.

Con las risas bajas de fondo, todos salieron de la reunión y Elías con la mirada baja, como casi nunca había hecho frente a nadie, salió sumido en una expectativa que lo tenía loco de la anticipación. Sabía que luego su amigo querría interrogarlo a fondo y más cuando se enteró que ahora él era parte importante en la guardia junto con él y sus hermanos.

A esa reunión si bien no pudieron asistir sus hermanos, sí pudo Nik debido a su estatus de hechicero y aunque solo estaba cómo invitado, tenía el honor de estar sentado a un lado del gran consejero. Algo que estaba seguro no le caía del todo bien porque a él le gustaba tener perfil bajo.

Una vez fuera del templo, en uno de los jardines exteriores se detuvo a esperar a que Alonso terminara de hablar con los que —ahora sabía— eran su beta y su comandante. Elías se obligó a mantenerse quieto y no comenzar a saltar como si fuera un chiquillo ansioso por ya regresar a casa y abrir los regalos de navidad. En este caso, su regalo era Alonso y tendría que quitarle cada capa de ropa como si estuviera desenvolviendo un paquete. Para cuando Alonso llegó a su lado con una enorme sonrisa en el rostro, Elías quería convertirlo en un feo sapo por haberlo hecho esperar tanto.

—Te demorabas más y te convertía en algo verrugoso y horrible —soltó Elías y Alonso soltó una carcajada.

Elías estaba comenzando a amar su risa.

—Ustedes no pueden convertir a nadie en eso —luego de una pausa divertida añadió un tanto inseguro— ¿o sí?

—Eso es algo que hubieras averiguado si demorabas más.

—Creo que alguien está impaciente ¿verdad? —preguntó con voz ronca y Elías lo ignoró, levantó la mano para convocar un portal, Alonso le tomó de la muñeca para evitar que lo hiciera— Vamos a casa —dijo soltándolo y él tardó un momento en comprender que a lo que llamaba “casa”, se refería a su casa en la manada que desde ese momento, sería también la suya.

—Ya sabes entonces lo que debes hacer. Piensa en ella y yo la veré —pidió Elías con una sonrisa.

Inmediatamente, sujetó la mano de Alonso y enseguida pudo visualizar la gran casa de su pareja. Sin perder la sonrisa, con un movimiento circular preciso de su muñeca, el

portal se abrió ante ellos y Elías lo jaló dentro para casi al instante aparecer en el patio de la casi mansión.

—Bienvenido a nuestro hogar —la voz cada vez era más gruesa de Alonso le provocó otro estremecimiento placentero en su cuerpo.

No necesitó decir nada, solo se dejó guiar hacia el interior, donde pudo ver un gran movimiento de gente. Unos los miraban entre curiosos y otros con algo de precaución, ya que Alonso lo tenía sujeto de la mano jalándolo apresuradamente hacia las escaleras principales que dominaban el recibidor principal. Elías soltó una risa nerviosa cuando su pareja solo alcanzó a decir unas pocas palabras sobre el hombro a una mujer algo mayor que le exigió que saludara como un buen cachorro.

—Ahora no, Nany, ahora no ¿no vez que traigo a mi pareja a casa?

Los gritos de júbilo de los que habían estado ahí presentes se dejaron escuchar fuerte y claro demostrando lo feliz que se sentían porque su alfa estuviera al fin con la pareja que el destino le había escogido para él.

Mientras subían, si bien no a la gran velocidad que había pensado que él, como cambiante haría gala de su extraordinaria capacidad para moverse con rapidez, sino todo lo contrario, lo hizo lento al estilo desesperadamente humano, lo que le permitió ver el salón que estaba bellamente decorado para las fiestas navideñas y apreciar en algo, el hermoso árbol de navidad que estaba a un lado de la escalera, con tantos adornos que al parecer no había ninguna rama sin quedar decorada.

Al llegar a la segunda planta y dirigirse hacia una de las habitaciones, pudo ver que el árbol aún era más grande de lo que parecía porque al alzar la vista pudo ver que un hermoso ángel casi del tamaño natural, estaba con las alas extendidas en la punta del gran árbol que casi llegaba a la tercera planta.

—Aquí —lo apresuró Alonso para que entrara en una habitación totalmente adornada como si fuera el cuarto del mismísimo papá Noel.

Alonso comenzó a besarlo en cuanto la puerta estuvo cerrada y si bien su beso no era demandante como bien había sido el primero, este era lento y cadencioso arrancándole un gemido casi suplicante. La risa que soltó Alonso vibró en su pecho y Elías quería morirse si ya mismo no lo reclamaba.

Como sintiendo su necesidad de él, Alonso, le quitó la chaqueta delgada que tenía y luego la camisa, cuando comenzó a abrir su pantalón y sin cortar el beso que se estaban dando, una risa baja y traviesa seguida de otras iguales les cortó de raíz toda la lujuria que habían entre ambos. Elías lo miró con horror al pensar que su pareja ya tenía hijos y que tal vez había realizado un voto de unión con alguien y esta persona pudiera llegar en cualquier momento y reclamara lo que el compromiso de ambos le daba derecho, ignorando así lo que el destino le hubiera dado, rompiendo brutalmente su burbuja de felicidad.

Elías miró todo el cuarto en búsqueda del peligro y comprendió que seguro había sido ella la que decoró de ese modo esa habitación y quiso llorar de la impotencia, aunque se las arregló para que su rostro se mostrara frío e inexpresivo; sin embargo, Alonso, estaba mirando serio hacia un lugar determinado del cuarto.

—Ustedes granujas, ¡pilluelos! ¡Salgan antes que azote sus culos!

Fuertes risotadas se escucharon y un sonido sordo lo hizo sobresaltarse cuando al voltear, Elías, vio como salían corriendo cinco niños de lo que le pareció tenían las edades entre los 4 y tal vez 10 años. Ellos salían pitados de uno de los armarios que estaba a un lado. Alonso lo soltó y lo puso detrás de su amplia espalda cubriéndolo mientras hacía el ademán de golpear a cada niño y estos soltaban más risas divertidas cuando él los rozaba levemente y gruñía de forma graciosa, claramente mucho menos amenazante de cómo le había gruñido a sus hermanos y eso lo dejó algo confundido.

Una vez que los niños ya no estaban y ver que Alonso verificara que ninguno más había en esa habitación, cerró la puerta con llave y lo llevó hacia la cama mientras se quitaba ante sus ojos la ropa y quedaba completamente desnudo ante sus ojos logrando que Elías por un momento se olvidara de todos sus temores cuando vio esos músculos marcar toda la parte superior del cuerpo del cambiante, pero cuando el alfa intentó ir por los pantalones que él aún llevaba puesto, lo detuvo.

—Dime que no tienes un voto de unión con nadie ni mucho menos que tienes hijos, ni alguien especial en tu vida —odió la voz de derrota que soltó.

Alonso le tomó el rostro con una sola mano y sonriendo movió la cara de un lado a otro. Al parecer, con sentimientos que le cruzaban el corazón igualmente que a él.

—No tengo ningún voto de unión con nadie, ni mucho menos tengo a nadie especial en mi vida ni en mi cama. Tú... —su rostro mostró una inseguridad impropia de un alfa— tienes a alguien. Puedo olerlo en tu cuerpo, su olor está impregnado en ti.

—Tenía —dijo Elías necesitando retirar su mirada de su pareja para poder controlar sus sentimientos—, él encontró a su pareja y nos separamos hace muy poco. Y... ¿tienes hijos?

—No tengo hijos propios, aunque todos los cachorros de la manada los considero hijos míos y velo por su bienestar y de toda la manada —Alonso lo quedó mirando con algo de preocupación— es que... ¿no quieres tener cachorros conmigo?

—No es eso. Claro que quiero, es solo... —Elías se sentía estúpido.

Alonso sin parar de acariciarlo ni dejar de mirarlo a los ojos, habló con voz suave y cariñosa.

—Sé que eso les pasa a muchos seres paranormales que deciden hacer votos de unión antes siquiera de ver la posibilidad de poder encontrar a su pareja y luego hay mucho dolor en la mujer o marido que queda apartado entre una pareja de destino —habló Alonso con pesar en su voz—. Te aseguro que ese no es mi caso y nunca dejo que ninguno de mis lobos hagan ese voto si antes no hubiera una comprensión entre los unidos que si de llegar la pareja destinada, ellos deberán hacer lo imposible para no lastimar más al otro y ocuparse de quien quede relegado.

—Pero, Alonso, el dolor debe ser soportable...

—Lo sé, y aunque no lo creas, hasta ahora los problemas han disminuido bastante desde que les exijo que consideren sus opciones antes de hacer un voto de unión.

Las manos le iban acariciando la piel en una ida y venida entre su cuello y su pecho descubierto. Alonso se había acomodado a su lado y lo veía con un brillo curioso en sus ojos. La mano que lo acariciaba, bajó hacia sus pantalones y los terminó de desabrochar y con su ayuda, se los terminó sacando, junto con las medias y zapatos.

Una vez desnudos abrazados y dejando que Alonso lo acariciara a su antojo, Elías suspiró sin poder evitar todos los sentimientos que tenía dentro.

—Cuéntame... —pidió Alonso seguramente al oler su ansiedad.

Elías sin perder tiempo, le contó todo sobre Mario y la forma que había sido cruel al no comprender que el destino había dictaminado que ya era hora que conociera a su pareja. También le contó la forma tan egoísta de cómo se sintió.

—Yo hubiera sido peor de haber estado en esa situación —confesó Alonso—. Una vez encontré a una hermosa chica que era todo para mí. Si bien no éramos pareja, la forma en cómo nos llevábamos era maravillosa. Incluso le pedí que tuviera en cuenta hacer el voto de unión conmigo, pero... ella solo estaba actuando un papel específico para poder ser mi omega y así tener poder en la manada; por fortuna lo descubrí pronto y ella enloqueció cuando rompí el compromiso, se fue pensando que yo la seguiría.

— ¿No la volviste a ver? —Preguntó asombrado.

—No. Sin embargo, había venido un grupo de lobos que pidieron unirse a mi manada y envié a dos de ellos a buscarla. Solo porque quería saber si estaba bien, y ellos eran estupendos rastreadores —sonrió y Elías vio que realmente se estaba riendo divertido—. Lo bueno es que la encontraron y lo mejor fue que uno de ellos resultó ser la pareja de ella. Cuando el segundo volvió a contarme lo sucedido entre su amigo y la loba que debían buscar, me dijo que aceptaba el castigo que impusiera por no haber cumplido con la tarea recomendada. Pero yo simplemente reí feliz porque una pareja se hubiera reunido. Y a ese lobo que tuvo la valentía de volver a contarme lo sucedido, lo convertí en mi comandante y no me arrepiento de haberlo hecho.

—Vaya... —Elías no sabía que decir aparte de eso, y cualquier idea de querer comentar algo más quedó olvidada cuando sintió los labios de Alonso en su cuello y sus manos acariciándolo sin reservas.

Riendo y soltando gemidos, dejó que su lobo hiciera lo que deseara con él haciéndolo perder la razón debido a la lujuriosa sensación de al fin tener a su lado a quien —esperaba muy pronto— amaría con todo su corazón y alma.

Sintió con desmedida lentitud como Alonso, bajó sus labios hacia su pecho y se dio un festín con sus aureolas rosas, tomándose su tiempo con cada disco de carne hasta dejarlas totalmente erectas y sonrojadas a los bordes. Cuando al parecer estuvo satisfecho con ello, bajó hacia su vientre y después de varios besos y succiones, dejando marcas que sabía que no se borrarían en algunos días, siguió su camino tortuoso hacia su pelvis deteniéndose justo en la base donde comenzaba una suave mata de vellos rojizos. Esperó que eso no le molestara a su pareja ya que no le gustaba afeitarse por completo.

Soltó un grito fuerte cuando sintió los caninos extendidos, mordisquear la piel sensible de su entrepierna haciendo que su miembro saltara del gusto, provocándole la frustrante necesidad de que lo engullera por completo, pero estaba ignorando a su eje necesitado. Movié las caderas y con sus manos enterradas en el cabello de Alonso intentó guiarlo para que lo tomara en la boca, sin embargo, solo consiguió que él riera y no se moviera ni un milímetro de donde estaba mordisqueando y lamiendo aparentemente feliz de estar ahí.

Elías quería gritar de impotencia, aun así, solo soltaba jadeos y gemidos de placer. Cuando pensó que al fin le daría la atención requerida a su miembro, Alonso fue hacia la otra zona de su entrepierna y le dio el mismo trato agónico.

— ¡Mierda! —Soltó con un fuerte jadeo— no... por... favor...

Otro fuerte gemido le arrancó de su garganta al sentir la lengua caliente pasar por toda su longitud, y luego soplar sobre la piel ardiendo. Eso fue suficiente para que Elías se corriera como si fuera un adolescente cachondo.

Sin aire, sin un solo hueso que pudiera mover y con una neblina de lujuria aún en la piel, vio levantarse a Alonso y mostrar la erección más grande que jamás hubiera visto, lo que le hizo tragar ruidosamente ante lo que, al parecer, había pasado por alto de forma imperdonable. Su pareja, trajo un tubo y vertió en sus grandes manos un chorro abundante de lubricanteel que frotópacientemente a todo lo largo de ese pitón que pensaba meter dentro de Elías.

—Tendrás que prepararme mucho... pero mucho para que eso... —miró al miembro brillante y húmedo de su pareja mientras se mojaba los labios y su deseo crecía a niveles que ni él mismo pensó que subiría— entre en mí.

—Cachorro caliente, ya verás cómo sí entra y pedirás mucho más cuando haya terminado —habló haciendo énfasis en cada palabra con cada caricia que se hacía, mostrando que disfrutaba verlo tan nerviosos y a la vez ansioso.

Cuando Alonso comenzó a trabajar en Elías, este estaba maravillado y, a la vez, frustrado en proporciones bíblicas con la inmensa paciencia con la que Alonso comenzó a prepararlo para recibirlo. Sus dedos estaban haciendo que perdiera su sano juicio, cuando su pareja se situó entre sus piernas y entre lamidas a sus genitales y sus dedos que entraban y salían de él, lo hacía hablar incoherencias mientras su cuerpo se movía sin control buscando más de lo que le estaba haciendo.

De pronto, una corriente salió disparada por todo su cuerpo haciendo que soltara un grito agónico y cuando eso se repitió casi al instante, supo que su pareja había encontrado su punto dulce. Una capa de sudor había cubierto todo su cuerpo cuando Alonso se levantó, alineó su miembro, empujó poco a poco dentro de Elías y este comenzó a pensar que lo estaban partiendo en dos de la forma más deliciosa que pudiera haber pensado jamás.

Para cuando, su pareja estuvo totalmente dentro de él y se tomó un momento para que ambos respiraran un momento, Elías, cubrió con sus manos el cuello de Alonso y este lo tomó como un pase para poder moverse. Y vaya si lo hizo. Sus movimientos fueron entre lentos y potentes logrando que su cerebro olvidara incluso hasta su nombre.

Entre gemidos que eran casi gritos fuertes de Elías y palabras cariñosas de Alonso, las embestidas fueron perdiendo su ritmo. Él no quería que terminara, pero sentía que estaba a punto de correrse otra vez a lo que su pareja, seguramente sintiéndolo, comenzó a bombear su miembro a ritmo de sus embestidas logrando que él gritara tan fuerte su liberación al aire mientras sentía como su pareja también llegaba al orgasmo y lo llenaba por completo.

Fue justo en ese momento que lo más asombroso ocurrió.

Desde su interior, sintió como si algo comenzara a calentarse dentro de su pecho, a la vez que un extraño halo los envolvía a los dos y pudo sentir maravillado como sus almas se unían en una solatal cual decían los mitos y como los ya emparejados contaban; sin embargo, nada se comparaba a vivirlo uno mismo. Ahora, ellos eran uno solo. Alonso comenzó a llorar con una enorme sonrisa y Elías no pudo sino más que seguirlo en la dicha de que ambos ya eran una pareja acoplada por el destino. Ellos, aún unidos se abrazaron y siguieron llorando de la felicidad.

Elías era inmensamente feliz y esperaba que cuando tuvieran sexo fuera así de maravilloso, porque él deseaba volver a repetir todo desde un desesperante inicio en cuanto recargara energías, benditas las líneas ley que había en todo el planeta y que ayudaba a que ellos por ser seres mágicos, pudieran recargar energías prontamente.

Capítulo 8

—Entonces, el alfa de los lobos es tu pareja... —la voz de Nik era de asombro.

—Te dije que solo debías tener paciencia, Lías —habló sonriente Andra.

Los tres amigos estaban como siempre sentados en el mismo sillón totalmente apiñados, pero felices de estar juntos, como fue desde que eran unos niños.

—Alonso es tan... cariñoso —habló Elías como si estuviera en su nube personal de ensueño—. Sé que el encontrar a tu pareja, no significa amor instantáneo, pero...

—Lo será, siempre es así. El destino es muy sabio, Lías. No te uniría a alguien que tú no llegaras a amar ni mucho menos que no seas correspondido —aseguró su amiga y Elías sonrió como un tonto.

Andra y Elías suspiraron a la vez sabiendo lo dichoso que se sentía al tener a su pareja de destino a su lado. Sin embargo, cuando Nik no se unió a ellos y al voltear a verlo, este estaba mirando hacia la chimenea con el ceño fruncido y un pequeño puchero había aparecido en su rostro.

Elías sabía que algo nada agradable le estaba ocurriendo.

—Nik...—su amiga habló antes que él.

—No digas nada Andra. No quiero escuchar nada de nada, te lo digo muy enserio —gruñó su amigo y Elías comprendió que las cosas con Denis no debían estar muy bien.

—Háblanos, Nik —murmuró algo apenado Elías por la felicidad que sentía. Él quería compartirlo con su mejor amigo y no le gustaba que él estuviera pasándolo mal por alguien.

Ellos esperaron prudentemente a que Nik se tomara el tiempo que necesitaba para que hablara libremente. Lo conocían y sabían que solo era cuestión de tiempo para que se soltara.

—Ayer, fui a ver porqué Denis estaba siendo tan esquivo a veces y a ratos desesperado por verme —Nik se hundió un poco más en el mueble y respiró profundo antes de seguir—. Un amigo me dijo que Denis había estado yéndose de... libertino —esa palabra la dijo con un deje burlón y por el uso de esa palabra, Elías supo quién se lo había dicho—. Me dijo dónde se encontraba la cueva que solía frecuentar y quién era el nuevo chico favorito que estaba usando para “liberar tensiones” que al parecer, se está volviendo más serio de lo que fue en un inicio.

Los tres amigos se quedaron callados por otro momento. Elías miró de reojo a Andra y pudo ver que ella estaba con esa típica mirada de culpabilidad que solo podía significar una cosa: “ella lo sabía desde antes”.

Respiró profundo con congoja, a pesar de que no la culpaba por saber cosas antes que todos y era obvio que ella no lo podía evitar ni decir nada que interfiriera con sus destinos. Algo que los tres odiaban a morir, pero que también respetaban.

Puto libre albedrío.

—Mira, Nik, ya sabes cómo es Gregorio. Él siempre quiso algo contigo y al no darle su gusto, siempre anda de...

—Te digo que lo comprobé —respondió Nik a Elías—, incluso los encontré juntos. Denis me dijo que me tenía cariño, pero que nunca ofreció nada serio —bufó impaciente—. Claro que sabía que no era nada serio, pero lo mínimo que esperaba es que al menos fuéramos exclusivos —los miró con ojos fríos— ¿acaso es mucho pedir?

Tanto Elías como Andra, dijeron que no, y sobre todo que no perdiera la ilusión. Los tres enfocaron su vista hacia la chimenea que estaba con un confortable fuego, sobre ella, había como siempre un ramo de rosas frescas y en la pared se podía ver tallado el medallón que los tres tenían colgando en el cuello y que prácticamente era el símbolo de su amistad y el amor que se tenían.

Este representaba: Una luna en el fondo, un lobo aullando y una rosa todo dentro de un círculo que significaba el lazo fuerte de su amistad, irrompible y duradero. Elías sonrió cuando al fin supo la razón por la cual el lobo lo representaba a él. No solo era

porque era su animal favorito, sino que era su destino. La luna, representaba a Andra y la rosa, era la flor favorita de Nik y la que siempre les regalaba a los dos desde que tenía uso de razón.

Los tres se quedaron en un cómodo silencio, sumidos en sus propios pensamientos. A ellos les gustaba estar ahí sentados sin decir nada, solo apoyados el uno con el otro, entrelazando los brazos entre ellos.

En ese momento, era de noche y todo estaba apagado, excepto las luces del árbol y la luz que emitía el fuego de la chimenea, lo que hacía que el medallón tallado emitiera graciosas sombras debido a que estaba tallado en alto relieve. Los tres permanecieron callados y Elías estaba seguro que ellos estaban repasando en sus diversas experiencias amorosas que habían vivido. En sí solo Elías y Nik porque Andra y Renato se conocían desde niños y siempre supieron que eran pareja.

—Nik, tienes que darte cuenta de que deshacerte de Denis es lo mejor que has hecho. Sabes que nunca me gustó —soltó Andra y Elías vio como Nik sonreía.

—Sí, sé que nunca les gustó a pesar de que nunca dijeron nada —apuntó Nik.

Ellos tres soltaron una risa distendida.

—Puto Denis —apuntó Elías con exagerado énfasis que hizo reír a sus amigos.

—Sí, puto Denis —estuvo de acuerdo Andra mientras reía.

—Re puto Denis —soltó con una carcajada Nik.

Y aunque Elías sabía que su amigo tal vez le costara recuperarse de lo sucedido con Denis, Nik, nunca estaría solo porque los tenía a ellos para apoyarse y demostrarle lo mucho que amaban a su amigo.

Fuera de todo, estas fiestas habían traído novedades para casi todos. Nik al fin ya no estaba con Denis, Elías ya tenía a su pareja al lado al igual que Mario y él solo esperaba que Andra ya pudiera ser reclamada por su hermano pronto porque lo merecían más que nadie debido a la cantidad de tiempo que estaban esperando ellos para al fin poder estar juntos, por siempre.

¿Fin?



Ely Grados // Elygweasley

Un mundo por cada historia; una historia por cada personaje; y un personaje por cada sueño.

Me gusta la fantasía, pero sin olvidar que la realidad es un mal necesario. Soy lectora apasionada y autora de diversas historias en constante proceso de evolución.

Visítame en:

<https://twitter.com/elygrados>

<https://www.facebook.com/elygweasley/>

<https://www.instagram.com/elygweasley/>

<https://www.wattpad.com/user/Elygweasley>



EmiRose Santiago



Esta es mi Familia

Dedicado a todos/as aquellos/as escritores/as
que han participado en esta antología y sobre todo a las chicas
Daniel Richards, por hacer que año tras año sea posible.

ESTA ES MI FAMILIA

Inscrita en Safe Creative con el nº de registro 1811299186974

Todos los derechos reservados

Esta es mi Familia



1 de diciembre

Eran las diez de la noche y estaba realmente cansado. Hubiera querido relajarme un rato en el enorme sofá con una buena copa de vino, pero me sorprendí a mí mismo, cuando quise acostarme temprano. Y es que tras el ajetreo diario de los niños, luego, bañarlos, recoger la cocina, poner el lavavajillas y la lavadora y, preparar las cosas para el día de mañana, ya no me quedaban fuerzas.

Justo cuando estaba entrando en la cama, mi móvil sonó. La pantalla me avisaba que era mi madre, así que me resigné a contestar.

—¿Qué pasa mamá? Son las diez de la noche.

—Seguro que estás despierto —no se dignó ni tan siquiera a decir hola—. Tu padre y yo hemos hablado y hemos decidido que vamos a pedir la custodia de los niños.

Me lo soltó a bocajarro, lo que hizo que me incorporara de golpe y maldijera mientras me movía por toda la habitación, oyendo a mi madre a lo lejos aunque todavía tuviera el móvil pegado a mi oreja.

—Mamá, Robert y Marina me dejaron la custodia en su testamento. Yo soy su tutor, y si intentáis impugnarlo, iré con toda mis fuerzas contra vosotros.

Mi hermano y mi cuñada habían perdido la vida seis meses atrás, en un accidente de tráfico. Al principio, los niños fueron a vivir con mis padres, y fue difícil porque no sabían

cómo tratarles. Pero todos nos llevamos una sorpresa, cuando se leyó el testamento. Mi hermano me había nombrado como tutor de los niños. Por un lado, me sentí orgulloso de que mi hermano confiara en mí para tal responsabilidad, pero no pude negar que también estaba muerto de miedo, aunque lo estaba sobrellevando bastante bien, y parecía que los niños, a pesar de haber perdido a sus padres, estaban bien conmigo. Pero mis padres, que nunca me habían aprobado, tal vez por ser jugador de béisbol hasta hacía dos años, o por mi orientación sexual, estaban totalmente en contra de que yo cuidara a los niños. Sabía que jamás habían estado contentos ni orgullosos de mí, aunque de cara a la galería siempre me daban su apoyo, aunque fuera falso como un billete de tres dólares.

—Eric, querido, los niños estarán mejor con nosotros y vamos a hacer lo necesario para que estén en nuestra casa, fuera de tus, de tus... —interrumpió mis pensamientos mi madre.

—Como te he dicho son las diez de la noche, los niños están durmiendo, y mañana hablaré con un abogado. Buenas noches, mamá —me despedí, suspirando y volviendo a la cama.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, el cartero se presentó con una citación del juzgado comunicándome una vista para la custodia de mis sobrinos. Maldije a mis padres porque no entendía cómo iban a hacer pasar por aquello a los niños, porque ya tenían bastante con lo que tenían. Mientras esperaba que llegara la hora de despertarles, pensé en mi mejor opción, y aunque no me gustaba lo que iba a tener que hacer, estaba decidido. Tenía que contratar al mejor abogado, y lo conocía personalmente. Aunque había un pequeño inconveniente, y es que había sido el abogado de mi exesposa en nuestro caso de divorcio, y era un eufemismo que él y yo nos llevábamos bien. Pero por los niños, hice de tripas corazón y fui a verle.

Así que esa misma mañana, después de llevar a Melanie y a Karl al colegio, y dejar a Bobby en una guardería, me vi en la puerta del abogado Conrad Kensington. No tenía cita, así que tuve que esperar un buen rato antes de que su secretaria me dejara pasar. Cuando entré, ni siquiera levantó la vista de los documentos que estaba leyendo.

—En un momento estoy con usted —dijo sin mirar.

—No te preocupes, esperaré —contesté, lo que provocó al oír mi voz, levantara la cabeza.

—Señor Blackwell, ¿qué hace aquí? —preguntó mientras se levantaba con soltura y se colocaba delante de su mesa.

—Quería hablar contigo —le tuteé porque me parecía una tontería hablarle de usted, ya que en el pasado nos habíamos acabado tratando así, con palabras no muy amables por mi parte, aunque él siempre había sido muy formal conmigo.

—Hace mucho tiempo del divorcio, no sé qué tendríamos que hablar —se extrañó.

—No quiero hablar del divorcio. Necesito un abogado.

Me miró todavía más desconcertado, para luego echarse a reír, mientras volvía detrás de su mesa y se sentaba.

—Seguro. Gracias por venir —dijo volviendo también a sus documentos.

—¿Ni siquiera me vas a escuchar? —pregunté con decepción.

—Señor Blackwell, si no recuerdo mal, la última vez que nos vimos, menos bonito, me dijo de todo y luego agregó que esperaba que perdiera todos los casos para así tener buenos momentos pensando en mí.

—Estaba enfadado. Me había costado mucho ganar mi fortuna, para que una caradura se llevara la mitad de eso.

—Tenía derecho, porque las mentiras que usted le dijo durante su matrimonio la habían hecho pedazos —replicó.

—No tenía derecho, y para que quede claro, si le di lo que le di, sin pelear más, fue porque quise, porque estaba harto, y podría haber alegado muchísimas cosas en su contra, pero como soy una buena persona, no lo hice, así que me debería agradecer que ganara el caso —alegué.

—¿Ve? Jamás nos pondremos de acuerdo y mi memoria está llena de todos los insultos que me dijo —expuso el abogado—. Así que por favor, váyase y búsquese a otro.

—Mis padres me han demandado para quitarme la custodia de mis sobrinos —dije bruscamente y con eso conseguí que me mirara fijamente.

—¿Cómo dices? —preguntó mientras se volvía a levantar, y regresaba delante de la mesa y apoyaba su trasero allí.

—Mi hermano y su esposa murieron hace seis meses en un accidente de tráfico, y en el testamento me dejaron la patria potestad a mí.

—Entonces no hay nada que puedan hacer —comentó el abogado.

—Creo que van a utilizar mi orientación sexual para ir en mi contra —le comuniqué.

Sabía que Conrad Kensington era un acérrimo defensor de los derechos LGBTI, por eso conseguí que se convirtiera en mi abogado. Así que nos sentamos y le expliqué todo lo sucedido desde la muerte de mi hermano, no escondiendo nada que pudiera ser significativo para el caso.

Conrad me pidió conocer a los niños para hacerse una idea del hogar donde residían aunque creí que quería saber si de verdad era un buen tutor para ellos, y se me ocurrió invitarle a cenar.

3 de diciembre

Aquella noche estaba nervioso, y pretendía que todo saliera bien con la visita del abogado. Era el mejor y le quería para ganar la custodia de los niños. Mis padres tenían dinero y tenían la posibilidad de contratar a otro abogado que también iría a por todas, así que quería que todo estuviera perfecto y que el letrado viera que mi casa era una opción maravillosa para los niños. Por eso, me entretuve a limpiar, a recoger todo lo que había por medio, y a hacer una cena deliciosa para impresionar. Pero los dos niños mayores, en cuanto volvieron del colegio, empezaron a dejar juguetes por medio, y sus deberes por encima de la mesa.

Justo cuando iba a cambiar los pañales de Bobby, sonó el timbre. Impedí con bastante esfuerzo que alguno de los niños abriera, ya que les encantaba ir a la puerta a recibir invitados, aunque yo se lo tuviera prohibido. Así que con el pequeñajo en mi cadera, abrí la puerta totalmente azorado.

—Hola señor Kensington, pasa, pasa.

—Buenas tardes, señor Blackwell —dijo mientras entraba hacia adentro de la casa, mirando hacia todos los lados mientras atravesaba el pasillo.

—Si me disculpas, voy a cambiar a Bobby. Ahora vengo, estás en tu casa —dije mientras me retiraba hacia la habitación de los niños y lo dejaba en el comedor.

No oí nada mientras cambiaba al niño, así que pensé que eso era una buena señal. Con un suspiro y después de hacer un movimiento de relajación de hombros, llegué hasta donde estaban todos. Me sorprendió que el abogado estuviera en el suelo, estirado bocabajo con su fantástico traje, ayudando a Karl a pintar un cuento.

—Karl, ¿por qué no estás en la mesa? —pregunté con resignación, pero asomando una sonrisa.

—Tío Eric, ¡estamos pintando! —contestó el niño en tono alegre.

—Señor Kensington, no tienes que hacer... —dije mientras sostenía a Bobby con un brazo y con el otro señalaba los cuentos esparcidos por el suelo.

—No me importa, me estoy divirtiendo —dijo el abogado mientras le ofrecía una sonrisa a mi sobrino, que seguía pintando.

Bobby se quedó dormido y lo puse en la hamaca. Melanie también estaba allí haciendo los deberes. Se quedaron así durante un rato, mientras yo me estaba en la cocina, aunque no pude evitar pensar en el abogado.

Estaba finalizando la cena, cuando de pronto sentí una presencia detrás, así que me giré y ahí estaba, Conrad Kensington, con toda su presencia, apoyado en el marco de la puerta de la cocina, con los pies cruzados y no supe distinguir si estaba serio, o bien sonreía.

—Supongo que debe ser agotador, estar con tres niños, pero la verdad es que se ven bastante tranquilos —comentó mientras se acercaba hasta donde yo estaba.

—Eso es porque estás aquí —aclaré—. Normalmente son más revoltosos. Además intuyen que pasa algo. Son muy inteligentes.

—Tu sobrina me preguntó si era tu novio o si era un abogado —me dijo ahora sí con una sonrisa—. ¿Le has dicho lo que pretenden sus abuelos?

—No tengo idea porque diría eso. Desde que están conmigo, no ha habido novios, y lode abogado, tal vez es porque te vio cuando lo de mi divorcio —intenté recordar si había sido así, pero no lo conseguí.

—Así que, ¿no hay novios? —indagó.

—Pues no, no tengo tiempo —negué y paré lo que estaba haciendo para mirarle y contestar—. Bueno y ahora que ya has visto cómo vivimos, ¿vas a seguir con el caso?

—¿Sabes? Cuando entraste en mi despacho y me explicaste esto, pensé que era una treta para poder hacer algo en contra de lo que se había arreglado en tu divorcio. Pero me he sorprendido al ver que es verdad —soltó con una sonrisa.

—No soy mentiroso por naturaleza. Soy bastante transparente —dije enfadado.

—Reconoce que con tu esposa tuviste muchos secretos.

—¿Secretos? Tal vez. ¿Mentiras? Jamás.

—¿No es lo mismo?

—No, no lo es —resolví con rotundidad—. No tenía claro mi orientación sexual. Cuando me casé con ella, la quería, pero nuestra vida...

—Le mentiste y luego quisiste esconder parte de tu patrimonio para que ella no tuviera lo que le pertenecía —me miró de nuevo fijamente enarcando una ceja.

—No le mentí. Ella sabía en lo que se metía —mascullé un poco enfadado—. ¿Sabes que era mi mejor amiga?Ella fue la que mintió, no yo.

—Pero escondiste el patrimonio...

—Escondí parte de lo que había ganado con el sudor de mi frente. Consiguió mucho más de lo que realmente le tocaba—murmuré—. Aunque ya no importa. Lo importante es que hemos logrado rehacer nuestras vidas.

—¿Sigues en contacto con ella?

—No, y eso es lo más triste. Perdí a mi mejor amiga por un matrimonio sin sentido, por una decisión absurda, y nos enredamos en algo que nos hizo infelices a ambos —dije tristemente.

No me di cuenta de que él se había acercado más, y cuando me di la vuelta para mirarle de nuevo, estaba ahí, a centímetros de mi cuerpo. Reaccioné como un adolescente y me puse rojo como un tomate, así que me alejé y fui de nuevo a los fogones.

—Te vas a quedar a cenar, ¿no? —balbuceé sin mirarlo, ya que ni siquiera me acordaba que lo había invitado.

—Claro, ¿pongo la mesa? —contestó sin siquiera dudarlo.

Entonces se movió para que yo le indicara donde buscar los platos y los cubiertos. Para esa noche había realizado un puré de verduras y escalope, una de las comidas preferidas de los niños, así que en cuanto dije que se podían sentar en la mesa, corrieron hasta allí. Tuvimos una cena divertida, mientras que los dos niños mayores le explicaban a Conrad, el curso al que iban, los amigos que tenían, las asignaturas que le gustaban y las que no, yo le daba de comer al pequeño que empezaba a balbucear sus primeras palabras.

—Papá, papá...

Me quedé paralizado. El niño había dicho alguna que otra palabra, pero jamás había dicho eso. Me abrumó como nunca, porque me di cuenta que ese Bobby consideraba que yo era su padre, y que realmente, el suyo jamás iba a estar de nuevo con él. No pude parar las lágrimas que cayeron por mi rostro. Supe que los demás se habían dado cuenta porque se quedaron callados. La tristeza en aquel comedor era penetrable para todos. En

cuanto pude recomponerme un poco, limpié a Bobby y me excusé para ir un momento a mi habitación a tranquilizarme.

Minutos después, oí como se abría la puerta. Pensando que era uno de los niños, me giré, pero me sorprendí al ver a Conrad allí. No dijo nada, solo se acercó a mí y me abrazó. Había necesitado enormemente ese abrazo. Estuvimos un rato de esa manera hasta que me di cuenta de que teníamos que separarnos para volver con los niños.

—Gracias, creo que necesitaba que alguien... que alguien... —farfullé.

—De nada —sonrió y luego me acarició el rostro con una mano, y un segundo más tarde, sus labios se posaban sobre los míos, en un beso suave y casto.

Cuando él se echó para atrás, me volvió a sonreír, y se quedó mirándome a los ojos. Creo que buscaba algo allí porque el tiempo se paralizó, tanto para mí como para él.

—Creo que es hora de que me llames Conrad y de que yo te llame Eric —declaró y salió de la habitación.

Conrad se quedó en casa hasta bastante rato después de que los niños se hubieran acostado. No volvió a preguntar por mi divorcio. Solo preguntó cosas sobre mis padres y luego sobre mi hermano. Respondí a todo lo mejor que pude. Cuando se hizo el silencio, él decidió que tenía que irse, pero cuando su cuerpo estaba casi en la calle, acabó dándome la noticia.

—Ya tienes abogado, pero quiero hacerte saber, que también vas a tener que sufrir mi anhelo por ti.

Y se fue, sin darme tiempo de réplica.

12 de diciembre

Los siguientes días, Conrad se pasaba por casa cada día para repasar todo lo que podían usar en mi contra y todo lo que tenía a mi favor, lo que provocó que él me hiciera un torbellino de preguntas, para así estar preparados de cara la vista.

Tanto Melanie como Karl, al final supieron lo que estaba pasando porque sus abuelos se encargaron de comunicárselo por teléfono. A pesar de su corta edad, querían ayudar, porque habían decidido quedarse conmigo y Melanie preguntó si podía testificar. Conrad le contestó que normalmente los niños rara vez testificaban y lo que se hacía, eran informes psicológicos que se le entregaban al juez, para ayudarle a tomar una decisión. La niña se enfadó porque no entendía a sus abuelos ni tampoco entendía que tuviera que ir a un psicólogo para saber si yo les trataba bien, cuando sus padres me habían dejado la custodia.

Conrad no volvió a pronunciarse en cuanto a su anhelo por mí, y yo pensé que tal vez había sido algo que yo no había entendido. Así que también lo dejé pasar y me metí de lleno en ganarle la custodia a mis padres.

Lo más triste de todo era que se acercaba Navidad y no quería que los niños estuvieran inmersos en medio de una pelea sin sentido.

Cuando faltaban dos semanas para la fecha del juicio, para distraernos un poco, me los llevé a comprar un abeto de Navidad y así poder decorarlo.

Estábamos en la tienda, con Bobby en el cochecito, y Melanie y Karl peleándose entre ellos porque cada uno quería uno diferente. Karl lo quería más bajito pero más ancho, y Melanie lo quería más alto. Estaba intentando calmarlos hasta que escuché una voz detrás de mí.

—Estás desesperado, ¿eh?

Conrad estaba fabuloso, vestido con su abrigo negro y su bufanda de cachemir y con esa sonrisa tan fantástica.

—Un poco, sí —respondí devolviéndole la sonrisa—. Estoy por coger una planta y ya.

Eché la cabeza para atrás y soltó una carcajada profunda y elegante. Me quedé ensimismado mirando su cara, tan preciosa. Él se dio cuenta, porque cuando paró de reírse, me dio una sonrisa arrogante, pero tras un instante, se dirigió a los dos niños.

—Chicos, chicos, ¿no sabéis que la Navidad es época de paz y no de pelearse?

—Pero Karl quiere este —dijo Melanie señalando a un árbol que era más bien pequeño—, y pienso que deberíamos tener aquel, porque es más grande y tío Eric nos dijo que nos compraría muchos adornos.

—Está bien, a ver Karl, ¿te gusta este? —preguntó Conrad agachándose hasta quedar a nivel del niño.

—Sí, porque creo que mamá lo hubiera elegido —susurró Karl, con las lágrimas a punto de salir.

Miré hacia Melanie, y vi que con eso le había llegado al corazón y también estaba a punto de llorar.

—Está bien niños, entonces creo que vamos a hacer lo mejor —decidí que los niños se lo merecían—. Nos llevamos los dos.

Conrad se levantó y volvió hacia donde estaba yo para mirarme fijamente, primero muy serio y luego dándome otra de sus sonrisas.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó casi con sus labios encima de mi boca.

No me salió ninguna palabra y asentí, pero antes de que Conrad se dirigiera a los niños, sentí sus labios sobre los míos, en un beso suave como una pluma, el cual me hizo suspirar como si hubiera sido el mayor beso que había recibido jamás.

Cargamos el árbol más grande en mi coche, ya que era un todoterreno que podía llevarlo, pero el otro lo cargamos en el coche de Conrad, que había aparcado a unos pasos de la tienda. Cuando llegamos a casa, adornamos los dos árboles. El más grande lo pusimos en el comedor, donde había más espacio, y el pequeño, justo a la entrada de la casa. Conrad nos estuvo ayudando a decorarlo y por un día no hablamos del tema de la custodia. También se quedó a cenar y al final de la velada, incluso me acompañó a acostar a los

niños. Cuando ya estuvieron listos y en la cama, bajamos a la sala para tomarnos unacopa.

—Te admiro. —Conrad rompió el silencio—. No muchos se hacen cargo de tres niños.

—Son mis sobrinos, los quiero con toda mi alma —dije sin darle más importancia.

—¿Habías pensado alguna vez en tener hijos?

—Sí, lo había pensado, pero estaba lejos de conseguirlo.

—¿Por qué? Definitivamente eres un buen padre.

—¿La verdad? —me quedé pensativo un momento para poder contestar—. No había encontrado a la persona adecuada. Además, después del fiasco de mi matrimonio, era bastante reacio a rehacer mi vida amorosa. Y nunca pensé en que tendría que pasar por esto.

—¿No has salido con nadie después de divorciarte? —preguntó Conrad de forma inquisitiva.

—Nada serio —respondí recargándome la espalda para atrás en el sofá mientras cerraba los ojos y me dejaba envolver por la buena armonía de ese momento.

Sentí como me estaba observando, así que abrí los ojos y vi que me estaba mirando, tal vez, con ¿orgullo? Le devolví la mirada, y así fue como nuestros rostros se fueron acercando y acercando, hasta que nuestros labios se encontraron y empezaron un baile tranquilo, para después moverlos frenéticamente, hasta acabar con él encima de mí a horcajadas, devorándome la boca, y acariciándome el torso. Nuestras respiraciones se hicieron cada vez más incontrolables y nuestras manos divagaban por nuestros cuerpos. Recobramos la cordura, y él se apartó bruscamente hasta quedar de pie, mientras yo le miraba desde mi posición de sentado.

—Creo que deberíamos hablar —murmuró.

—No me arrepiento de lo que acaba de pasar —dije con convicción.

—Soy tu abogado, y lo que es peor, fui el abogado de tu esposa —comentó paseándose por la sala.

—Exesposa, pero, ¿si estamos juntos, tendrías problemas? —pregunté mientras me levantaba para quedarme junto a él y hacer que parara de pasearse.

—No lo creo —respondió—. Lo de tu divorcio pasó hace tiempo y si me investigaran, y digo si, encontrarían que hice todo lo posible para que tu esposa, bueno, tu ex, consiguiera todo lo que la ley le permitía.

—Entonces no veo el problema —concluí.

—Soy tu abogado —me recordó.

—¿Y? Tú me gustas, yo te gusto, y me gustaría llegar a conocerte mejor —dije poniéndole mi mano en su hombro.

—¿En el sentido bíblico de la palabra? —sonrió mientras sacaba otra vez esa sonrisa arrogante.

Ni siquiera le vi venir cuando me cogió de la mano, y me llevó apresuradamente hacia arriba. Pasó de largo la habitación de los niños, hasta llegar a la mía y cuando entramos cerró la puerta detrás de nosotros. Y entonces procedió a quitarse la ropa, como si estuviera haciendo un striptease, y donde yo no atiné a nada, solo me quedé mirando embobado su precioso cuerpo, mientras se iba quitando las capas de ropa y las iba tirando por el suelo. No tuvo pudor al quedarse completamente desnudo ante mí, para luego acecharme para hacer lo mismo conmigo. Cuando estuvimos así los dos, me abrazó fuertemente, mientras nuestras erecciones luchaban entre sí.

Su cuerpo era fuerte y esculpido, con una capa de fino vello. Me estiró en la cama colocándose encima de mí con cuidado, sin dejar de besarme. Sus manos viajaban por todo mi cuerpo intentando tocar cada centímetro de mí, y me estaba volviendo loco de lujuria. Dejó mi boca para pasar la punta de su lengua por mi garganta y mi nuez, e ir bajando hacia abajo, parando en los pezones, con los que se entretuvo mientras yo permanecía quieto, intentando no llegar al climax sin que me tocara.

—Me estás volviendo loco —murmuré muy bajito.

No contestó, y siguió pasando la lengua por mi pecho hacia abajo. Sentí su mano en mi erección. Gemí desesperadamente cuando seguidamente sentí su boca envolver mi pene, donde empezó lentamente para luego chupar con más entusiasmo.

—Por favor, quiero correrme cuando estés dentro de mí —supliqué, apartándole un poco mientras le agarraba de las manos.

Sonrió y se puso de pie, para ir a buscar sus pantalones y rebuscar en el bolsillo, de donde sacó un preservativo y un paquete de lubricante que llevaba en la cartera. Enarqué una ceja, y me sonrió pero no dijo nada. Se puso el preservativo y se acercó a mí de nuevo para arrastrarme al borde de la cama. Sentí uno de sus dedos introducirse en mí, cuando ni siquiera me había dado cuenta de que había abierto el lubricante. Sus dedos eran gloria en mi culo. Siguió preparándose hasta que empecé a gemir incontrolablemente. Entonces situó su miembro para penetrarme siempre fijándose en mí, mirándome a los ojos. Cuando estaba en pleno apogeo, también tuve que moverme, no podía aguantar más, y agarré mi miembro fuertemente y empecé a moverlo al ritmo de sus embestidas. Tuve que cerrar los ojos cuando el orgasmo llegó a mi cuerpo, donde sacudió mi mundo aunque pude ver cómo él también se corría. Fue hermoso verlo en medio de la pasión. Quedamos exhaustos, sin palabras. Cuando pudimos rebajar nuestra respiración acelerada, él se puso a mi lado, nos tapamos y nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente, me desperté con un impresionante buen humor. La preocupación por la pelea de la custodia con mis padres estaba ahí, pero también crecía en mí un sentimiento que todavía no me atrevía a reconocer.

—Me tengo que levantar. Tengo que ir al juzgado —oí decir a Conrad mientras se acurrucaba más conmigo.

—Ya veo que tienes muchas ganas —ironicé.

—Me gusta estar así contigo —me dijo mientras me daba pequeños besos por detrás del cuello.

—¡Tío Eric, tío Eric! —gritaron desde el pasillo.

—¡Mierda! —se levantó de golpe y empezó a vestirse, mientras yo permanecía en la cama viéndole de manera divertida—. Oye, ¡levanta!

—¿Qué pasa? ¿No quieres que los niños te vean aquí? —pregunté mientras se levantaba de la cama.

—¡No! ¡No quiero que nadie se entere! —vociferó.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —se irritó—. Pueden utilizar esto en tu contra, ¡joder, soy tu abogado!

—Pues por eso, porque eres mi abogado. ¿A quién le importa nuestra vida amorosa? —comenté.

—¿Eso es lo que tenemos? ¿Una relación amorosa? —preguntó dubitativo mientras se acababa de poner los zapatos.

—¿Cómo lo quieres llamar? —me enfadé.

—No lo sé. Ahora mismo no sé cómo definirlo —contestó sin darle importancia—. ¿Sexo, atracción?

—Ya veo —dije mientras también acababa de vestirme—. Ayer no te importaba todo esto y cuando me trajiste hasta la habitación tampoco importaba.

—No puedo pensar en este momento... —dijo confundido—. Voy a salir y a respirar, y a pensar muy bien en lo que acabamos de hacer.

Salimos de la habitación buscando a los niños.

—Os he oído gritar, ¿qué pasa? —dije mientras me dirigía a darle un beso a cada uno—. ¿Bobby no se ha despertado? —pregunté porque vi que el pequeñajo no estaba con los dos mayores.

—Está durmiendo todavía —contestó Melanie—. Grité porque cuando nos levantamos siempre estás en la cocina y hoy no estabas.

—Me quedé dormido.

—¿Conrad ha pasado la noche aquí? —preguntó Karl mientras tanto él como Melanie me miraban con curiosidad.

—Tengo que irme —interrumpió Conrad mientras se dirigía a la puerta.

Le perseguí antes de que saliera.

—¿No te vas a quedar a desayunar? —pregunté porque no se había despedido ni de mí ni de los niños.

—Creo que será mejor que dejemos las cosas así—murmuró—. No entiendo cómo he tenido tan poca cabeza.

—Lo dices porque hasta ahora nos odiábamos, y ahora estamos juntos, ¿no?

En ese momento vi que se habían cambiado las tornas, y ahora era yo el que no quería estar con él, aunque fuera porque me enfureció el que no creyera que podíamos tener una relación.

—No estamos juntos, y Eric, yo jamás te he odiado —se entristeció—, aunque tú sí lo hayas hecho. Todavía vives en el pasado, y no podemos quedarnos allí.

—Me hiciste mucho daño, mucho, más de lo que piensas —mascullé. Más que nada lo dije porque estaba indignado ya que se había acostado conmigo y luego parecía querer borrarlo.

—¿Qué daño te hice? Era el abogado de tu esposa, e hice lo mejor para mi cliente —dijo Conrad.

—Por eso, no te entiendo. Hiciste todo lo que pudiste para destruirme, y ahora que estamos bien, ¿tampoco quieres una relación conmigo? —me enfadé.

—No lo puedo creer —suspiró—. Yo no hice nada para destruirte. Lo hiciste tú solo, ocultando tu sexualidad, casándote con alguien a quien de verdad no querías. Sí, fui el

abogado que hizo que le pagaras más a tu esposa, pero de eso hace más de dos años. La vida continua, y no me parece bien que comencemos algo que pueda dañarte en la custodia de los niños.

—Te vuelvo a repetir que ayer no te importó todo eso.

Me quedé mirándole fijamente, porque en aquel momento solo tenía ganas de gritarle. Él esperaba que yo agregara algo más, pero no pude, así que tras sonreírme de manera triste, se dio la vuelta y se fue. Cuando cerré la puerta, apoyé mi espalda y mi cabeza hacia atrás, esperando que viniera una revelación de lo que podía hacer, pero no vino nada.

—¡Tío Eric! —gritó Karl desde la otra estancia.

Ahí se acabó el tiempo para seguir hablando con él, y decidí que tenía que hacer lo mejor para los niños. Cuando entré en el comedor donde estaban mis sobrinos, escuché sus pequeñas murmuraciones mientras divisaba el gran árbol de Navidad. Ojalá la época me trajera un milagro.

17 de diciembre

Estuve varios días sin saber de Conrad. Ya no se pasaba por casa al final de su jornada y ni siquiera me llamó para decirme cómo iban las cosas con la custodia. Esos días me permitió pensar en que tal vez me había apresurado a definir mi relación con él. El odio que tenía contra él después de lo del divorcio, tal vez no me permitía ver las cosas bien. En mi corazón sabía que yo le gustaba, tal vez incluso sentía algo por mí, y yo segurísimo que sí lo sentía, pero teníamos miedo. Mis padres, la custodia, el divorcio, la Navidad, todo era demasiado.

Para más inri, un lunes se presentaron mis padres en mi casa, sin invitación. En raras ocasiones habían visto a los niños desde que se leyó el testamento. Luego intentaron

convencer a los niños a través del teléfono que fueran a visitarles, pero lo evité, porque sabía que ellos querían influir en los niños confundiendo a los niños en cosas que todavía no podían entender, y no podía dejar que les hicieran daño. Además, así lo había dejado constado mi hermano en su testamento, y tenía intención de cumplir su voluntad, costara lo que costara.

—Lo estamos haciendo por el bien de los niños, ¿qué vida van a tener aquí? —inquirió mi madre.

—Robert dijo que quería que los cuidara yo, y así lo estoy haciendo. Los niños están bien, y eso es lo más importante. Si se quedaran con vosotros, ¿quién los iba a cuidar? —les pregunté a ambos porque sabía que no estarían con ellos la mayoría del tiempo.

—¡Qué pregunta más tonta! —gritó mi madre—. ¿Quién crees que te cuidó a ti y a Robert?

—Nosotros éramos dos, y muy tranquilos. Ahora son tres, y tú ya no tienes la paciencia de antes, y papá tendría que dejar de hacer cosas...

—Tonterías —interrumpió mi padre—. Además, ¿qué vida les vas a dar?

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Mira, no podrás traer hombres aquí, y hacer lo que haces —masculló mi madre.

—¿Perdona? ¿Estás diciendo lo que creo? —ahora sí que estaba enfadado.

—Sabes que nosotros queremos lo mejor para ti, así que podrías tener esa vida libertina que tienes —aseguró mi padre.

—¿Cómo te atreves, como os atrevéis a...? —balbuceé—. Os lo voy a explicar. Soy gay, pero eso no significa que tenga una vida libertina. ¿Sabéis cuántos amantes he tenido en estos dos años, lo sabéis? ¡No! ¡Porque no tenéis idea de la vida de vuestro hijo!

—Sabemos que no es sano, igual que no fue sano jugar a béisbol —dijo mi padre.

—No os tengo que dar más explicaciones. Sois mis padres, pero esto se acaba aquí. A partir de ahora, si queréis algo, llamáis a mi abogado. Quiero que os vayáis de mi casa — no quería que estuvieran allí, con sus lenguas viperinas.

—Tenemos derecho a estar aquí porque mis nietos están aquí —afirmó mi madre.

—¿Cuándo os habíais preocupado antes por los niños? ¿Cuándo, mamá? —pregunté con tristeza—. Robert os llamaba cada semana para llevarlos a vuestra casa pero siempre teníais cosas que hacer. Cuando murió, los niños me dijeron que no os habían visto en meses, ¡meses! ¿Sabéis cuántas veces los veía yo antes? ¡Cada día! Así que no me digáis nada más, y tenéis derecho a ver a los niños, pero no quiero que les contaminéis con esos pensamientos.

—Eres un desagradecido, todo lo que hemos hecho por ti —sollozó mi madre, pero se quedó en un intento.

—¿Qué habéis hecho por mí? ¡Darme de comer y vestirme hasta los dieciocho! ¡Luego tuve que espabilarme!

—Estabas echando a perder tu vida con el béisbol y con otras cosas —aseveró mi padre.

—He ganado mucho dinero con el béisbol, tanto que ahora puedo dedicarme por entero a los niños —les dije ya con cansancio.

—Pero, pero... tu abogado dice que trabajas... —balbuceó mi madre.

—Trabajo en casa —dije y agregué con sarcasmo—, imagínate lo que se preocupan mis padres, que ni siquiera saben a lo que me dedico.

—Porque no nos informas —dijo mi madre.

—Por favor, agradecería que os fuerais y si queréis ver a los niños, nos pondremos de acuerdo a través de nuestros abogados, pero os aviso, no quiero que los niños escuchen nada malo de mí y no vais a influir en ellos de ninguna manera, porque no vacilaré en pedir un alejamiento hasta que esto se solucione —estaba siendo duro pero quería que entendieran el punto.

—¡Habrase visto! ¿Ahora nos amenazas? —gritó mi madre yéndose hacia la puerta y haciéndole señas a mi padre pero antes de salir por la puerta añadió—, esta tarde tendrás noticias de mi abogado.

—No vais a dejar esto hasta después de Navidad, ¿no? —pregunté entristecido.

—¡Qué más da la Navidad! Queremos a nuestros nietos! —rugió mi padre mientras estaban ya caminando por la calzada.

En cuanto se fueron solo pude sentir alivio de pensar que los niños no habían estado presentes en esa discusión, pero me tenía que poner las pilas y llamar a Conrad, aunque no me cogiera el teléfono. Pero para mi sorpresa, sí que atendió la llamada e incluso me pareció que estaba contento de oírme, aunque se preocupó cuando le expliqué la conversación que había tenido con mis padres.

Al día siguiente, después de dejara los niños en el colegio, y regresar a casa, en la puerta me estaba esperando la Sra. Borough, una empleada de servicios sociales asignada al caso de custodia. Venía a hablar conmigo porque se habían presentado quejas sobre mí. La invité a pasar, pero delante de ella hice una llamada a Conrad, ya que no entendía el motivo de su visita y menos cuando los niños no estaban en casa. En cuanto él llegó, ni siquiera me saludó, fue como un toro de miura contra la asistente social, cuestionando el cómo y el porqué estaba allí, sin autorización del juez. Fue implacable con el interrogatorio, lo cual provocó que la asistencia social se alterara bastante.

—Estoy haciendo mi trabajo, señor Kensington, y me parece que su cliente no está teniendo una vida muy ordenada, qué digamos —apuntó la señora Borough.

—¿Cómo dice? —pregunté extrañado y enfadado por el comentario—. Mi vida está completamente en orden. Tengo salud, dinero y un amor tan grande por los niños que dudo que sus servicios sociales pudieran darles.

—Pero, usted, no es su padre, ¿no? —replicó la asistente.

—No, no lo soy, pero soy lo más cercano que tienen y la persona que más les quiere en este momento —le aseguré completamente convencido de lo que estaba diciendo.

—Eso lo tendrá que decidir el juez —dijo la asistenta—. ¿Por qué no se dedica a perseguir a hombres por clubs y dejarse de tonterías?

—¿Cómo dice? —susurré sin creer lo que estaba diciendo.

—Me parece señora Borough que se ha extralimitado. Voy a ir al juez para que la aparten del caso —intervino Conrad agarrándome con una mano cuando vio que me acercaba demasiado a la mujer.

—¿Y qué va a decir? ¿Qué le presioné, qué le dije que su cliente es un, un, un...? —dijo enfadada, mirándome y señalándome.

—No. Le voy a enseñar la grabación de audio que tengo, autorizada por el juzgado —contestó Conrad—. A través de ahí, creo que puedo demostrar que usted es una persona homófoba y que seguramente, conoce a los señores Blackwell, ¿no?

La señora Borough se quedó muda y completamente pálida. Agarró con fuerza su maletín, y enfadada, se marchó de mi casa. Cuando se cerró la puerta, me quedé mirando a Conrad.

—¿Esto va a suceder siempre? ¿Por qué no nos pueden dejar tranquilos? —logré decir en un murmullo.

—Tranquilo. Voy a ponerme en contacto con el juzgado y pedir que desautoricen a esa persona —dijo Conrad, cogiendo mi mano y apretándola.

Me solté porque no podía soportar que me tocara. No después de la discusión que habíamos tenido, de la visita de mis padres y la aparición en escena de los servicios sociales.

—Bien —dije mientras iba a la puerta y abría para que se marchara—. Llámame cuando sepas algo.

Se quedó paralizado, mirándome con sorpresa. Pasó por mi lado, y cuando estaba cerrando la puerta, oí su pequeño susurro.

—Lo siento mucho.

Los días fueron pasando y no tuve más noticias de mis padres ni hubo más visitas inesperadas. Conrad me mandó un mensaje informándome que la señora Borough ya no estaba a cargo de mi caso, y que el juez había mandado hacer un informe a una persona más imparcial, así que no me sorprendí cuando finalmente apareció, esta vez cuando los niños estaban en casa. Era una chica joven, que me hizo preguntas interesantes, otras incómodas y respondí con la mayor sinceridad posible. En un momento, me preguntó por mi orientación sexual, y le conté la verdad, pero no me pude quedar callado.

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Se lo preguntaría a una persona heterosexual? —dije con sarcasmo—. ¿Sabe? Mis padres han pedido la custodia porque creen que ser gay está mal, pues bien, no lo está. Esto es lo que soy. Y me importa una mierda lo que piensen. Nunca nos quisieron, ni a mi hermano, ni a mí. Para ellos solo éramos unos mocosos con pedigrí. Pues tengo noticias para ellos y para todos ustedes, mi hermano y yo nos tuvimos el uno al otro; quiero a esos niños como si fueran míos, y no permitiré que mis padres los críen de la manera que lo hicieron con nosotros, aunque tenga que ir al mismísimo infierno a pedir ayuda.

—No creo que necesites ir al infierno a pedir ayuda —dijo una voz detrás de mí.

—Conrad... —murmuré.

—Me tienes a mí —dijo adentrándose en la sala y acercándose hasta entrelazar sus dedos con los míos mirándome fijamente.

—¿Cómo has entrado? —pregunté mirando hacia nuestras manos.

—Melanie me abrió —dijo sin apartar la vista.

—¡Melanie, ven aquí! —grité soltándome y yendo hacia la otra habitación para poder hablar con la niña.

—Tío Eric, ¿ya se ha ido esa señora? —curioseó la niña mirando para todas partes.

—Todavía está aquí, pero, ¿no te he dicho mil veces que no abrieras la puerta a nadie? —pregunté mientras me agachaba hasta quedar a su altura—. Es peligroso, cariño.

—Pero es tío Conrad —susurró la niña—, y lo vi desde la ventana.

—¿Tío...Con...rad? —balbuceó el susodicho.

—Pues claro, ¿no eres el novio de tío Eric? Pues eres tío Conrad —afirmó la niña moviendo la cabeza de arriba a abajo.

Tanto Conrad como yo nos quedamos completamente callados, sin saber qué decir.

—Tienes razón Melanie, pero creo que tus, ¡ejem!, tíos, tienen que hablar de estas cosas —le informó la joven asistente.

—¿Perdone? —su contestación me quitó la neblina que tenía en la mente.

—Supongo que su relación es nueva, y todavía no saben cómo afrontar la situación, ¿no? —dijo la joven con una sonrisa—. No se preocupen.

Entonces vi que ella ya estaba de pie y se disponía a salir. Cuando tenía la puerta abierta, se giró y me sonrió.

—Me gusta su familia —concluyó y entonces se fue.

Suspiré aliviado y sonreí. Que aquella joven hubiera dicho aquello, me sentó bien y por primera vez desde hacía meses pude respirar un poco mejor.

—¿Crees que hará un informe a mi favor? —cuestioné con alegría mirando a Conrad.

—Creo fervientemente que hará un informe a nuestro favor —dijo Conrad acercándose a mí.

—¿Significa que vamos a quedarnos contigo, tío Eric? —murmuró Melanie que todavía permanecía allí.

—No lo sé cariño, pero creo que le he gustado un poco —comenté mirándole con una sonrisa y luego levanté la cabeza para mirar a Conrad—. ¿Nuestro?

—Siento haber sido un idiota —se disculpó Conrad mientras me volvía a coger de la mano y la otra acariciaba mi mejilla—. Lo siento tanto...

—Ven aquí —le agarré por la cintura y no pude menos que darle un beso.

—¡Karl, Karl, tío Eric y tío Conrad se están besando! —gritó Melanie saliendo de la habitación corriendo para llegar donde estaba su hermano.

—¿Crees que deberíamos ir a buscarlos? —susurró Conrad en mis labios.

—Creo que es una magnífica idea. ¿Te quedas a comer? —dije mientras me soltaba y me dirigía a la cocina.

—Claro. Vamos a dar de comer a esos chiquitines —contestó mientras íbamos detrás de la niña.

24 de diciembre

Llegó el veinticuatro de diciembre, día de Nochebuena, pero también era cuando se celebraba la vista en el juzgado. ¿Cómo era posible que en ese día tan especial un juez hiciera pasar a los niños por estas cosas? Así que por la mañana entré en el juzgado bastante enfadado. Además casi no había visto a Conrad porque a parte de mi caso, tenía varios que quería dejar listos antes de Navidad, y ambos acordamos que para evitar más malentendidos ni más reproches entre nosotros, íbamos a ir a lentamente, aunque ninguno de los dos lo dijo muy convencido. Yo le quería conmigo, en mi casa, con mis niños. Tal vez fuera egoísta, pero me había dado cuenta de que me había enamorado como nunca, a pesar de que años antes le hubiera odiado.

Y allí, estábamos los cinco, en un juzgado de familia, esperando la decisión de alguien que ni siquiera los había visto antes. Mis padres también estaban en la sala. Ni siquiera saludaron a los niños, se limitaron a sentarse en el banco contrario con sus cuerpos bien estirados. Yo tenía a Bobby en mis brazos, dormido. Melanie se aferraba fuertemente a mi mano, y era imposible que Karl estuviera más pegado a mi pierna.

—... señoría, mis clientes representan un ambiente seguro y digno para esos niños —escuchéal abogado de mis padres dando su alegato—. Podrán tener una educación

correcta, basada en unos valores familiares tradicionales. Los señores Blackwell están reconocidos en esta comunidad, participan en muchas obras sociales y garantizan un futuro prometedor para sus nietos. Además no tendrán que soportar las idas y venidas de los hombres que frecuentan al señor Eric Blackwell. Por eso, solicitamos la custodia exclusiva para los señores Blackwell, abuelos de los niños.

—Señor Kensington, oigamos lo que tiene que decir —dijo el juez.

—¿Saben? Pensaba hacer un alegato formal explicando las ventajas que tendrían los niños viviendo con mi cliente, pero creo que voy a ser bastante informal, señoría —dijo Conrad con una sonrisa—. Señores Blackwell, me parece muy bien, que le vayan a dar un futuro prometedor a esos niños, aunque Eric Blackwell también se lo puede dar, y bastante mejor. Fue un jugador de béisbol con mucho éxito y su carrera estuvo en auge durante varios años, lo que provocó que ahora tenga una cuenta bancaria más que respetable, incluso más grande que la suya. Además, tiene su propio negocio que añade más ceros a esa cuenta. Hablan de obras sociales, de la comunidad, pero, en todo ese discurso que ha soltado su abogado, falta algo, y, ¿saben lo que es? Amor. Un amor incondicional, poniendo a los niños por delante de esa comunidad que tanto parece importarles. Señoría, ¿se ha fijado que ni siquiera han saludado a los niños? Ni un simple hola. Hablemos de otra cosa, de los hombres que frecuenta Eric Blackwell, ¿de qué hombres habla? Ahí me he perdido un poco. Eric tiene una relación estable, que espero que dure muchos años, ya que soy yo el afortunado que está con él. La última voluntad de Robert y Marina Blackwell fue redactada en un testamento validado por todas las partes. Pese a quien le pese, hicieron constar al señor Eric Blackwell como tutor de sus hijos en caso de fallecimiento o incapacitación, porque creían que era lo mejor para los niños. Esperemos que esa última voluntad sea respetada por todos. Gracias, señoría.

—La verdad es que no ha sido un alegato muy formal, no —dijo el juez—. Tomaré la decisión durante esta tarde, así que pueden abandonar la sala.

Y así fue como nos despidió, dejándome una incertidumbre en mi pecho. Al salir del juzgado, nos fuimos a casa todos juntos. Al llegar allí, todavía nadie había sido capaz de decir palabra alguna.

—Tío Eric, ¿crees que Papa Noel nos traerá todos los regalos que pedimos? —dijo Karl acercándose al árbol que habíamos puesto en el pasillo.

—Supongo que hará lo posible, cariño —le dije acariciando su cabecita.

—Papa Noel puede traerte cualquier regalo, ¿no? —reiteró Karl con nerviosismo.

—Supongo que lo intenta —contesté sin saber adónde quería ir con esas preguntas.

—Es que le pedí algo, pero como el juez no nos dijo que podíamos quedarnos contigo, no sé si me va a traer lo que quiero... —susurró el niño quebrándose su voz.

—Cariño, ¿me puedes decir qué le pediste? Cuando fuimos al centro comercial y vimos a Papa Noel, me dijiste que era una sorpresa —le dije mirándole con una sonrisa triste porque temía que preguntara por mi hermano y mi cuñada.

—Sé que papá y mamá ya no pueden estar con nosotros, pero tú sí, ¿verdad? —dijo Karl mientras le caían las lágrimas por el rostro.

—Cariño... —le abracé con fuerza.

—Le pedí que fueras nuestro papá —susurró llorando y abrazándose a mí.

De pronto sentí como otros bracitos me abrazaban por la espalda, y supe que era Melanie que también estaba llorando. No pude evitarlo, y también dejé salir mis lágrimas. Cuando me hube calmado un poco, abrí los ojos, y vi a Conrad con Bobby en sus brazos, también con lágrimas. Abrí un poco uno de mis brazos para que se acercara, y lo incluí en nuestro círculo. Permanecimos así, abrazados los cinco, durante un buen rato.

—¿Sabes qué Karl? —dijo Conrad cuando nos separamos—. Creo que todos pedimos ese deseo a Papa Noel.

—¿De verdad? —dijo el niño incrédulo.

—De verdad, cariño —afirmé mirando tanto a Karl como a Melanie.

—Sé que Bobby te ha llamado papá, pero, pero, pero... —balbuceó Melanie.

—¿Qué pasa cariño? —le apreció a continuar.

—¿Podemos llamarte así también? —dijo Melanie agachando la cabeza.

—Claro cariño —mi voz se entrecortó de la emoción—. Sé que no soy vuestro padre de verdad, pero os quiero como si lo fuera, y nunca dejaré que olvidéis ni a vuestro papá verdadero ni a vuestra mamá, pero estaría muy orgulloso si me llamarais así.

—¿Y si los abuelos nos llevan? —dijo muy bajito Karl.

—Todavía podréis llamarme papá, y lucharé, lucharé con todas mis fuerzas para que estéis aquí conmigo —prometí.

Entonces nos abrazamos todos de nuevo, en silencio, solo roto por los pequeños sollozos de los niños.

—Por favor, danos este milagro —oí murmurar a Conrad.

Durante esa tarde, quise entretener a los niños para que no pensarán en algo que podría cambiar sus vidas. Así que los llevé a pasear por la zona donde cantaban villancicos, y hacían conciertos de Navidad. Durante todo nuestro paseo, Conrad y yo mantuvimos nuestras manos entrelazadas. Nos divertimos tanto que cuando llegamos a casa, los niños estaban muy cansados, y les insté a que hicieran la siesta, así estarían despejados para la cena de Nochebuena que sabía que estaría empañada por la tristeza de no tener a mi hermano cerca. Para poder sobrellevarla mejor, Conrad decidió sorprendernos invitando a sus padres. Eso me asustó un poco, y me hizo poner un poco nervioso.

Pero me llevé una sorpresa muy agradable. Eran encantadores, llenos de vitalidad, y con una amabilidad que no me hubiera esperado de alguien con el apellido aristocrático Kensington. Se hicieron querer por los niños y luego me explicaron muchas cosas de la infancia de Conrad. Cantamos villancicos e incluso la madre de Conrad bailó con Melanie mientras él y yo preparábamos la cena.

Cuando llegaron las siete de la tarde, pensaba que ya no sabríamos nada del juzgado, y que la noticia esperaría hasta pasadas las fiestas, pero me equivoqué en cuanto

Conrad recibió un mensaje avisándole que teníamos menos de media hora para asistir a una vista de sentencia, y nos comunicaba que no tenían que acompañarnos los niños, lo cual a Conrad le dio buenas vibraciones.

—Perdonen el retraso y haberles llamado a estas horas, pero quería solucionar este caso antes de esta noche. Llevo treinta años en este juzgado —dijo el juez—, y he visto y he oído de todo. La verdad, es que no me sorprende que los niños sean motivo de peleas entre familias, sobre todo de gente con dinero que no tiene demasiados escrúpulos en querer alterar la vida de los niños porque así lo dicta su comunidad o lo que ellos opinan que son sus valores familiares tradicionales. El señor Robert y Marina Blackwell dejaron su última voluntad en un testamento lícito y verificado por varios expertos. Me parece una aberración tratar de impugnar algo hecho con responsabilidad, respeto y cariño. El señor Eric Blackwell es un ejemplo para esta sociedad. Ha sido un deportista de una calidad excelente, y tenía un brillante porvenir en el béisbol, lástima que tuvo que retirarse cuando se lesionó. Y luego, supo invertir el dinero ganado, y no lo ha despilfarrado. La verdad es que me he quedado impresionado con su cuenta bancaria, no lo hubiera pensado. ¿Y por qué? Pues simplemente porque nos dejamos convencer por los diarios y otros medios de comunicación que todos los deportistas malgastan su vida, y no es así. Claro que tuvo problemas en su matrimonio, pero hoy y día, ¿quién no? Además, su vida no está llena de novios, tal como se ha comentado en esta sala. Su vida ha sido y es intachable. He leído el informe de varias personas, entre ellas la de un detective privado, la de dos asistentas sociales, por cierto, una de ellas me ha decepcionado; y cómo no, he leído artículos deportivos y no tan deportivos. Sé que el señor Kensington y él se odiaban, y ahora parece que se aman. Cómo puede cambiar una vida, ¿verdad? Señores Blackwell, lo único que ustedes me han demostrado es que tienen dinero y que quieren hacerles ojitos a la sociedad. No han demostrado que amen a esos niños, ni siquiera han podido demostrar que sienten amor por alguien. Espero que algún día recapaciten y sepan apreciar lo que dejaron perder. Señor Eric Blackwell —reanudó el juez mirándome—, puede estar orgulloso de lo que está haciendo por esos niños. Lo tendrá difícil, por ser tres niños, por tener a sus padres en contra, por su homosexualidad, pero yo le insto a que

jamás se deje vencer, y sea como es, porque es único. Por tanto, le concedo la custodia exclusiva de los niños Melanie, Karl y Robert Blackwell.

—Pero, pero... le gustan los hombres y es un deportista —protestó mi madre.

—Señora Blackwell, ser deportista no es ningún delito, y en su día su hijo demostró que era uno de los mejores. Con respecto a que les guste los hombres, tendrá que aceptarle como es, sea de la orientación sexual que sea, y no me gusta la gente homofóbica en mi sala, así que sugiero que se vaya a casa, y piense en todo lo que ha perdido por dejarse llevar a través de creencias que no llevan a ninguna parte —aseveró el juez—. Caso cerrado.

Dándole con la maza, el juez se levantó y salió de la sala sin mirar atrás. Me quedé petrificado, casi sin darme cuenta de lo que acababa de pasar.

—¡Eric, Eric, tenemos a los niños! —gritó Conrad sin poder aguantar más y me abrazó fuertemente.

Mientras Conrad me sostenía, miré por encima de su hombro, y vi a mis padres observarnos, así que me solté y fui hasta ellos.

—Estarás contento, ¿no? —dijo mi padre—. Echarás a perder a esos niños y te arrepentirás de tenerles.

—Estás muy equivocado papá —le dije con tristeza.

—No, no lo estoy —prosiguió mi padre—. ¿Qué vida les vas a dar? ¿Una llena de perdición?

—Una llena de alegría y amor, cosa que hubiera querido Robert, aunque a vosotros no os haya importado —les dije con más tristeza todavía, pero era Navidad y quería arreglar las cosas un poco—. Ojalá recapacitarais.

—¿Qué tenemos que recapacitar? ¿Que un maricón críe a nuestros nietos? —dijo enfadada mi madre.

—No... —murmuré—. Que vuestro hijo, el único que os queda, criará a los hijos de su hermano como si fueran suyos, y que tiene una pareja que también cuidará de ellos.

—Nos vamos y no creas que has ganado porque vamos a seguir luchando —dijo mi padre.

—Se van a retirar de una vez, y si siquiera respiran para donde está Eric o sus nietos, se la verán conmigo —intervino Conrad.

—¿Y qué va a hacer usted? ¿No es otro maricón? —insultó mi padre.

—Soy Conrad Kensington, amo con toda mi alma a su hijo y a sus nietos. Espero pasar toda mi vida junto a ellos. Soy abogado de familia, graduado cum laude en derecho, con doce años de experiencia en mi profesión. Sé que soy gay desde que tengo uso de razón. Mis padres me adoran, me aceptan y creen que soy lo mejor del mundo. Me considero buena persona, pero cuando dañan a alguien que amo, soy capaz de ir hasta el mismísimo infierno para defenderle y eso es lo que voy a hacer con su hijo. ¿Cómo se sentiría su hermosa comunidad si explicara lo que ha hecho? ¿O si hablara de sus negocios, no tan limpios como pretende? —expuso Conrad con contundencia.

—No sabe lo que está diciendo. Roger tiene unos negocios impecables —aseguró mi madre.

—Señor Blackwell, tal vez debería explicarle algunas cosas a su esposa —dijo Conrad con tranquilidad.

Vi a mi padre ponerse pálido, y sin decir nada más, cogió a mi madre por el codo y se la llevó a rastras de la sala del juzgado.

—¿Mi padre tiene negocios turbios? —pregunté en voz baja a Conrad.

—No son tan limpios como cree todo el mundo, pero eso lo guardaremos por si acaso, ¿de acuerdo? No quiero empañar la felicidad que tenemos —comentó Conrad con una sonrisa.

—¿Sabes? Tenía la esperanza de que mis padres entrarían en razón, pero la verdad es que como ya te he dicho en otras ocasiones, tuvieron hijos de cara a la sociedad, pero

nunca nos quisieron como se deberían querer a los niños —alegué con tristeza—. Prométeme que si alguna vez me comporto así, de una manera estúpida, me lo dirás y me ayudarás.

—No creo que jamás te comportes como ellos. Están llenos de odio, y de falsas creencias —dijo Conrad, ahora ya llevándome hacia fuera—. Vámonos a casa, que tenemos tres niños que nos esperan.

Al salir, aunque hacía frío, yo sentía calor en mi interior. Era fantástico sentirse así de bien, aunque fuera un poco agridulce a causa de mis padres, pero ahora me correspondía criar a esos niños, y llenarlos de esperanza y alegría. Y en ese momento me di cuenta de lo que había dicho Conrad dentro de la sala. Me giré y le vi mirando hacia el cielo.

—Así que, ¿me amas, no?

—¿Lo he dicho en un momento muy inoportuno? —bajó la vista para contestar y sonreírme.

—El decir te amo siempre es oportuno —contesté y me acerqué a sus labios para besarle tiernamente y cuando me aparté, pensé que era un buen momento para agregar —, yo también te amo.

Aunque ya fuera bastante tarde, los niños nos esperaban con impaciencia. Cuando les dijimos que se quedaban conmigo definitivamente, saltaron de alegría. Karl llegó hasta a mí tirando de mi pantalón.

—Papá, sí que existe —dijo el niño entre lágrimas y sonrisas.

—¿Quién existe? —pregunté extrañado al no saber a qué se refería.

—Papa Noel, ahora sé que existe —susurró el niño, ahora abrazado a mi pierna.

No pude menos que cogerle en brazos y abrazarle con fuerza, mientras también añadía a Melanie dentro del abrazo. Por encima pude divisar a los padres de Conrad con Bobby que nos miraban con una gran sonrisa y a Conrad detrás de mí con una mano en mi espalda dándome apoyo.

Me sentí tan bien en ese momento, que supe que tenía que salir un momento para dejar salir los sollozos que amenazaban mi garganta. Así que me escabullí del abrazo con delicadeza, y me dirigí a los dos niños para decirles que ayudaran a recoger los juguetes porque era hora de cenar, y salí corriendo de la estancia. Oí pasos detrás de mí, sabiendo que Conrad me estaba siguiendo. Me refugié en mi habitación y cuando él también estuvo dentro, cerró la puerta y me abrazó por detrás. Entonces dejé ir todo lo que llevaba dentro.

Ver a mis sobrinos tan felices fue superior a mis fuerzas, y la sorpresa evidente de Karl porque volvía a creer en Papa Noel acompañado de que me dijera papá, me superó.

Conrad estuvo conmigo abrazado mientras me desahogaba y el gran llanto se fue convirtiendo en ínfimo. Luego se puso delante de mí y me sonrió. Me acarició el rostro y me besó dulcemente. Cuando se retiró, sus ojos brillaban tanto como los míos.

—Y pensar que te odiaba con todas mis fuerzas —le dije dándole una sonrisa.

—Soy un abogado así de bueno —chuleó.

—Has conseguido a mis niños. Ahora te estaré agradecido de por vida —afirmé con otra sonrisa.

—No quiero que me des las gracias, quiero que me quieras.

—No tienes porqué dudar de eso. Te quiero.

—¿Crees que podría vivir aquí? —preguntó con dudas en sus palabras.

—¿Quieres mudarte ya? ¿Y eso de ir lentamente?

—No quiero perder más tiempo. Sé que no llevamos mucho juntos, y que no empezamos con buen pie, pero creo que podemos saltarnos algunos pasos ¿no?

—¿No crees que es un poco precipitado? ¿Qué pasa si nos empezamos a recriminar nuestro pasado? —dudé porque era un paso muy importante en nuestra relación.

—Tú me quieres, yo te quiero, y creo que somos lo suficientemente inteligentes para saber que a lo mejor alguna vez me echarás en cara lo de tu divorcio, y que yo te

contestaré mal, pero creo que podremos superarlo, ¿qué piensas? —comentó con otra sonrisa—. Además, creo que si te cuento un secreto, te voy a tener en el bote.

—Me encanta descubrir secretos —me reí.

—Sé lo del fideicomiso de los niños y de tu casa en las islas Caimán —dijo con resolución.

—¿Cómo puedes saber eso? ¿Cómo lo averiguaste? —me extrañé porque nadie sabía sobre eso, ni siquiera el abogado que contraté para que llevara mi divorcio.

—Cuando viniste a mi despacho a pedirme que fuera tu abogado, es porque pensaste que era el mejor, ¿no? —se echó a reír.

—Si lo sabías, ¿por qué no lo utilizaste?

—Porque el dinero de ese fideicomiso lo pusiste a nombre de Melanie y Karl cuando nacieron, así que intuí que era para ellos y no quería quitarles el dinero, y lo de la casa en las islas, te la compraste con tu primera firma millonaria de jugador de béisbol, así que, no sé... fue algo sentimental, ¿no? —explicó.

—Conrad, si se enterara mi exmujer de esto, explotaría el mundo—y entonces me puse a pensar—. ¿Qué pasaría si se enterara el Colegio de Abogados o alguien, o...?

Me callé cuando él me interrumpió para besarme con desesperación. Fue un beso cautivador que me dejó sin aliento.

—No se enterarán jamás, porque, tú no se lo vas a decir, ¿no?

Y antes de que pudiera replicar, me volvió a comer la boca. Le devolví el beso mientras le agarraba el culo con mis manos y lo acercaba más a mí. En seguida estuvimos excitados, pero alguien tenía que ser sensato.

—Tus padres están abajo con los niños. Deberíamos ir, cenar, y después cuando todo el mundo esté acostado, podremos estar solos —susurré contra su boca mientras aprovechaba para morderle suavemente el labio inferior.

—Bien, y luego cuando todos estén durmiendo, bajaremos a poner los regalos para mañana, pero tú y yo esta noche... —me miró con pasión mientras hablaba—. Esta noche habrá una explosión.

Me separé de él antes de que pudiera llegar a mi boca de nuevo, y me giré riéndome. Salí de la habitación y fui donde estaban los niños.

Por fin, pudimos cenar aliviados y de manera tranquila. Era tarde, muy tarde, pero estábamos tan colmados de tanta felicidad que no me importaba, quería que esa noche no acabara, pero sabía que el día siguiente era Navidad, y que los niños querían sus regalos. Así, que tras cantar varios villancicos, mientras Bobby ya estaba dormido en mis brazos, porque me negaba a soltarlo, los niños fueron cansándose hasta que vi varios bostezos, y a pesar de que tampoco querían acabar la noche, les insté para que fueran a dormir, diciéndoles que tal vez Papa Noel volvería a pasar por casa. Tras darme otro abrazo grandioso los dos, y también abrazar a Conrad, subieron a su habitación. Deposité a Bobby en la cuna, y me acerqué a la cama de Karl. Me volvió a abrazar y nos deseó buenas noches tanto a Conrad como a mí, que también había subido conmigo. Después nos dirigimos a la habitación de Melanie, que estaba apoyada en su espalda en la cabecera de la cama, esperándonos.

—Estoy tan contenta, tío Eric —dijo con una enorme sonrisa—. Bueno, papá...

—Melanie, está bien si quieres llamarme tío Eric —y añadí—, aunque papá también me gusta. Como tú quieras, cariño.

—Quiero llamarte papá —decidió con resolución—, y si no le importa a Conrad, por ahora le llamaré tío Conrad, pero tal vez cuando os caséis le pueda llamar papi, ¿no?

Sonreí de oreja a oreja, y me giré para ver la cara de Conrad, que en ese mismo momento estaba llena de estupefacción, pero también de alegría. Se acercó hasta quedar de rodillas encima de la cama de Melanie y le acarició el rostro.

—Estoy muy contento Melanie —dijo mientras la abrazaba fuertemente.

—Buenas noches papá y buenas noches, tío Conrad —susurró Melanie mientras nos retirábamos.

Volvimos al comedor sin decir nada, ya que los padres de Conrad nos esperaban allí, pero vimos que ya tenían los abrigos puestos a punto de marcharse.

—¿No queréis quedaros? —pregunté—. Tengo una habitación de invitados.

—Preferimos irnos y dejaros solos —dijo la madre de Conrad con una sonrisa—. Vais a pasar juntos vuestra primera Navidad y no queremos estorbar.

—Mamá, es imposible que estorbéis —aseguró Conrad.

—Quedaros y mañana podéis abrir los regalos con los niños —intenté convencerles.

—Estamos decididos a irnos. El año que viene tal vez os cojamos la palabra —dijo el padre de Conrad con una sonrisa—. Además creo que es hora que estéis a solas para celebrar los acontecimientos de hoy.

Me puse rojo como una remolacha porque la sonrisa pícaro que me lanzó el padre de Conrad fue bastante revelador de lo que pensaba de la celebración entre su hijo y yo. No quise añadir nada más, y los acompañamos hasta la puerta. Conrad y sus padres se abrazaron deseándose una feliz navidad, y entonces, fue una sorpresa cuando también me abrazaron a mí, los dos a la vez. Y escuché en mi oído.

—Os deseo lo mejor. Vamos a ser una familia fantástica —susurró la madre de Conrad.

No pude evitar volver a llorar. Conrad, sin darse cuenta de mi arrebatado lagrimal, me pasó el brazo por los hombros, mientras mirábamos como sus padres se iban. Cuando cerramos la puerta, suspiré antes de girarme para mirar a Conrad fijamente. No hubo palabras entre nosotros. Conrad se dirigió habitación por habitación para comprobar que todo estuviera bien cerrado, mientras yo permanecía allí, en el pasillo, esperándole. Cuando hubo terminado, me cogió de la mano, y me llevó hasta nuestra habitación donde empezó a despojarme de la ropa. En un instante, estuvimos desnudos los dos, enfrente

uno del otro. Y entonces me devoró los labios. Adentró su lengua dentro de mi boca, donde pude comprobar el sabor a licor que nos habíamos tomado después de la cena. Sus manos vacilaban por mis costados, con suaves movimientos, que me hacían gemir pesadamente. Me estiró en la cama y se colocó encima de mí, mientras me cogía de los brazos y los ponía encima de mi cabeza.

—Mantenlos ahí —susurró.

Sus besos fueron bajando a través de mi cuello, luego en mi clavícula mientras sentía que paraba a darme pequeños chupetones por mi cuerpo. Fue bajando hacia abajo mientras con una mano me acariciaba el torso. Entonces se paró en uno de mis pezones para pasar primero la punta de su lengua y cuando estuvo suficientemente mojado, empezó a succionar ávidamente. Bajé mis brazos para acariciarle la cabeza, ya que tenía que tocarle, pero levantó su vista para mirarme con cara de pocos amigos, así que volví a dejar mis brazos donde estaban. Me encontraba vulnerable pero a la vez estaba sintiendo un placer inmenso bajo sus manos. Luego, dedicó todo su empeño a hacer lo mismo con el otro pezón, mientras su mano bajaba por mi vientre hasta llegar a mi polla, que estaba más dura que una piedra. La envolvió en su mano, y con un movimiento lento, empezó a masturbarme mientras que su pulgar acariciaba mi glande.

—Conrad, por favor...

Entonces subió para arriba, para volverme a besar, mientras su mano seguía en mi miembro perpetuando el mismo movimiento.

—Déjame tocarte —supliqué.

—No —se negó—. Esto es todo para ti.

Se incorporó para alcanzar la mesita de noche, y coger el lubricante y los preservativos que estaban allí. Los miró y se quedó todo pensativo.

—¿Podemos hacerlo a pelo? —preguntó.

—Creo que cuando nos dijimos te amo el uno al otro, suprimimos los condones —acerté a decir.

Tiró los preservativos al suelo, y abrió el lubricante para llenarse los dedos mientras me miraba fijamente. Entonces sentí sus dedos buscar mi agujero. Se adentraron en mí con facilidad, preparándome para poder sentir su pene dentro de mí. Cuando mis gemidos se volvieron más intensos, me penetró lentamente, siempre mirándome a los ojos, dejándome ver cuánto me quería.

—Déjame mover los brazos, quiero abrazarte —le pedí.

—Sí, quiero sentir tus brazos en mi espalda —respondió.

Le estreché con mis brazos, mientras también levantaba mis piernas para envolverlas alrededor de su espalda ayudándole a moverse, y penetrándome más profundo. Sus embestidas, que habían empezado a un ritmo lento, empezaron a ser más rápidas y más descontroladas, llegando a punto, que empujó salvajemente dentro de mí. Pude contemplar su rostro mientras intentaba controlar su orgasmo, para darme un placer de fuego. Y entonces mi clímax llegó como un huracán que arrasó media ciudad. Sentí como él se quedaba quieto un momento y al cabo de un momento, dio un fuerte empujón mientras se quedaba rígido llegando a su punto culminante. Cuando acabamos, él se retiró de mí, pero se quedó encima, mirándome con ternura.

—Nunca pensé que me podría enamorar de esta manera —me dijo mientras me daba una sonrisa.

—Ni yo tampoco, y mucho menos de ti —le respondí mientras le acariciaba el rostro y él se giraba un poco para apoyarse en la palma de mi mano.

—Te quiero con toda mi alma —declaró.

—Y yo, cariño —respondí mientras él se acostaba a mi lado.

Casi no recuerdo nada más de esa noche. Solo como él me tapaba con las sábanas y se colocaba en cucharita detrás de mí. Y así, el sueño nos venció.

Navidad, quince años después

—¿Habrías pensado hace tantos años que estaríamos así? —preguntó Conrad mientras acababa de recoger los platos de la comida de Navidad.

—Jamás. Imagínate, yo enamorado hasta las trancas de un abogado creído y arrogante —contesté riéndome.

—Eso es porque era el mejor —dijo Conrad con una gran sonrisa.

—Lo eras, y lo eres —dije mientras me ponía detrás de él y le abrazaba por la espalda.

—Tenemos una gran vida, ¿verdad? —declaré mientras le besaba por la nuca.

—Sí. A veces ha sido difícil, pero lo hemos conseguido. Mira todo lo que tenemos —se giró para cogerme de la cintura—. Unos hijos que no pueden ser mejores, que son buenas personas y buenos estudiantes.

—¿Y qué me dices de tus padres? —contesté con una sonrisa—. Son unos abuelos magníficos.

—Lástima que tus padres no superaron su odio —dijo Conrad dándome una sonrisa triste.

—Sí, murieron sin querer acercarse ni a mí ni a sus nietos. Creo que fueron infelices y eso me afligió en su momento, pero creo que lo que tenemos ha superado esa tristeza, ¿verdad?

—Verdad. Nos queremos mucho —aseguró Conrad.

—¿Qué te ha parecido el novio de Melanie? —tanteé porque sabía que no estaba a gusto con el que nuestra niña ya fuera una mujer hecha y derecha.

Conrad se encogió de hombros y miró hacia abajo, mientras yo le apretaba más contra mí.

—Oye... sabes que es ley de vida —susurré.

—Ya lo sé, pero es que es nuestra niña —masculló un poco enfadado, un poco triste.

—Pues ya verás cuando nos diga que se casa —murmuré aunque sabía que no le iba a sentar bien y así fue cuando vi que giraba un poco la cabeza para enviarme una mirada de incredulidad, así que no pude más que reírme.

—Ríete, ríete, pero yo sé que a ti te molesta como a mí, incluso puede que más —dijo mientras intentaba soltarse de mí.

Le agarré de la camisa, y le hice volver hacia donde estaba, y nos quedamos en un medio abrazo, mirándonos.

—Creo que será mejor que hablemos de Karl o de Bobby, porque ellos no te preocupan tanto. No te enfades, pero eres un poco machista —le dije con una sonrisa.

—¿Machista, machista? —se enfadó aunque también podía ver una sonrisa—. No soy machista, porque tampoco me gusta mucho que a Bobby le estén rondando.

—¿Bobby tiene novio? —curioseé porque no sabía nada de que saliera con nadie.

—Creo que no son novios. Más bien es un amigo con derecho a roce —murmuró.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —pregunté un poco enfadado.

—Porque él tampoco me lo ha dicho a mí —me explicó—. El otro día lo vi con el hijo de mi nuevo socio.

—Cómo corre el tiempo... —dije con añoranza—. Melanie con novio, Karl en el extranjero haciendo el erasmus de medicina, y Bobby empezando a salir con chicos.

—Sí —afirmó Conrad mientras me abrazaba finalmente—. Tenemos una familia magnífica, ¿verdad?

Me aparté para mirarle a la cara. Divisé como el tiempo había pasado, como su rostro era más maduro, con más arrugas por las risas evidentes en el tiempo.

—Feliz Navidad, amor —dije acercándome para besarle suavemente en los labios.

Enarcó una ceja, cuando una sonrisa asomó de sus labios. Me cogió de una mano, y me llevó hacia arriba, a la que era nuestra habitación durante quince años. Me abrazó de nuevo, y entonces fue cuando me respondió.

—Feliz Navidad, cariño.

FIN



SOBRE MI

Empecé a leer poesía y novelas desde muy pequeña, y más adelante nació mi pasión por la escritura. A medida que fui creciendo, fui descubriendo diferentes géneros y ya en mi treintena descubrí la *homoerótica*, en la cual me he perdido completamente escribiendo.

Licenciada en Administración y Dirección de Empresas, combino mi trabajo en una empresa industrial con la lectura y escritura.

He publicado varias novelas: *Solo quiero ser tuyo*, *Perdido en espíritu* *Círculo*, que se pueden adquirir a través de todos los portales *Amazon*.

He participado en varias antologías, acompañada por algunos/as autores/as de una calidad humana y en escritura extraordinarias: *Antología Navidad 2015*, *Antología Navidad 2017*, y *Antología Eros 2018*.

Para saber algo más sobre mí, podéis acceder a través de los siguientes enlaces:

[Web: https://novelemirosesantiago.wixsite.com/emirosesantiago](https://novelemirosesantiago.wixsite.com/emirosesantiago)

[Blog: http://emirosesantiago.blogspot.com.es/](http://emirosesantiago.blogspot.com.es/)

Y también pasar por mis diferentes redes sociales: *Twitter*, *Facebook*, *Wattpad* o *Goodreads*.



¿Año Nuevo Contigo?
...Mejor una Vida



Eréndida Alfaro

¿AÑO NUEVO CONTIGO?... MEJOR UNA VIDA



Ricardo Velez, sentado en una helada banca de un hermoso parque cubierto de nieve, sopló entre sus manos para sentir un poco de calor y asegurarse de que sus dedos no habían muerto por el frío. Y, entre el visible vaho que dejó su boca, apareció la figura de un chico castaño claro, casi rubio, caminando lento hasta él.

—Lo recordaste —preguntó el hombre azabache que casi temblaba debajo de esa lámpara que no daba nada del calor que prometía con su amarillenta luz.

—Mi abuela lo hizo por mí —dijo de manera burlona el chico castaño.

—¿Cómo está ella? —preguntó Ricardo poniéndose en pie para recibir a ese que adoraba ver llegar.

—Loca —respondió George sin inmutarse, deteniéndose mientras miraba embelesado a ese que le miraba sonriente.

Era cierto, su abuela estaba loca y todo el mundo lo sabía y, también, todo el mundo la amaba.

—Entonces igual, ¿no? —preguntó Ricardo sonriendo aún.

Se sentía tan feliz que no podía dejar de sonreír, aunque George comenzaba a creer que la expresión en el rostro del otro era porque el frío le había congelado la cara.

—No tanto —dijo el cuestionado simulando un par de saltos en su sitio—, fueron diez años.

—Diez años es mucho tiempo —señaló Ricardo y George asintió concordando.

—¿Cómo lo recordaste tú? —preguntó el castaño sin poder apartar la vista de su acompañante.

—Tu abuela —soltó el azabache provocando que una sincera carcajada abandonara el tiritante ser del otro.

George sacó las manos de su abrigo para frotarlas una contra la otra después de soplar su cálido aliento entre ellas, y cubrió con sus manos las mejillas del que le había estado esperando por muchos minutos. O al menos eso sugería su enrojecido rostro.

»Es increíble que ella recuerde más que nosotros —suspiró Ricardo permitiendo que el calor del cuerpo del otro chico le llegara hasta el alma.

—Yo no lo olvidé —aseguró George sonriendo—. Recuerdo cada palabra en esa carta. Por eso vine, a recuperarla —dijo levantando una ceja mientras una mueca, que bien podía ser una sonrisa de burla, se dibujaba en su helado rostro.

—¿Cómo están todos? —preguntó Ricardo tomando las manos del chico y acariciándolas por el dorso.

—Ebrios —informó George mientras apartaba las manos del otro y devolvía las propias a las bolsas de su abrigo, accediendo al temblor que el frío provocaba en su cuerpo—. Es noche vieja, ¿de qué otra forma podrían estar?

—Claro que sí —concordó sonriente Ricardo mientras ponía su saco por los hombros al chico que no paraba de tiritar.

—Debimos enterrar la caja en la chimenea —reclamó George, que siempre había sido demasiado sensible al frío. Ricardo sonrió.

—No aguantas nada —se quejó el otro encaminándose a su automóvil a unos pasos de donde ambos estaban.

—Si vienes en coche, ¿por qué no me esperaste adentro? —cuestionó George siguiendo al otro hasta el coche que Ricardo abrió por la cajuela.

—Tenía miedo de que no me vieras y te fueras —respondió el azabache buscando algo dentro de la cajuela—. Además, no fue tanto lo que esperé, siempre fuiste puntual.

—Asumiste que vendría —musitó el castaño viendo como el otro sacaba una pala del compartimento trasero del coche.

—No —dijo Ricardo—, solo confiaba ciegamente en que lo harías.

George sonrió y Ricardo hizo lo mismo.

»Diez años no es tan poco tiempo, y tu memoria no es la mejor —señaló burlón el azabache comenzando a andar hasta donde antes estuviera sentado, llevando consigo a uno que se movía demasiado poco para sus ansias.

George entrecerró los ojos mirando con hostigamiento al que le agraviaba. Ricardo soltó una sonora carcajada y, después de temblar de nuevo, George volvió a sonreír. El frío también le estaba congelando la felicidad en la cara.

Él sabía bien que Ricardo jamás osaría insultarle, y también sabía que su memoria fallaba muy a menudo. Aunque la promesa de este encuentro no era algo que olvidaría, era demasiado importante.

»¿Recuerdas el árbol? —preguntó Ricardo inspeccionando el piso detrás de la banca en que minutos atrás hubiese estado sentado.

—Es el de detrás de la lámpara —informó el castaño acercándose—. . . ., creo.

La última palabra de George terminó atrayendo la atención de uno que le miró contrariado.

—¿Crees? —preguntó Ricardo confundido.

—Diez años no es tan poco tiempo, y mi memoria no es la mejor —repitió el castaño logrando una carcajada del que parecía demasiado feliz.

»¿La pala es exclusiva para esta ocasión o siempre la cargas en la cajuela? —preguntó George viendo como el otro comenzaba a apalear la nieve intentando dar con la tierra,

—Es de cajón —respondió el otro con seriedad, escuchando la risilla burlona de uno que bailoteaba en pequeños movimientos cerca de él—. Uno nunca sabe cuándo necesitará enterrar un cuerpo —soltó riendo con el que reía ahora más fuerte.

—¿No puedes hacerlo más rápido? —preguntó George sin intención de molestar, pero deseoso de volver pronto a un sitio menos despejado y frío.

Sin embargo, a Ricardo esas palabras se le antojaban más queja que pregunta.

—¿Quieres intentar? —preguntó el azabache ofreciéndole la pala al otro, mientras le miraba con un poco de disgusto.

George infló los cachetes y, llevando la vista al cielo, aún con las manos en las bolsas, negó con la cabeza. Ricardo volvió a apalear tras sonreír y el castaño se dedicó a observar la nieve que comenzaba a caer.

Mientras el hombre a su lado intentaba sacar algo de la tierra, él desenterró un montón de cosas de su memoria.

Una sonrisa traviesa le atravesó el rostro mientras una lágrima escurridiza se escapaba de sus ojos. No podía creer que hubieran pasado diez años y ellos estuvieran de nuevo, bajo este árbol, juntos en noche vieja.

—¡Aquí está! —exclamó Ricardo feliz, girando a ver a uno que con sus heladas manos quitaba las lágrimas de su rostro.

George le dio la cara al hombre levantando ambas cejas y estirando los labios, luego inspiró realmente profundo arrepintiéndose al sentir como el helado aire le congelaba los pulmones.

—Vamos a abrirla —pidió George para el que le miraba con curiosidad por la reacción antes mostrada.

Pero, a pesar de haber podido leer la pregunta en el rostro de su acompañante, George no dijo nada. Él solo tomó la pequeña caja y la llevó hasta la banca donde esperó a que Ricardo le acompañara.

»¿Por qué viniste? —preguntó George con una sonrisa lacónica y apagada.

Ricardo no apartó la mirada de la caja que recuperó de las manos del chico en cuanto estuvieron ambos sentados, por lo que no notó la melancolía de ese chico. Él sonreía entusiasta mientras escudriñaba lo que tenía entre las manos.

—Vine a recuperar algo importante —respondió el cuestionado y gritó entusiasta al abrir la caja.

George sonrió ante el grito del otro, le hacía feliz ver a Ricardo feliz.

—Una cápsula del tiempo —dijo el castaño un poco más animado—. ¿Cómo se nos ocurrió? —preguntó divertido aceptando el sobre que Ricardo le daba.

—No fue a nosotros, fue tu abuela —recordó Ricardo mirando el sobre en su manoque, con la hermosa caligrafía del castaño, ponía su nombre.

—Amo a mi abuela —soltó el castaño tras reír fuerte.

—La amo también —dijo Ricardo que asintió.

Diez años atrás, cuando ambos eran unos críos idiotas que creían estar enamorados, que aseguraban su amor era para siempre y planeaban fugarse porque sus familias no les permitían estar juntos, fue la abuela de George quien les dio una solución; una que no les gustaba mucho, en realidad, pero ahora sabían fue lo mejor.

—Hubiese sido difícil —musitó George con la mirada fija aún en el sobre que, con unos garabatos, aparentemente decía su nombre.

Ricardo le miró con ternura. Ciertamente hubiese sido difícil, ellos eran un par de adolescentes, sin nociones de la vida, sin absolutamente nada más que lo que sus padres les daban, y eso lo perderían al escapar de casa.

—Fue lo mejor —aseguró Ricardo poniendo su mano fría sobre las heladas y temblorosas manos de su amado.

George dejó escapar sus lágrimas y, sin atreverse a levantar la mirada, asintió.

Y es que era complicado aceptarlo del todo, después de todo, en diez años muchas cosas pudieron haber cambiado.

»Estamos aquí pasando frío, ya abre el sobre —pidió Ricardo.

—Tampoco has abierto el mío —reclamó el otro percatándose de que el sobre que contenía la carta que él escribió también estaba cerrado aún.

—No lo abriré hasta que leas mi carta —advirtió Ricardo.

El castaño suspiró con pesadez, pero no alegó. Abrió el sobre y se encontró con una hoja en blanco envolviendo un pequeño paquetillo. Volvió la mirada al que sonreía, no sabía si de frío o burla, pero él no estaba para bromas.

Diez años había imaginado tantas cosas hermosas que el otro hubiera podido escribir, y ahora solo tenía una hoja en blanco, una envoltura de chocolate y la idiota sonrisa del que le miraba.

—¿Qué es esto? —preguntó George dándole una última oportunidad.

Ricardo le quitó el sobre y la hoja de la mano, dejando tan solo el paquete de chocolate.

—Para saberlo tendrás que verlo —dijo el azabache.

George quería matarlo, en serio quería hacer eso, pero no terminaría noche vieja con la sangre del que tanto había amado en las manos.

Dudoso, y casi molesto, abrió el paquete para encontrar un simple aro de plata.

Sus ojos se humedecieron y sus labios comenzaron a temblar, pero ahora no era el frío lo que los hacía tiritar. No dijo nada, no pudo, un nudito en su garganta le atragantó.

»Vendí mi bicicleta, mi nintendo y usé todos mis ahorros, ni así me alcanzó para uno de oro con diamantito y todo —informó el que se arrodillaba con una enorme sonrisa frente a él—, pero no tenía más tiempo.

—Me gusta de plata —aseguró Georgesin poder evitar llorar— me gusta mucho de plata.

Ricardo tomó el anillo con una mano y, con la otra mano, tomó la mano izquierda de su amado.

—Georgi, cariño, ¿quieres pasar un año nuevo conmigo? —preguntó el azabache con una rodilla encajada en la fría nieve.

El mencionado debió tragarse los nervios, el nudito de su garganta y todas sus lágrimas para poder hablar. Después de aclarar la garganta, y de fijar la seriedad a su rostro, al fin respondió.

—No —dijo.

«¿No? ¿Acaso escuchó bien? ¿George dijo no?»

Ricardo no tenía idea de qué pensar, y la confusión no le daba para preguntar algo.

Viendo como la confusión mataba a ese que él aún quería y que querría para siempre, repitió su respuesta.

»No quiero pasar un año nuevo contigo —dijo el castaño y el ceño de Ricardo se frunció— ... Quiero pasar una vida nueva contigo. No quiero treientos sesenta y cinco días contigo, quiero el resto de mis días a tu lado —aclaró antes de que el otro perdiera la cordura y volviera a tomar la pala.

Ricardo sonrió pleno, lleno de felicidad, extasiado de alegría; y deslizó por el dedo anular del chico que amaba ese aro de plata que había comprado con mucha ilusión años atrás.

—Creí que serías gordo —argumentó el azabache al darse cuenta de que había comprado una talla demasiado grande, provocando que el que lloraba quedito terminara por sonreír.

—Abre mi carta —pidió George y eso hizo Ricardo.

El azabache rompió el sobre, desdobló el perfecto tríptico y se encontró en letras grandes una sola frase. La leyó, sonrió y, abrazando al que algún día sería su esposo, dijo las palabras que él le dedicó en esa carta que había ansiado leer durante tanto tiempo.

—Por siempre y para siempre —dijo Ricardo sonriente.

El abrazo que les envolvía se deshizo un poco y, mientras sus alientos se mezclaban por la cercanía de sus rostros —que de a poco aumentaba—, sus labios chocaron en un casto y delicado beso que les recordó una unión sellada una década atrás.

Tomados de la mano, luego de guardar la pala en el auto de Ricardo, ambos chicos comenzaron a caminar para dejar el parque atrás.

Por alguna razón sentían que el frío se había disipado. Aunque no era así, todo era porque sus corazones ardían tan intensamente que no sentían que sus dedos entrelazados iban a resquebrajarse en cualquier momento.

Ricardo seguía con esa hermosa sonrisa que George adoraba. Y George no podía evitar que sus labios se estiraran cada que lo veía. Lo amaba, lo había hecho siempre, desde diez años atrás. O puede que desde mucho antes.

»Desearía estar así para siempre —soltó Ricardo y George sonrió.

Él pensaba lo mismo, aunque no lo diría tan abiertamente.

—A mí, caminar en la nieve fría por siempre, no me hace mucha ilusión —dijo el castaño buscando obtener una de esas caretas infantiles que tanto adoraba, y obteniendo lo que quería.

Ricardo le miró con cansancio y el otro sonrió. Tal vez era porque estaba muy feliz, o quizá era por el frío, pero quitar la sonrisa de su cara no era algo que pudiera hacer.

—Te amo, Georgi—dijo Ricardo deteniéndose, sonriendo y sonrojando al mencionado.

—También te amo —dijo el otro abrazándose al cuerpo de ese que en serio amaba.

George se aferró a Ricardo. Necesitaba tenerlo cerca, necesitaba recuperar el tiempo perdido, necesitaba que ese hombre que adoraba jamás olvidara que era de él.

Ricardo le abrazó y, después de casi medio minuto, volvió a tomar la mano de su acompañante para dirigirlo hasta algún sitio que les cobijara mientras recuperaban ese tiempo que sentían perdido.

—Debimos irnos en coche hasta el pueblo vecino —rezongó George entrando a esa habitación de hotel que el otro había pagado—, fue vergonzoso que nos atendiera la vecina.

—El pueblo vecino está a tres horas de aquí —recordó Ricardo deshaciéndose de su abrigo y el de George—, no creí ser capaz de soportar tanto tiempo y no quería que nuestra primera vez fuera en el coche a un lado de la carretera.

—Tan ansioso —se burló George abrazándose a la cintura de su amado, que le abrazaba también y lo arrastraba consigo hasta la cama.

—He esperado por esto demasiado... Lo he imaginado tantas veces que en serio me moría de ganas. No puedo soportar un minuto más lejos de ti, de tu calor... Te amo de verdad, George; por eso necesito que seas mío cuanto antes.

—He sido tuyo desde hace tanto, mi corazón se fue contigo cuando te fuiste del pueblo.

—Lo sé. Estaba seguro de ello, de que tu corazón era mío, pero no era suficiente. Cada que pensé en ti me faltabas más, fue realmente duro, ¿sabes?

—Lo sé —aseguró George—. Lo sé porque conmigo ha sido igual. Te he deseado demasiado.

Mientras susurraban tan dulces palabras, un sinfín de lágrimas de emoción y alivio respaldaban sus sentimientos, y las manos de cada uno se aseguraban de que el otro frente a ellos no era un sueño esta vez.

Ricardo se sentó en la cama, sin dejar ir al chico que se quedó de pie frente a él.

—Te amo —soltó el azabache recargando su frente al abdomen, ahora desnudo, de George—, te amo en serio demasiado —aseguró alzando el rostro para ver a uno que sonreía enternecido y, tras sonreír también, comenzó a lamer y besar el pecho de uno que le sostenía por la cabeza.

»¿Tienes miedo? —preguntó Ricardo al sentir que sus manos intentando desabrochar el pantalón del otro eran detenidas por George.

—No —jadeó George— , pero mentiría si digo que no estoy nervioso, y avergonzado.

—Oh, vamos —gruñó el azabache logrando que el otro le soltara y, logrando también, que el pantalón del otro no fuera un obstáculo para tomar el miembro de su amado— , nos tocamos muchas veces antes.

—Sí —concedió el castaño conteniendo un gemido provocado por las manos del otro acariciándole con dulzura— , eso fue hace diez años.

—Prácticamente ayer —soltó Ricardo jalando al chico nervioso para que cayera en la cama, y se acomodó sobre él para deshacerse también de su ropa— , recordémoslo.

La dulzura desapareció de la sonrisa del azabache, y la lujuria le prendió los ojos al ver como George respiraba con dificultad.

Ricardo, acercando su pelvis a la entrepierna del chico sobre la cama, acercó su rostro al otro para besarlo. Entonces, aprovechando la sorpresa y confusión del otro, tomó ambos miembros con sus manos para comenzar a estimularlos al mismo tiempo.

—Ri... Ricky —murmuró placentemente George cuando el otro le dejó de besar.

El mencionado no dijo nada, arqueando la espalda pegó su frente al hombro del que debajo de él gemía quedito.

Ricardo sonrió sintiendo como esos sonidos tan conocidos y tan extrañados le recorrían la piel y le encendían más.

»No... no, así no —pedía entre gemidos el castaño— , si tocas ahí yo no voy...

Un quejido delicioso no le permitió terminar su frase, había terminado solo y, entre lágrimas inevitables, miró a uno que arrodillado entre sus piernas parecía deleitarse con la vista.

—Que sensible —señaló Ricardo sonriendo mientras su pulgar acariciaba el labio inferior de uno que no podía dejar de jadear—. ¿Quieres que lo haga con la boca? —preguntó recordando cómo, años atrás, el castaño había confesado que le gustaría que el otro le hiciera un oral.

—No —respondió George estirando las manos para que el otro se dejara abrazar—, quiero tus labios en mis labios, al menos por hoy.

Ricardo sonrió y, besando a su amado como pedía, acarició el abdomen de su amado para tener algo que le ayudara a lubricar un lugar en que tantas veces soñó con entrar.

Un dedo abriéndose paso en el trasero del George hizo que el chico castaño se quejara. La sensación era incómoda, aunque no era del todo dolorosa.

Ricardo ignoró esa queja, estaba bien hacerlo sufrir un poco cuando le haría ahogarse en placer luego para compensar.

Cuando sintió que el semen del otro fue insuficiente, negándose a dejar esa cama para ir hasta el abrigo donde estaba el lubricante, se masturbó con rapidez y eyaculó en la entrada del que, expectante y ansioso, le miraba.

—Vas a estar bien —prometió el azabache luego de encajar dos dedos en el trasero del otro y sentir como se tensaba.

George se mordió los labios, pretendiendo enfocarse en la mano que le acariciaba el frente y no la que le profanaba por detrás. Las sensaciones incómodas de pronto no se sentían tan mal, y esa sensación de ardor de al inicio se convirtió en una de calor de pronto.

»Oh, demonios —dijo Ricardo impaciente, dejando la cama y andando hasta el sofá donde había tirado su abrigo—. Lo lamento, pero mi paciencia se terminó —informó derramando el líquido de esa botella sobre su miembro erecto.

—Ri... ouhg —gimió George sintiendo su trasero partirse en dos por la intromisión de algo grueso en sí.

—Genial —gruñó Ricardo—, demasiado perfecto.

El azabache estaba al borde de las lágrimas, sintiendo como el chico debajo de él se esforzaba en respirar.

»Te amo —dijo una vez más Ricardo, besando la frente, mejillas, labios y cuello de su amado, dándole tiempo para que se relajara un poco y le permitiera a su cuerpo acostumbrarse al intruso.

—Ahora, por favor —pidió George con la mirada húmeda por las lágrimas.

—No quiero lastimarte —informó el otro acariciando ese rostro que adoraba.

—Está bien —aseguró el castaño—, si eres tú no me importa terminar hecho añicos. Muévete ahora, por favor. Haz de mí un desastre, rómpeme, deshazme... soy tuyo, está bien, está bien si eres tú.

—Si eres mío —habló Ricardo comenzando a moverse con suavidad—, no te romperé, te haré delirar de placer.

George se concentró en los labios de ese que le besaba, pero se distrajo cuando las grandes manos de ese que amaba le comenzaron a acariciar los costados, la cadera y piernas.

Una sensación cálida, demasiado cálida e incómoda se dispersó desde su ano hasta todo su cuerpo, los sonidos vergonzosos fueron remplazados por el propio latir de su corazón retumbando en sus oídos, y esa extraña y escalofriante sensación cada que el pene de Ricardo rozaba un punto específico le nublaron la razón.

No estaba seguro de que fuera placer lo que sentía, pero la incomodidad, la vergüenza y ese ligero ardor se sentían, en definitiva, bien.

Con los ojos cerrados, escuchando de pronto los gruñidos de otro y sus propios gemidos, buscó atrapar entre sus brazos al que le estaba amando con el cuerpo al fin.

Le sintió estallar dentro de sí, y su agotado cuerpo recibió encantado sobre él el peso del otro.

»Te limpiaré —dijo la gruesa voz del que le había hecho suyo entregándose a él—, por eso no te duermas.

George lo intentó, pero no logró abrir los ojos. Estaba exhausto, le dolía el abdomen por los bruscos movimientos de ese que había prometido no destrozarlo, la tensión en sus hombros había sido mucha, pero de pronto había desaparecido dejándole tan cansado que no lograría moverse aún si lo intentaba.

Pero no lo intentaría, estaba cobijado por quien siempre quiso ser abrazado. Solo se dejaría llevar por la deliciosa nada que le estaba llamando, seguro de que a partir de ese momento todo sería solo felicidad.



—¿A qué hora despertaste? —preguntó Ricardo, aún medio dormido, al chico que le miraba sonriente.

—Recién —respondió George acariciando el cabello y rostro del que amaba mucho más que antes.

—¿Qué hora es? —cuestionó el azabache jalando a su amado hasta pegarlo a su cuerpo.

—Cuarto para las nueve —señaló el castaño y Ricardo gruñó tallando su cara en el hombro del que abrazaba con fuerza.

—Es temprano —indicó Ricardo

Lo era. Después de la noche que habían pasado, estar despierto antes de las nueve era casi inaceptable.

»Vamos a dormir —pidió el azabache acomodando sobre ellos la cobija.

George, acomodándose un poco mejor entre esos brazos que amaba, accedió.

Y así, Ricardo y George comenzaron el día uno de toda una vida juntos.

— *FM* —



Datos Del Autor

Eréndida Alfaro, mujer, 28 años, escritora de romance y drama que raya en la tragedia, amante de la música clásica y las buenas letras. No creo en el amor pero amo el romance. Publico en wattpad, litnet, sweek y, de pronto, en facebook. Dueña de un blog medio olvidado que casi nadie lee pero en que caigo siempre que me quiero desahogar.

REDES SOCIALES:

Facebook: <https://www.facebook.com/MaryEreescribe/>

Twitter: https://twitter.com/Mary_Ere

Wattpad: https://www.wattpad.com/user/Mary_Ere

Litnet: <https://litnet.com/es/maryere-u667179>

Sweek: <https://sweek.com/es/profile/87568/74088>

Blogger: <http://maryereescribe.blogspot.com/>

Wordpress: <https://maryereescribe.wordpress.com/>

Leon Küdell



El Mejor Regalo

El Mejor Regalo



El alba abrazó el torso de Adal despertándolo de forma abrupta, lleno de un deseo agonizante, sin dimensionar la soledad que lo acompañaba desde hacía dos amaneceres. El candor inocente del día se presentó como tantos otros cuando ambos yacían juntos en aquella cama, una que los envolvió como un capullo tan íntimos y entregados. Ese lecho protector que los escondió como aguardó de aquellas miradas delatoras y enjuiciadoras pertinentes que se encargaban de hacerles ver su defecto. Adal abrió con lentitud los ojos aún adheridos a la capa de lágrimas condensadas de la noche anterior. Su mente todavía distorsionada gracias al licor ingerido, no le dio aviso a lo que tendría que enfrentar. Agarró firme las sábanas apretándolas con dureza. Entreabrió sus labios, secos y marchitos, posando su lengua para acariciarlos, pero como un vendaval que no da previa advertencia el sollozo subió explotando en un grito colmado de dolor.

Se enroscó rozando el lado frío de su catre, pasando su mano desde el centro hasta la almohada, la cual cogió y apretó con fuerza, oliéndola, acariciándola y besándola como si esta fuera a ser arrancada. Musitó el nombre de Taiyō con sumo cuidado, no quería que la dulzura de su entonación se escapara como sí su amado lo había hecho.

«¿Cómo osaste en dejarme en estas fechas?», murmuró.

Observó el techo con detención, comenzando a contar los rayos del sol que se asomaban con precaución, como si aquellos fueran partícipes de la agonía del joven y quisiera

acompañarlo. Volvió a cerrar los ojos con desidia, tratando de imaginar a su amante llamándolo para que se incorporara a la ducha matutina como siempre solía hacerlo. Era la invitación más dulce que el despertar le brindaba, no sin antes oteándolo mientras este se despojaba de sus ropas e incitándole a que se uniera.

Adal no desistió ante los encantos del amor que las tierras del sol naciente le habían bendecido. El cuerpo fibroso de Taiyō lo recibió bajo la lluvia artificial que, a pesar de eso, asemejó el paraíso para los amantes. Sus manos se perdieron entre caricias y besos cómplices desatando la desesperación que todo enamorado bajo las llamas se sentía inducido.

Las horas pasaron y el crepúsculo se disfrazó con el manto de la noche; esa poderosa compañera de exigentes placeres, y la luna fantasiosa bañándose en lujuria en una poesía propia de quienes se aman. Una melosa estocada más el sigilo de caderas armoniosas, desencadenaron el más delicioso néctar del orgasmo, el cual los empapó para nunca soltarlos. Este les causó el más puro letargo para luego ser abrazados en un deleitoso como imprevisible sueño. Remembranzas, esas que por un minuto era la visión más tangible como perfecta para Adal, quien se retorció entre gritos ahogados y golpes en sus muslos. Reclamaba una y otra vez el nombre de su pareja sin retorno, sin vuelta.

De un momento a otro, el calor que lo rodeaba lo desamparó para devolverle a la realidad que el muchacho todavía no sopesaba y menos enfrentaba. Una fuerte ráfaga de viento y gotas difusas chocaron en su ventanal haciendo que este se abriera de par en par. Eclético, sin rapidez ni emoción se levantó y la cerró para luego apoyarse sobre esta. Giró el cerrojo, siendo su mano la que diera la vuelta en revés para volver a abrirla. El viento le azotó la cara haciéndolo tambalear. Eran treinta y cinco pisos que lo separaban de la acera. Apretó los ojos, soltó el pestillo y se inclinó entreabriendo el izquierdo, logrando ver a los transeúntes pasearse como hormigas en fila desapareciendo entre pasadizos y calles inconexas. Solo necesitaba un leve impulso para volar y convertirse en ese ángel que tanto Taiyō le hacía sentir. Le llamaba su salvador alado al palpar el cobijo y protección que su

novio le ofrecía. Al momento de echar rienda suelta a esa ansia impetuosa que se había apoderado de él, sonaría el móvil despertándolo de todo trance. Pegó un chillido como si el alma le hubiera vuelto al cuerpo. Cogió el auricular nervioso.

—¿Diga? —contestó atolondrado.

—Ya es hora. —Una voz quebradiza le habló—. La misa está por empezar.

Adal soltó el teléfono y observó hacia la silla que tenía enfrente. En esta, había un traje oscuro y un paño de seda rojo. Se acercó con cautela, tomando la tela con delicadeza para olerla y apretarla entre sus dedos. Soltó una leve exhalación, casi entregándose a los designios del Creador, el cual le había arrancado sin mayor objeción al amor de su vida. No supo cuánto tardó en el proceso. Todo era inercia y todo era la nada. Pues la ausencia jamás sería colmada. Salió con parsimonia del departamento, ese que hacía tan solo unas semanas habían adquirido. Era hora de despedir lo que nunca había sido suyo. Los restos de Taiyō ya eran un adorno que el cielo contaría, sin siquiera imaginar lo que este mismo había decretado en vida.

Un año más tarde

Adal pasó lánguido su dedo sobre el frío ventanal. Pequeñas gotas de la lluvia de la noche anterior habían quedado impregnadas sobre este. Hizo un pequeño dibujo gracias a la condensación de estas. El nombre de Taiyō aparecía en él, prolijo, grabando su nombre como cuando lo acariciaba sin reservas. El joven había permanecido gran parte del año

encerrado, laburando desde aquel departamento que con tanto esfuerzo y dedicación había conseguido junto a su futuro esposo, sin saber que la muerte lo visitaría en fechas tan especiales como lo era la Navidad. Y no, no la odiaba, menos cuando Taiyō cumplía años en esa misma data, menos cuando el amor de su vida adoraba a temprana víspera adornar en primera instancia su propio apartamento, y hasta hacerlo con los de sus familiares y amistades. Tampoco estos recuerdos significaban que él quisiera repetirlos. Llamadas incesantes de sus padres, amigos y hasta ex futuros suegros le recordaban que debía seguir, que debía conmemorar esta Navidad en nombre de Taiyō.

Pero no, por más existiera el aliciente y la supuesta conformidad ante la partida de su gran amor, lograría que lo sacaran de su trance. Cada día era uno más, uno que no tenía consistencia y carecía de toda importancia. Era vivir el día, reír de vez en cuando y evitar amargarse más de lo que ya estaba. Lágrimas no le quedaban, y hasta se preguntaba si la figura de Taiyō había sido real.

El clima había sido durante todo ese tiempo inestable. A veces soñaba celebrarlo en una estación blanca y arropado junto a él. Alguna vez habían sido planes inconclusos, promesas borradas en el tiempo. Uno que concluyó de la manera más trágica.

Quedaba tan solo dos semanas para la víspera de Noche Buena, y un par de invitaciones sin responder. Había pensado en decorar el árbol navideño comprado por Taiyō, ese que había quedado abierto y aún en su caja, ese que no había querido sacar, pues todavía permanecían las huellas de él gracias a la barra derretida de chocolate que le había traído consigo. Sacó fuerzas y se animó a armarlo. Lo que ambos habían olvidado era el haber comprado los ornamentos para embellecerlo. Se alistó luego de beber su matutina taza de café, y emprendió salida hacia alguna casa comercial. Pasó sus manos sobre sus rizos castaños y ajustó su chaqueta sin que esta le apretara demasiado.

El verano estaba por comenzar, aunque los días de aún primavera estaban algo frescos, siendo que durante su transcurso el sol empezaría a abrazar como una túnica los primeros días de diciembre. Adal sintió la brisa fresca de aquel lunes, y divisó a los transeúntes ya con bolsos y apresurados por la ocasión. Remembró las salidas y los besos robados con

Taiyō, lo que le hizo detener en un momento, y querer devolverse y encerrarse en su pequeña cueva como le solía llamar su hermana.

Exhaló profundo y siguió en su andar, sin antes pasar al parque que estaba enfrente de su edificio. Le relajaba y alegraba ver la felicidad de aquellos infantes, ya que le recordaba a su propia infancia disfrutando con sus amiguitos luego de la escuela. También pensó que alguna vez Taiyō había hecho lo mismo, intentando imaginarlo por unos instantes. Se espabiló y volvió a la escena que tenía frente a sus ojos.

Un par de niños con gorros vistosos y juguetes se lanzaban en el resbalín, como otros chillaban extasiados dentro de una malla que asemejaba estar en una selva. Algunos padres conversaban entre ellos, otros permanecían con la mirada fija en sus retoños, pero deparó en una de las niñas que se había enredado en una de las aberturas de la malla, imposibilitándole que pudiera estamoverse. Sin que la pequeña se diera cuenta una parte de la red que estaba descosida, y al intentar zafarse, se le fue medio cuerpo abajo, lo cual en cualquier momento esta caería al suelo a una distancia considerable. Adal corrió casi por inercia logrando sujetar alachiquilla, haciendo que esta gritara a todo pulmón ¡Papi!

—¡Tranquila, ya te tengo! —Adal sujetó con firmeza a la niñita quien chillaba por su padre.

Adal trató de tranquilizarla, sin embargo, esta aleteaba, desesperada. De pronto, un hombre maduro de cabello corto, lacio y rojo corrió hacia ella, con la mirada fija en él.

—¡Suelta a mi hija!

La chiquita estiró los brazos, algo más relajada al ver a su padre. El tipo le apartó a la niña de forma abrupta. Adal retrocedió, asustado, tratando de articular palabra.

—Yo... Lo lamento —dijo en un tono tembloroso—. Solo intentaba...

—¿¡Qué intentabas?! ¡¿Llevarte a mi hija?!

El joven abrió los ojos asombrado. Adal sufría de ataques de ansiedad cuando se veía en situaciones límites. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y su mentón comenzó a tiritar.

—¡Noooo! ¡Por favor, no es lo que usted piensa!

De un momento a otro, cuando el pelirrojo soltó a su hija para que esta pudiera estar más cómoda, esta interrumpió a ambos adultos.

—¡Papi! —La pequeña jaló con su manita la de su padre—. No, papito, el señor me salvó.

Su padre miró a la niña con extrañeza para luego dirigir esta misma hacia la del muchacho, que aún no soltaba palabra alguna.

—No entiendo, Karen... —Su padre, algo más sosegado respondió.

Adal al ver el rostro apaciguado del padre de la chiquilla, recogió fuerzas y se atrevió a hablar.

—Bueno, yo pasaba por aquí, y me fijé que su hija estaba a punto de caer de la malla, entonces...

—¡Sí! Mi piernita se atoró. —Karen se soltó de la mano de su padre, y le indicó su pequeña extremidad.

—De veras lo siento. —El rojizo extendió su mano, algo azorado. Mi nombre es Darío Martínez—. Comprenderá que en estos tiempos...

Adal con más soltura le sostuvo la mano y asintió.

—No se preocupe, yo lo entiendo. Soy Adal García. —Adal, de pronto le sonrió a la muchachita—. ¿Estás bien?

—¡Sí, señor!

—Solo Adal, me alegro saberlo —contestó relajado—. Bien, los dejo, y te cuidas, ¿eh?

El joven se despidió y prosiguió en su andar, siendo Darío quien lo detuviera.

—¡Espera! —Gritó levantando su mano.

Adal retrocedió dudoso, acercándose al sujeto.

—Lamento haber sido tan hostil —respiró algo cohibido—, pero, me gustaría invitarte una taza de café como agradecimiento.

El muchacho lo observó sorprendido.

—No es necesario... —Sonrió, pasándose la mano por la nuca, nervioso.

La chiquilla, que había seguido a su padre también intervino ante la invitación.

—¡Sí! A mí me gusta el chocolate. Anda, ¿vienes con nosotros?

Adal viendo el pedido de ambos, y, sobre todo el de la niña, no pudo negarse.

—Bien... —Miró su reloj—. La verdad es que no tengo nada muy importante que hacer, así que será un gusto.

Karen chilló de alegría, y su padre de alguna manera intentó hacer lo mismo, pero con más recato.

—Genial, en la cafetería de enfrente hacen unos capuchinos espectaculares.

Sin saber, Darío indicaría el salón preferido de Adal, uno en el cual había conocido a su gran amor. No había entrado desde que Taiyō había fallecido. Un poco, y a regañadientes aceptó, haciendo tripas corazón, no obstante, no se negaría.

Karen cogió la mano de su padre como también la de Adal, lo que este admirado se la entregó.

Llegaron al lugar que atestaba de público, mas para su suerte, al final del lugar había un par de mesas disponibles, siendo Darío quien les sugiriera la que estaba justo en el ventanal. Adal comenzó a sudar, pues en esa misma mesa Taiyō se le había declarado hacía cinco años atrás.

¿Coincidencia? ¿Un maldito juego del destino para partirle nuevamente el corazón?

Karen corrió hacia la mesa y se apoderó de la silla que estaba en medio, llamándolos a que la acompañaran. Ambos se sentaron junto a la pequeña sin decir palabra alguna.

En el momento en que Darío pediría los capuchinos y un chocolate caliente más unas medialunas para todos, Adal comenzó a observar al hombre. No aparentaba más de cuarenta años. Fornido, alto y de un cabello rojizo que destacaba aún más su piel lechosa. Karen había heredado lo mismo que él. Poseía una sonrisa preciosa, además de unos

bellos ojos de color pardo. Sin duda, Darío era un hombre hermoso, pero su educación, galantería eran más que atractivos.

Adal permaneció callado, no sabía qué argumentar. Karen cantaba una canción navideña, mientras jugaba con el servicio a la espera del pedido, entretanto su padre la observaba para luego dar paso a él mismo.

—Y, ¿qué haces, Adal García?

Adal, inquieto dio vuelta una copa que contenía agua, pasando a llevar la mano de Karen.

—¡Lo siento!, ¡qué bobo soy! —Comenzó a limpiar con torpeza, interin Karen se reía de buena gana.

—Tranquilo, es solo agua —respondió Darío—. ¿Entonces?

Adal, con más calma agachó la cabeza, intentando sostener la charla.

—Soy publicista, y bueno, trabajo desde mi casa —replicó acomodando su cabello—. ¿Y tú?

—Soy profesor de educación física —mencionó con una sonrisa—. Hoy ya salimos de vacaciones, ¿verdad, cielo?

Karen asintió feliz.

Adal comprendió su profesión, pues Darío al sacarse la chaqueta, pudo notar sus bíceps que sobresalían de su camisa que perfectamente amoldaban su cuerpo como torso. Se sintió mal en observar al hombre con gusto. No lo había hecho desde hacía mucho tiempo.

La camarera apareció de repente, y Adal lo agradeció. No podía sacar la vista de encima del rostro de Darío.

—Aquí tienen, caballeros y *damita*.

—Muchísimas gracias —Correspondió Darío, acomodando la chocolatada a Karen, como colocándole sobre sus piernitas una servilleta.

—Karen suele dar vuelta las cosas, ¿verdad? —expresó chistoso.

—Ya no, papi, estoy más grande —alegó seria—. Estaré de cumpleaños, Adal. ¡En Nochebuena!

—¿Es en serio? —Inquirió sobresaltado—. Yo también cumplo años en esa fecha.

Karen abrazó a Adal con ternura, logrando que el muchacho lo hiciera de la misma forma, sin darse cuenta de que una lágrima caería sobre su mejilla.

—¿Estás bien, Adal? —consultó Darío, preocupado.

—Sí, perfectamente bien —suspiró—, es solo que estas fechas me ponen algo dramático.

—Te entiendo, nos ocurre lo mismo...

—Mi mami murió cuando yo era más pequeña, y también en estas vísperas —agregó—. Pero está en el cielo, y ella me cuida, porque es un ángel.

Adal no supo qué decir. Él había perdido el amor de su vida, sin embargo, ella a su madre.

—De veras lo lamento, Darío. Debe ser muy duro para ustedes.

—Lo es, sobre todo para mi hija. —Darío pasó su mano sobre la cabecita también rojiza de Karen—. Éramos buenos amigos, pero una larga enfermedad se la llevó. Ya descansa.

—¿Tienes novia o novio, Adal? —preguntó con soltura la chiquilla.

Adal quedó con medio capuchino a beber, sin saber que decir.

—¿Qué hablamos de preguntar cosas personales? —interrogó.

—Tú hiciste lo mismo, papi —objetó la niña, dándole una gran mordida a su pastel.

Ambos hombres rieron, mirándose.

—Tuve un novio, Karen... —aludió cabizbajo—. Él también está en el cielo.

—No estés triste, Adal. —Pasó su manita sobre su mejilla.

—Gracias, Karen...

—¿Fue hace mucho? —Inquirió el pelirrojo.

—Hace un año, justo en estas fechas —Se lamentó—, nos íbamos a casar...

—Dios... cuánto lo lamento... —Darío bajo su mirada—. ¿Puedo preguntar qué ocurrió?

—Un accidente de auto...

De pronto, la mesa quedó en un absoluto silencio. Comprendiendo ambas partes que era mejor dejar el tema de lado. Pronto sería Navidad, y había que seguir avanzando, más cuando la pequeña Karen tomaba el tema con mucha más soltura que los propios adultos.

Bebieron sus capuchinos y chocolatada, como disfrutaron de las medialunas y recuerdos de niñez. Se les pasó la mañana entera entre aquellas remembranzas.

—Gracias por el capuchino, Darío y Karen —dijo Adal—. Pero debo marcharme.

—¡No te vayas! —Rogó ella.

—Nos hubiera encantado que te quedaras a almorzar, sin embargo, entiendo que tienes tus quehaceres.

—¿Papá? ¿Por qué no invitamos a Adal a mi fiesta de cumpleaños?

Darío observó con suspicacia a su hija.

—No es una mala idea, Karen, pero ese mismo día cumple años nuestro nuevo amigo. Tal vez lo celebre con su familia.

Adal, estupefacto pegó una leve risita. Demasiadas emociones juntas para una sola mañana. Sintió como que toda esa pena que lo embargaba desde hacía un año, y en esa precisa mañana se disipara, aunque fuese por un rato.

Darío, al ver la reacción de Adal intervino ante la invitación de Karen.

—Darío, nuevamente, como agradecimiento, me adjunto al pedido de mi hija, claro, en caso de que gustes. —Sacó su tarjeta de presentación con su número—. Te la dejo, por si acaso.

Adal se la recibió gustoso, guardándola en su pantalón.

—Muchísimas gracias a ambos —agregó pausado—. Si no puedo, los llamaré.

A la salida del local se despidieron, estrechando sus manos, causando en Adal una ligera electricidad.

—Espero saber de ti, Adal —comentó Darío—. Gracias por aceptar el capuchino.

Adal asintió, contento.

Hacía mucho que no compartía, menos con extraños, sobre todo en una situación que al principio había resultado ser tan incómoda para ambas partes.

Le quedó dando vuelta la historia que le había relatado la pequeña Karen en conjunto a la de su padre. Ella no contaba con más de nueve años, además ser madura para su edad. De alguna manera, una niñita le había dado una gran lección en tan solo unos momentos.

Ya había olvidado a qué había salido. Por un lado, para despejarse, y por el otro, para hacer algunas compras navideñas para sus seres queridos, y los benditos ornamentos más allá de no tener nada planeado para Navidad.

Al regresar con un par de paquetes sacó la tarjeta, y pasó uno de sus dedos sobre esta. La dejó sobre su velador recordando la mañana.

Transcurrieron un par de días de aquel encuentro sin que la imagen de Darío se le escapara. Hacía mucho que no sentía esa sensación de gusto y hasta de cierta excitación. Le había encantado, pero no se permitiría tal deseo. Darío era un padre de familia, y por lo obvio hetero. Decidiría atesorar ese encuentro y dejarlo como en una vivencia más.

Quedaba tan solo una semana para Nochebuena, y ya la angustia se le había presentado.



—¿Ha llamado Adal, papi?

—No, cariño, no ha llamado.

Cada vez que preguntaba y la contestación era negativa, la niña agachaba su cabecita con decepción.

Darío había estado expectante ante la posible comunicación con aquel chico de cabellos castaños y sonrisa de ensueño. Le había calado profundo desde que le conoció. Si bien era cierto, no había sido de la mejor manera, mas al ver sus ojos, pudo sentir la sinceridad y transparencia que este proyectaba.

También para ellos los días pasaron, sobre todo visitando el parque, en el cual Darío solía observar por si encontraba a Adal. Karen le preguntaba una y otra vez por el chico. Sentía que le había salvado la vida aquel día cuando estuvo a punto de caer de la malla. No la hubiese perdido, pero sí hubiera tenido que pasar lo más probable su cumpleaños y fiestas de fin de año con una pierna o un brazo enyesado.

La madre de Karen había muerto cuando apenas ella tenía cuatro años, lo que sus recuerdos eran remotos, pero, aun así, palpables a la hora de recordarla. Su padre se había encargado de ello. Darío había adquirido la custodia, gracias a que la pareja de Lucía había desistido de la crianza. Era una mujer demasiado ocupada en sus labores, y lo de encargarse de una niña no le era del todo prudente, eso sí, sagradamente mantenía el contacto con la chiquilla, además de su manutención, aunque últimamente solo estaba cumpliendo con el dinero, algo que tampoco era necesario, pues él ganaba lo suficiente para cuidar a su hija. No obstante, Lucía le había dejado una herencia que, siendo que no era cuantiosa, estaba destinada para los estudios universitarios de Karen. Tampoco se habían llevado muy bien, pues Magda siempre había demostrado una cierta obligación solo por ser pareja de Lucía. Para él, ese intento de acercamiento era mera formalidad. Dicha razón, Darío se volcaría de lleno en la educación y preocupación como del cariño para con su hija. Se lo había prometido a Lucía, quien había sido su mejor amiga, tanto así, que habían engendrado a su ansiada Karen. Ambos deseaban ser padres y, aunque Darío fuera soltero, era su mayor anhelo el convertirse en uno. Se sentía afortunado, pero en el amor siempre daba palos de ciegos, he ahí que su rutina era hacer clases, practicar yoga y, por sobre todas las cosas, estar con su hija que era su único y mayor tesoro.

Faltaba solo una semana para Nochebuena, y lo más importante, para el cumpleaños número diez de Karen. Darío estaba entusiasmado, pero su mente no dejaba de pensar en Adal. Podría haber socorrido a su hija, sin embargo, por más le hubiera invitado una taza de café y hubiese sido encantador, este no dejaba de ser un extraño. Prefirió olvidarlo y centrarse en lo suyo. Comenzó a revisar su agenda telefónica y tachar los nombres de los invitados más los amiguitos de la escuela de Karen.

«Bien, es mejor que me concentre en lo que verdaderamente importa», pensó.

Intentando zambullirse en su tarea, recibió una llamada que para él sería inesperada y no tan agradable.

—¿Darío? —Una voz exaltada preguntó desde el otro lado.

—Magda, hola...

—¡Te he estado llamando desde hace una hora, hombre!

—Lo lamento, dejé el móvil en mudo.

—Pues no deberías —replicó de forma prepotente—. Quiero hablar con Karen, por favor.

—Karen duerme, es mejor que la llames mañana.

—No es tan tarde para que duerma, ¡son apenas las nueve de la noche!

—¿Me vas a venir a mí a decir a la hora en la que mi hija debe descansar?

—No te pases de listo, Darío, que ella también es mi...

Darío tapó el auricular y exhaló hondo. Magda era un dolor en el culo para él, pues sabía que ella lo hacía por compromiso, además que no se había presentado en casi dos meses. Lo gratificante y a la vez tranquilizador era que a Karen no parecía afectarle, pero esas eran las condiciones que había puesto y solicitado Lucía; no quería que ambas perdieran el contacto, no obstante, ella desconocía que a Magda poco y nada le

importaba Karen. Al fin y al cabo, esa sería una decisión que tomaría propia chiquilla cuando creciera.

—Alto ahí. —Darío la detuvo, irritado—. Hace casi dos meses que no te dignas en llamar. ¿Crees que etiquetando en una red social suples el cariño y la dedicación?

—Mira... —La mujer, sin saber cómo responder solo respiró fuerte—. Sé que no he estado presente, pero han sucedido cos...

—No me vengas con justificaciones que no valen. Tan solo una llamada, Magdalena.

—¡Lo siento! —Su voz se quebró—. Solo... déjame hablar con ella, te lo pido...

Karen dormía, era cierto. Habían tenido un día fenomenal entre juegos, lecturas y una salida a la playa. El clima estaba mejorando, y sabía que Karen adoraba hacer castillos de arena. El verano estaba por comenzar, por lo cual aprovecharía de motivar como de acercarse mucho más a ella. Estaba creciendo demasiado rápido, y sabía que luego vendrían las preguntas, pero no con respecto a él.

—Bien, espera un momento.

Molesto emprendió hacia el cuarto de su hija. Odió tener que despertarla. Parecía un angelito descansando abrazada a su osito consentido.

—Cielo... —Le susurró en el oído, tapando el micrófono—. Es mamá...

La chiquilla gruñó sobándose los ojos.

—Mamá está en el cielo, papi —Bostezó.

—Tienes razón, pero Magda desea hablar contigo.

—Está bien... —Karen estiró su mano para coger el celular—. Hola, Magda.

—¡Mi cielo, es mamá! —Magdalena extasiada se manifestó—. Te he extrañado tanto...

—Estaba durmiendo...

—Lo sé, cariño, es solo que acabo de llegar de Paris, y aún estoy confundida con los horarios —Rio—, te traje una muñeca preciosa.

—No me gustan las muñecas —exclamó somnolienta—. Quiero dormir...

—Cuando te vaya a ver compraremos lo que tu desees, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, adiós...

Karen cortó la llamada antes de que Magda pudiera despedirse. Alzó su mano para entregarle el aparato a su padre, quien estaba en la entrada de la habitación.

—Eso no fue muy cortés, amor.

—Ella no me ha llamado, papi —Hizo un puchero—. Ella no me quiere, ¡y yo tampoco la quiero a ella!

Karen comenzó a llorar, amargamente.

—Tranquila, mi corazón. —Acarició con suavidad su espalda, tratando de calmarla—. Ella te quiere, es solo que...

—Los adultos siempre tratan de justificarse...

Darío no supo qué responder, Karen, pese a que solo era una niña era demasiado inteligente como perceptiva. El haber perdido a su madre a temprana edad, la había hecho madurar.



Adal no pudo conciliar el sueño, y si lo lograba, este no era nada de reparador. Sueños y pesadillas lo persiguieron, sintiéndose culpable de las nuevas y recientes sensaciones que estaba viviendo. Solo había visto en dos ocasiones a Darío: la primera, rescatando a Karen, y la segunda a escondidas. A los tres días de aquel encuentro había divisado tanto al padre como a la hija, jugando felices. Rio un poco, puesto que Karen intentó subirse

nuevamente a la malla, olvidándose del día en el cual casi cae. Por supuesto, Darío la atajaría negando que escalara otra vez en esta.

Casi no había dormido, empero, no sería justificación para entregar un par de trabajos. Partió raudo hacia la oficina de su amigo, Claudio.

—¡Ya era hora de que llegaras! —Un muchacho con una prematura calvicie y una barba finamente afeitada, se levantó saltando de su silla.

—Disculpa, Clau. —Con rapidez, Adal dejó una carpeta sobre el mesón del hombre.

Este lo observó con detención, observándolo suspicaz.

—¿Estás bien? —Recogió el portafolio sin dejar de quitarle la mirada de encima—. No has dormido nada, ¿cierto?

—Solo estoy un poco agotado...

—A mí no me engañas, amigo —dijo en un tono bajo—. Sé que estás fecho son...

—No, estás equivocado. —Adal respondió a la defensiva—. Es solo que desde hace un tiempo estoy algo cansado.

—Te llevas encerrado, no socializas, ¡ni siquiera me aceptas una cerveza!

—No lo tomes a mal. —El joven tomó asiento, cabizbajo—. Aún trato de sobrellevar todo.

—Lo sé, Adal —asintió con un aire de tristeza—. Pero debes avanzar, estoy seguro de que Taylo hubiera querido.

—Estaré bien, Claudio, pero no vine para hablar de mí...

—Bien... —Claudio, con cierto mal humor cogió el archivador y se dispuso a leer—. Está bueno, confío plenamente en tu juicio, aunque podrías haberte esperado para después de las vísperas.

—Quise terminarlo antes, tal vez me vaya unos días...

—¿Cómo? ¿No estarás con tu familia?

—No tengo los ánimos...

De pronto, el celular de Claudio empezó a vibrar.

—¿Aló? ¡Hola, qué gusto saber de ti! ¿Cómo está tu hija?

Adal se levantó de la silla, y se paseó por la oficina, deparando en uno de los estantes en donde su amigo tenía un par de cuadros de su familia y amigos. En uno de ellos aparecía él junto a Taiyō. Lo cogió y cerró los ojos, perdiéndose en aquel momento vivido junto a su novio.

—¿Estás abajo? ¡Sube, que aprovecho de entregarte las tarjetas de cumpleaños para...

Adal alcanzó a escuchar algo de la charla, a pesar de su ensimismamiento con el retrato. Le hizo un gesto a su amigo de que se marchaba, haciendo que Claudio con un gesto de mano le dijera que no lo hiciera, cortando la llamada.

—No te vayas todavía. —Dejó el aparato a un lado, sacando de una de sus gavetas una cajita celeste—. Aún no hemos terminado de hablar. Déjame atender a un amigo que viene por unas invitaciones, y al menos me dejás invitarte un café, ¿te parece?

Adal no puso objeción. Consintió con una tenue sonrisa, tomando nuevamente asiento.

Mientras Claudio revisaba la cajita sonó la puerta. Dos suaves golpes en esta hicieron que Adal se pasara la mano sobre su cabello, sintiendo ya incomodidad. Al contrario de Taiyō, él era tímido, sobre todo luego de todo lo sucedido.

Sin pensar, y al ver la cara de felicidad de su amigo Claudio, Adal se dio vuelta, pasmado.

—¡Darío! ¡Qué gusto verte!

Adal giró hacia el ventanal que tenía enfrente, apretando los ojos, como si intentase querer desaparecer por arte de magia. De reojo dio con que era Darío, el mismo que había conocido hacía tan solo una semana, y que de ahí se le había incrustado en el pecho.

—¿Cómo estás, Claudio?! —Darío, sin percibir que el joven que estaba sentado se trataba de Adal, se enfocó en saludar a su amigo—. Espero no interrumpir.

—No te preocupes. —Claudio se dirigió hacia Adal, que aún se mantenía trémulo—. Te presento a uno de mis mejores amigos, además de ser un excelente publicista, Adal García.

Adal se levantó con parsimonia, pasando su lengua por sus labios que estaban secos. Apenas dio la vuelta para extender su mano a Darío, lo que este abriría la boca asombrado.

—Buenos días, qué tal... —El joven, atolondrado lo saludó.

—Buen día, señor García. Mucho gusto.

Darío, con una flamante sonrisa le respondió como si no lo conociera, descolocando todavía más a Adal. Él, por supuesto, rogó que se hiciera un hoyo en el piso para poder huir. Si era a la China, mejor sería.

Claudio notó cierta tensión, intentando comprender, pero no le tomó mayor relevancia. Tomó la cajita de invitaciones, y se dirigió hacia donde estaba Darío.

—Amigo, aquí lo prometido. —Le hizo entrega—. Espero que sea del gusto de Karen.

Darío la tomó procediendo a revisarlas.

—Están increíbles, Clau. —Volvió a guardarlas—. ¿Cuánto te debo?

—¡Nada! —Claudio hizo un gesto con la mano—. Son mi regalo para tu hija.

Adal al ver que ambos hombres hablaban sobre la fiesta de la pequeña, urgido los interrumpió.

—Lamento entrometerme, pero debo retirarme. —Adal procedió a despedirse de Claudio y, por consiguiente, de Darío, quien lo miraba de forma recelosa.

—Adal, lamento que te vayas, pensaba invitarte a comer. —Claudio, algo decepcionado le mencionó.

—Lo siento, Clau, tengo cosas que hacer. Para otra vez será. —Adal se acercó y extendió su mano a Darío, tragando saliva—. Que esté muy bien.

Darío solo asintió, sonriendo y aprovechando la oportunidad. Al ver que el muchacho se retiraba hizo lo mismo.

—De hecho, mi buen amigo, yo también debo dejarte. —Le dio un golpecito en el hombro—. Debo llevar a Karen a casa de sus abuelos.

—Bien... —Se lamentó—, hoy comeré entonces con mi madre.

Adal, aún con los ojos muy abiertos, nervioso, abrió la puerta, apurándose, casi corriendo. No tenía cara para enfrentar a Darío. Sabía que no había nada, absolutamente nada que los comprometiera más que una atracción en cuanto a él, pero al menos una llamada para saber cómo estaba Karen habría bastado. Se sentía un idiota, un malagradecido. Más que mal, habían disfrutado de una merienda compartiendo algo de sus vidas. Puso sus manos dentro de los bolsillos y siguió sin mirar atrás, no sin antes siendo detenido por Adal.

—¿Te vas, así como así?

El joven quedó paralizado, sin embargo, esta vez lo enfrentó como debía.

—Darío, yo... —suspiró—, realmente...

—Ey, no me debes explicar nada. —El pelirrojo con cierta seriedad objetó—. Solo me llamó la atención tu actuar. Es como si hubieras visto a un fantasma.

—¡No, no es eso!

—¿Entonces? —Rio—, Adal, no nos saquemos la suerte entre gitanos—. Tú lo sabes...

—¿Saber? No comprendo, para ser honesto...

Darío lo observó sin reservas, directo a sus ojos tratando de llegar a él. Era un hombre adulto, sabía que algo había quedado prendado entre ellos dos. Adal poseía una mirada intensa y honesta, tan transparente que percibía que algo había surgido en los dos. No

quería intimidarlo, y menos poner como excusa el cumpleaños de su hija, no obstante, no dejaría pasar la oportunidad de enfrentarlo.

—¿Quieres ir a comer?

Adal masajeó su cuello, intranquilo.

—No creo que sea una buena idea, Darío.

—Adal, somos adultos —dijo en un tono pausado—. No te estoy invitando a un motel.

El muchacho sonrió, atarantado.

—Tienes razón, perdóname —replicó bajando la mirada—. A veces suelo ser paranoico...

—Ven, vamos...

—Espera. —Adal lo atajó—. Dijiste que tenías que llevar a tu hija donde sus abuelos...

—Y así es, está esperando junto a la secretaria de Claudio. No hubiera tenido gracia que viera las tarjetas, ¿verdad?

—Es cierto —Sonrió.

—Se alegrará de verte.

Salieron charlando, como si ese hielo interpuesto por Adal se hubiera derretido en tan solo un segundo. Pensó que Darío se molestaría, tal vez viendo y tomando como una mala educación en que no se hubiera comunicado. Pero él ya sentía algo por él, algo que no podía ser, y era más allá de tener sentimientos por su difunto novio. No quería algo

pasajero, menos algo que fuera duradero, porque, tarde o temprano le sería arrebatado. Así, tal cual como le había sido arrancado Taiyō.

Al bajar vio a Karen jugando a las escondidas con Jenny, la secretaria de Claudio, sin embargo, la chiquilla al ver a su padre junto a Adal chilló contenta, dejando de lado su juego para ir corriendo hacia el joven, lanzándose sobre este.

—¡Ada! ¡Sabía que llamarías a papi!

Adal la recibió con ternura, besando su mejilla.

—¡Qué lindo verte, Karen!

—Entonces, vas a estar en mi súper fiesta de cumpleaños, ¿verdad?

Adal enmudeció.

—Tranquila, cariño —Interrumpió el padre—. Aún queda tiempo. Ahora, iremos a dejarte con tus abuelos, ¿te parece?

La muchachita asintió feliz. El solo hecho de ver al joven sus ojitos claros se iluminaron. Karen no paró de hablar sobre lo que le había pedido a Santa, como tampoco lo que quería de dulces y pasteles para su fiesta tan añorada. Los tres subieron a la camioneta de Darío. No tardaron más de diez minutos en dejar a la niña en casa de sus abuelos maternos, que al verla saltaron de alegría. Ella era todo lo que les quedaba, puesto que su madre había sido hija única. Llevaban una excelente relación con el padre de su nieta, no así con Magda, debido a su carácter prepotente y autoritario. Siempre se preguntaron que le había visto su hija para haberse comprometido con ella, pues no había tardado un mes para que esta falleciera, para que Magdalena ya anduviera con otra mujer, despreocupándose de la pequeña.

—Son adorables —manifestó Adal—. Me recuerdan a los míos. Así de encantadores eran.

—Lo son. Han sido un gran apoyo luego de la muerte de Lucía.

—Lo imagino... —Un Adal, algo temeroso respondió—. Perder a tu pareja debió haber sido terrible...

Le costaba iniciar charla a causa de su auto encierro, y más aún, por el gusto que ya tenía por Darío. Incluso, le había ocurrido exactamente lo mismo cuando conoció a Taiyō.

—¿Pareja? —Darío encendió la camioneta—. No, Adal, Lucía fue mi mejor amiga.

Adal lo miró con desconcierto.

—Entonces...

—Ambos deseábamos ser padres —argumento—, Lucía estaba en pareja con Magda, y yo soltero. Claro está que la viuda de la madre de Karen estaba al tanto y consciente que sería el padre.

—¿Qué dijo tu novia? Me imagino que la tenías...

—¿Novia? —Rio—, no, Adal, si te refieres a pareja, el muy desgraciado me había puesto los cuernos con su mejor amigo.

Adal abrió la boca a más no poder. ¿A dónde se le había extraviado el *gaydar*?

—Voy entendiendo...

—Lucía falleció de cáncer... —dijo acongojado—. En tan solo unos meses esa maldita enfermedad nos la arrebató.

—De veras lo lamento, Darío. —Puso su mano sobre el hombro del hombre—. ¿Cómo lo lleva Karen?

—Bien, ya sabes, los niños tienen una magia especial, algo que los destaca, es como una resiliencia tan especial que, de alguna forma los ayuda a avanzar.

—Eso es cierto... —afirmó—. Sin embargo, imagino que lleva una buena relación con su otra madre...

—Madre es una palabra muy grande —Hizo un mohín—. Pero sí, se llevan, aunque para Karen es una desconocida. No hay un lazo más que el verse de vez en cuando.

Adal no quiso preguntar más. Ya le había quedado claro que aquel hombre hermoso, no lo era solo por fuera, sino también de alma. Era un padre dedicado, se llevaba bien con los abuelos de su hija, y sabía, podía percibir que era un tipo bondadoso.

Ambos se miraron y sonrieron, no hubo necesidad de palabras, al menos, no por el momento. Visitaron el restaurant favorito de Darío, pidiendo algo ligero para luego deleitarse con algo de postre. Se fueron conociendo cada vez más; momentos de tristeza, confesiones y risotadas que más de alguna mirada los persiguió, pero ellos estaban perdidos en su reunión. Sin darse cuenta el tiempo transcurrió de una manera impresionante, lo que Darío miró su reloj.

Salieron hacia el estacionamiento caminando esta vez más cerca uno del otro,

—Es hora de que pase por Karen, ¿me acompañas?

—Claro, me encantará verla de nuevo...

Un silencio ensordecedor pasó entre ellos, a pesar del ruido constante de los autos que entraban y salían. La camioneta de Darío había quedado en un rincón, algo alejado de la salida. Adal estaba agitado, se sentía extasiado por la figura de Darío. El haber compartido la tarde con él había sido lo que tanto había añorado. Era una complicidad tan cercana que le quemaba. Era un tipo retraído, jamás aventurero o de esa gallardía para destacarse y menos lanzarse, no obstante, al llegar al recoveco en el que aguardaba el vehículo, se puso delante de Darío, cogiéndolo del cuello, posando sus labios sobre los de este. El hombre más maduro abrió los ojos con sorpresa, pero no se despegó de aquella boca. Era más alto y fornido, lo que con una de sus manos cogió con fuerza la cintura de Adal, acercándolo más a su cuerpo. Recorrió con su lengua cada espacio, tanteando, degustando de su sabor. Pequeños mordiscos hicieron que Adal gimiera deseoso que, si no hubiese sido por un claxon de uno de los automóviles no hubiera saltado. Darío suspiró largo y tendido, tocando el pecho alterado del muchacho, sin embargo, Adal, como si hubiera despertado de un trance retrocedió con brusquedad del hombre, sintiéndose culpable de aquel momento. Y lo era, había engañado a su amado.

—Lo lamento, no debí... —Adal dio la media, casi chocando con un carro, haciendo que Darío gritara.

—¡Adal! ¡Vuelve!

El chico corrió desesperado. Sintió su lengua crisparse, como también sus manos, a pesar de estar heladas como también húmedas. El corazón se le había desbocado, sintiendo que la daría un ataque ahí mismo.



Lo poco y nada que había averiguado -y por la misma boca de Adal-, era que no se había sobrepuesto ante la pérdida del que iba a ser su esposo. La tristeza de sus ojos era clara. Lo entendía, de alguna forma. El perder a Lucía había sido como si también le hubieran arrancado el alma. Habían sido una pareja, tal vez no romántica, pero era su compañera en una labor maravillosa; en la crianza de su atesorada Karen.

Luego de su encuentro con Adal, comprendió que se había enamorado, y si no era tal, sí había surgido un enamoramiento. Era más que un deseo carnal, más que tenerlo entre sus brazos y hacerle el amor, era protegerlo y profesarle un buen amor, uno que se merecía, en sí, ambos. Pudo a la vez también comprender el porqué del chiquillo que no lo llamase luego del mediano accidente aquel día en el parque. Adal estaba sintiendo lo mismo que él, si no, no lo hubiera besado ni acariciado de la forma tan pasional y entregada como lo había hecho en el aparcamiento.

Aquella noche soñó con él, y fueron más que besos y caricias. Lo deseó con toda la locura y la razón que su cuerpo pudo contener. No tenía su fono, no tenía nada de él. Pensó en Claudio, no obstante, se detuvo. Si Adal había escapado, era porque se había arrepentido. Quizá solo había sido el poco de vino y dulces que los había elevado para aquel pequeño pero intenso encuentro. Decidió tratar de olvidarlo. Trabajaría en ello, aunque le costara.

A la mañana siguiente hizo entrega junto a Karen las invitaciones como también adornaron junto a sus abuelos el árbol navideño. Estaba todo preparado para el gran día, uno doble, que no solo recibiría al Niño Jesús como le llamaba Karen, sino también un año más de su pequeña pero hermosa vida.

La chica no dejaba de preguntar por Adal, lo que Darío solo le daba aspirinas, tratando de no dañarla. Que tal vez estaba aproblemado, con mucho trabajo. Le recordaba que también cumplía años en esa fecha, lo cual tenía que comprender que también estaba en sus asuntos. Karen solo agachaba su cabecita, triste. De alguna manera le llamaba la

atención que la muchachita depositara tanto afecto en aquel joven, uno que no había visto más de dos ocasiones, sin embargo, era una especie de respuesta a que Adal sí era un buen chico. Tal vez tímido, callado, retraído por lo vivido, pero no había caso. Se había decido en desaparecer.

Los días pasaron raudos. Con un Adal sumido en el llanto y en una botella de brandy. No dejaba de pensar en Darío, en sus labios, en el calor de su cuerpo, y más que eso, en la contención de su abrazo mientras se besaban, no obstante, la imagen de su novio se le paraba enfrente, haciéndole sentir culpable. Había desistido de llamarlo, como rechazaba cualquier invitación para celebrar tanto su cumpleaños como Navidad. Se quedaría en su departamento. No había nada para celebrar.

La noche cayó y Adal se durmió encima del licor derramado sobre la alfombra. Estaba desnudo y en posición fetal, sosteniendo la tarjeta que le había entregado aquella vez Darío. No solo llevaba su número, sino también su dirección. Una suave brisa lo había abrazado, lo que hizo que su piel se enchinara, lo que sí, sin despertarlo, logrando que su mente se transportara en un plácido sueño. Se vio en una pérgola adornada por cientos de globos de colores y de mesas decoradas. Parecía una fiesta de matrimonio. Muchas personas sin rostro pasaban por su lado, mas él seguía derecho hacia su objetivo. Observó sus ropas; estaba vestido de negro, un *tuxedo* con una rosa en el bolsillo izquierdo, localizando luego a un hombre de blanco que estaba enfrente de él, no obstante, de espaldas, pero al dirigir su vista en uno de los asientos había otro con el mismo traje que el primero.

De repente, el hombre que permanecía de pie se dio vuelta, era Taiyō. Estaba sonriente, lleno de vida. Este le estiró el brazo y le cogió de la mano, para luego susurrarle que lo acompañase. Ambos partieron hacia donde estaba el otro hombre sentado y de blanco. No podía ver su rostro, como tampoco comprender el porqué de Taiyō que lo llevase hacia él. Cuando se acercaron, el hombre sentado dio la media vuelta. Era Darío, quien lo miró con la sonrisa más hermosa que nunca alguien le había regalado. A pesar de haber amado a Taiyō, la forma y la sutileza de Darío le había traspasado.

Taiyō estiró su otro brazo, haciendo que Darío la sostuviese, levantándose para luego sujetar la de Adal. Adal entendió lo que su amado intentaba hacer.

Despertó de un sobresalto, con un grito ahogado, golpeándose con la botella que yacía ya vacía. Se levantó y divisó el alba. Ya era veinticuatro.



—¡Mira, papi! —Karen le mostró un camión en el cual entraba perfectamente—. ¡El abuelo lo hizo para mí!

—Sí, amor, ¡está hermoso!

El día estaba maravilloso, y la tarde acompañada con una brisa acogedora. Todo estaba resultando como estaba planeado. Todos sus amiguitos estaban festejando con ella, así como sus familiares, hasta Magda se había presentado, pero, como no era en sí una compañía muy grata, solo se decidió en dejarle un obsequio a Karen, quien mucho no le llamaría la atención, aun así, Karen de vez en cuando se empinaba para observar la reja por si Adal aparecía. Su padre ya le había manifestado que él no llegaría, que no se preocupara por él. Era su día, y debía de disfrutarlo. La chiquilla solo asintió.

En cambio, Darío sí estaba al tanto, aunque engañándose, asimismo. Comprendió que solo había sido un gusto, un beso y ya. Había ayudado a su hija aquel día y no había un más. Debía sacárselo de la cabeza. Hombres sobraban, y él tampoco estaba desesperado por uno, por mucho que este le sacara de orbita.

Llegó el momento del pastel, de modo que Darío se apresuró a buscarlo. Los niños lo rodearon, siendo Karen que, con una amplia sonrisa, pensando su padre que se debía a su bizcocho, esta gritaría el nombre de Adal. El joven se acercó con cautela hacia Karen,

dejando de lado el paquete que le traía, besándola con ternura en su frente, deseándole un feliz cumpleaños, lo que la muchachita también se lo correspondería.

Darío quedó estancado.

—Lamento la tardanza —exclamó Adal, pasando al lado del hombre. Sin que este se diera cuenta, le dio dos suaves golpecitos en su trasero, pasando desapercibido por los invitados.

—Bienvenido... —Darío sonriente le sonrió—. Ponte junto a Karen, que es hora de cantarles el feliz cumpleaños.

FIN



León Kudell,

Valparaíso, Chile.

Diseñador gráfico, ilustrador de sueños, traductor y escritor. Un alma cromática, libre y de edificaciones utópicas.

Autor polifacético, fanático de la ciencia ficción y en la diversidad.

Puedes encontrarlo en:

Wattpad:

@LeonKudell y @Kudellino

Luna Black Kuran



La primera Navidad
de muchas



Copyright: Safe Creative.

©1811289170907

©La primera navidad de muchas

©noviembre2018, Luna Black Kuran

Todos los derechos reservados.

Distribución Gratuita.

Advertencias:

Lectura para mayores de dieciocho años. (Apto: 18+) Este relato es ficticio y en su contenido puedes o no encontrar escenas de sexo explícito o sugestivo con uso de lenguaje adulto que puede llegar a ser ofensivo para algunas personas.

(CC BY-NC-ND) Se prohíbe la reproducción total y/o parcial de esta obra, así como derivados y distribución de estos en cualquier forma o medio sin previo aviso y autorización de la autora, reservándose los derechos de tomar acciones legales y/o penales si faltan a este aviso. Uso no comercial ni derivados.

Todo parecido entre lugares, situaciones y/o personajes con la vida realidad es mera coincidencia.

Sinopsis

Oliver Jacobs es profesor de dibujo técnico en una de las mejores universidades del país, quien conoce a Leo Herrera, un estudiante con una mirada nostálgica que de inmediato llama su atención.

Después de una larga etapa de conocimiento, donde el profesor ayuda a Leo a resolver gran parte de sus problemas, logran establecer una bonita relación romántica.

Ahora que es navidad, Oliver necesita mantener a Leo a su lado y para ello tiene una propuesta, que espera sea positiva porque no puede visualizar su futuro sin Leo.

La Primera Navidad de Muchas



Capítulo 1

24 de diciembre

Oliver iba conduciendo en dirección a su casa sintiéndose emocionado y feliz porque al fin pasaría Navidad con el amor de su vida, pues a pesar de que llevaban casi cinco años juntos, nunca habían podido coincidir en estas fechas.

«Nuestras familias son un verdadero dolor de cabeza», pensó un poco fastidiado por las exigencias que él mismo recibía de sus padres y hermanos.

Era una gran desventaja estar fuera de su país y prácticamente ser obligado a volver cada Navidad, y más cuando ya había encontrado a la persona con quien deseaba pasar su vida. Inconscientemente llevó su mano hacia el bolsillo de su saco y sonrió olvidando por completo sus problemas familiares al sentir la sortija de oro blanco. Llevaba mucho tiempo planteándose en pedirle matrimonio a su novio; deseaba cuidarlo, amarlo y así ver si esas terribles crisis lo dejaban en paz.

Uno de los semáforos de la ciudad se puso un rojo y frenó con un suspiro que le supo a nostalgia al recordar la difícil historia de su chico y todo lo que atravesaron juntos para poder sacarlo de su frustrante situación.

Leo Herrera era estudiante de la carrera de mecatrónica en la universidad donde Oliver llevaba tiempo dando clases de dibujo técnico. Cuando Oliver conoció a Leo, le pareció un muchacho distraído y nada interesado en la materia, siempre miraba por la ventana mientras recibía la clase, aunque no era algo que le extrañara pues normalmente

los alumnos de ingeniería no tomaban en serio la asignatura de dibujo, la mayoría la sentía como innecesaria. Sin embargo, grande fue su sorpresa al revisar los primeros trabajos de ese serio estudiante. El trabajo de Leo destacaba de los demás, la hoja estaba en perfecto estado sin ninguna arruga ni mancha y sus líneas eran perfectas como si lo hubiera hecho a computadora. Ese muchacho era tremendamente talentoso y al parecer, él no se daba cuenta de su maravillosa habilidad para el dibujo.

El semáforo se puso en verde y siguió su camino, todavía faltaba mucho para llegar a casa pues la joyería donde había mandado a hacer el anillo de compromiso quedaba del otro lado de la ciudad y, aun así, valía la pena el tiempo invertido en el viaje.

Uno de los primeros recuerdos de su ex alumno vino a su mente: ese perfil melancólico mirando por la ventana del aula de clase. Un recuerdo que para cualquiera sería triste, aunque para Oliver era uno de los más hermosos. Leo siempre había sido perfecto para él porque lo consideraba especial y único, no en vano siempre destacó sobre el resto sin siquiera querer hacerlo. Su seriedad y sus altas habilidades en su clase desentonaban con su falta de interés por su curso y eso le causaba demasiada curiosidad; tenía la imperiosa necesidad de hablarle, saber qué ocultaba detrás de esa fachada de persona ausente, por eso aprovechaba cualquier momento o excusa para cruzar palabras con él.

Lo que descubrió unos meses después lo dejó con una terrible urgencia por seguir escarbando y llegar al fondo de la mente de ese complejo estudiante.

Leo era el menor de cinco hermanos hombres que vivían solo con su padre pues la madre había muerto cuando él era muy pequeño. Su crianza fue muy atropellada al no tener el cariño materno, los hombres de su casa eran el estereotipo de macho quienes se dedicaban a tareas y actividades puramente masculinas al igual que sus carreras y trabajos. Mientras que Leo se sentía intimidado pues no compartía su forma de pensar ni sus preferencias, él siempre supo que era gay, pero no podía decirlo si no quería que su familia lo rechazara.

Sin embargo, al estar a punto de llegar a la mayoría de edad uno de sus hermanos lo descubrió besando a un chico en un parque y cuando su familia se enteró comenzaron las burlas y abusos de su parte. Se excusaban en que, si tanto le gustaba ser la mujer en la relación, debía hacer “tareas femeninas”, asignándole todo el trabajo doméstico para él solo. Los tipos más idiotas y retrógradas de la historia.

Leo, se sintió con la obligación de cumplir con las exigencias de su familia porque no conocía otro tipo de vida, lo peor vino cuando le confesó a su padre sus deseos por estudiar diseño de modas en la universidad. El señor lo golpeó y le dio un interminable sermón acerca de estupideces machistas que Oliver prefería no recordar, porque justo sucedieron en navidad y no sabía cómo había logrado no odiar estas fechas después de ello.

El pobre muchacho tuvo que ingresar a la ingeniería en mecatrónica por exigencia de uno de sus hermanos. Después de escuchar toda la historia entendía por qué siempre lucía tan nostálgico en clases. Leo deseaba seguir sus sueños, pero sus alas habían sido cortadas y Oliver ansiaba ayudarlo a reconstruirlas para que pudiera volar alto.

Oliver pensaba que todo iría bien cuando lo convenciera de que debía estudiar lo que realmente le gusta hasta que lo encontró hiperventilando entre unos matorrales de la universidad. A Leo le daban ataques de pánico muy frecuentemente y se escondía en lugares cerrados para lograr calmarse, así descubrió que el muchacho sufría de una gran depresión y ansiedad. Tuvieron que pasar por un largo camino de altibajos donde Oliver logró ayudarlo a controlar esos ataques, a la vez que Leo tomaba la decisión de dejar la carrera y estudiar lo que realmente deseaba.

Es ese tiempo donde Leo logró abrir las alas y volar libre para alcanzar sus sueños, jamás soltó su mano. Siempre mostró agradecimiento y tanto amor que Oliver se sentía hipnotizado por ese majestuoso ser alcanzando cada una de sus metas.

Y ahora después de cuatro años y que su entrañable amistad se convirtiera en profundo amor, por fin Leo se había graduado con honores de su carrera soñada y se postularía para estudiar un postgrado en el Instituto Marangoni de París. Oliver se sentía

orgullosa de él y más que por sus logros académicos, se enorgullecía de que su situación emocional había mejorado con creces.

El profesor sonrió al ver que ya estaba en el camino que llevaba a su hogar. La oscura noche estaba alumbrada por las luces navideñas de las distintas casas, a lo lejos podía ver la suya que también brillaba con sus decoraciones, y de esa forma se dio cuenta de que Leo ya lo estaba esperando. Hace una hora le había pedido que se adelantara a la casa para recibir la cena que había pedido especialmente para ellos, así le daría tiempo para ir por la sortija y por fin estaba más cerca de poder entregársela.

Capítulo 2

Navidad a tu lado

Al llegar a su casa se estacionó sin meter el automóvil a la cochera y se apresuró para entrar a su cálido hogar. Sonrió más amplio imaginando a su delgado novio sentado frente al árbol mientras tarareaba distraído y reacomodaba los listones de los regalos de navidad. A Leo siempre le molestaba cuando las personas no sabían hacer moños perfectos, y no era como si Oliver fuera un experto en hacerlos. Sin embargo, al asomarse a la sala no había nadie, solo estaba el árbol con los regalos desordenados bajo él. Se notaba a la perfección la diferencia entre los perfectos regalos de Leo y los suyos más desgarrados.

Oliver se llevó una mano al cabello sabiendo la razón por la cual Leo no se encontraba cerca del árbol.

«Por favor que no esté allí», pensó con angustia dejando su abrigo en el sofá y comenzó a revisar su casa en busca de su novio.

Oliver recorrió cada habitación evitando lo más que podía su propio estudio, pero al no poder dar con Leo, suspiró derrotado y se dirigió a la puerta que no quería abrir. Apoyó la frente en ella antes de abrir pensando en todo el trabajo que le había costado quitarle la mala costumbre de encerrarse en espacios reducidos cuando ya no podía sobrellevar al mundo. Si estaba escondido bajo el escritorio solo denotaba un retroceso en su condición.

Abrió con cuidado la puerta y al escuchar la respiración acelerada de Leo supo que efectivamente había tenido una recaída. Se acercó al escritorio y se hincó tras él para encontrar a su novio hiperventilando mientras frotaba las manos en su pantalón con desesperación.

—Cuando mandé hacer este escritorio especial para que pudiéramos caber cuando te daba un ataque de pánico; pensé que era una buena idea, pero ahora creo que debí tirarlo hace tiempo —intentó bromear, aunque su comentario solo empeoró la situación.

Un llanto descontrolado puso a temblar a su novio y él solo deseaba tomarlo en brazos y ponerlo en un lugar seguro para que nunca volviera a sufrir. Sin embargo, ya habían pasado la etapa de protección, ahora era Leo quien debía superar esos ataques por sí solo, los demás solo debían fungir como apoyo moral.

—Vamos, mi príncipe azul —habló con dulzura acariciando su hombro sin llegar a entrar al escondite— ¿ahora qué pasó? Si estabas muy feliz por tu viaje a París y tu colección de invierno que seguramente impresionará al rector de Marangoni.

—No se impresionará —sollozó Leo limpiándose las lágrimas con la manga de su gran sudadera y solo en ese momento se dio cuenta de que estaba usando ropa holgada de nuevo. Por lo visto su inseguridad por su delgadez también había vuelto—. Esa colección con la que estuve trabajando todo el año es pura basura, jamás lograré entrar a ese instituto.

Oliver lo observó por un corto tiempo pensando en una forma de sacarlo de allí, pero Leo solo ocultaba su rostro. No le quedó más opción que sentarse en el piso, tomarlo por los hombros, tirar de él hasta sacarlo de su escondite y acomodarlo entre sus piernas para que su novio recargara la espalda sobre su pecho. Antes de darle tiempo a oponerse y volver bajo el escritorio, comenzó a masajear esos delgados hombros para ayudarlo a destensarse. Siempre que le daba un ataque de pánico terminaba muy cansado por la tensión en su cuerpo. Para su sorpresa, su novio en ningún momento intentó regresar a su resguardo, solo permaneció en silencio aceptando el cariñoso masaje mientras Oliver aprovechaba para recordarle lo talentoso y buen artista que era y todo lo que había logrado ese último año.

Después de un rato de haber estado en silencio, sintió a Leo mucho más relajado, lo que le animó a quitarle esa fea prenda que ocultaba su sensual figura y bajo ella

descubrió una camiseta ajustada con la impresión de un reno navideño haciendo una cara graciosa.

—Creí que sería divertido abrir los regalos con esto puesto —susurró Leo intentando justificar su prenda con voz apagada.

—Será divertido —estuvo de acuerdo Oliver con voz apreciativa— espero que también hayas comprado una para mí.

Sus labios se deslizaron por el cuello de Leo y cuando lo escuchó emitir una suave y tímida risa, supo que sus atenciones estaban funcionando.

—Siempre eres tan paciente conmigo —Leo tomó una de las manos de Oliver para besarla.

— ¿Cómo no podría serlo? —Preguntó en un falso tono ofendido y con su mano libre lo tomó del mentón para girar un poco ese húmedo rostro — Si eres mi príncipe azul.

Leo sonrió y se giró para enredar los brazos sobre su cuello a la vez que lo besaba ansioso descargando toda una marea de sentimientos intensos. Oliver quería averiguar qué era lo que había causado la recaída, pero era muy difícil pensar cuando Leo lo besaba de esa forma y más cuando sus lenguas se acariciaban y Leo soltaba suaves suspiros llenos de placer.

Las cosas eventualmente se fueron calentando hasta que ambos terminaron sin las prendas superiores, su ancho pecho frotándose contra la delgadez de Leo y su mente poco a poco se difuminaba centrándose en el gran deseo por complacer a su novio.

Leo soltó sus labios por un momento y Oliver estaba hipnotizado viendo como su novio terminaba de desnudarse, sacaba una botellita de lubricante de quien sabe dónde y se preparaba a sí mismo sentado sobre él a horcajadas. Contempló con viciosa lujuria como esa blanca piel se encendía y se estremecía cuando lo acariciaba con dulzura. Deseaba ser un poco más brusco, pero sabía que Leo necesitaba tomar el control para que lograra liberarse. Una buena sesión de sexo siempre ayudaba con los frustrantes síntomas de su ansiedad.

Cuando Leo estuvo listo, se retiró lo que le quedaba de ropa y unieron sus cuerpos en una de las más exquisitas formas de amar. La llama de su novio enardecía cada fibra de su ser, cada sonido que salía de esos hermosos labios era la melodía perfecta que ponía en orden su mundo. Sentirlo estremecerse, verlo tomar las riendas era tan excitante que sentía que en cualquier momento llegaría a la cima; afortunadamente, Leo llegó primero y Oliver pudo descargar su propio placer hasta quedar vacío.

Ambos respiraban con agitación sin despegar la mirada uno del otro y una necesidad imperiosa por hacerlo sentir amado invadió a Oliver. Ya no quería volver a verlo escondido bajo el escritorio.

—Te amo tanto —afirmó Oliver acariciando los muslos de su chico—, nunca debes olvidarlo, siempre estoy para apoyarte y...

—Lo sé —interrumpió Leo dándole un rápido beso para callarlo—, solo fue un pequeño desliz —explicó—. Al llegar aquí y ver el caos que tienes bajo el árbol quise poner un poco de orden, pero me perdí en mis pensamientos al recordar como inició nuestra relación. Un pensamiento llevó al otro y terminé odiándome a mí mismo por hacerte pasar por tantos problemas.

—Leo...

—Yo también te amo, Oliver —volvió a interrumpir con un dedo sobre sus labios—. Prometí que no me dejaría llevar por esos pensamientos negativos y sigo en la misma postura, solo que a veces es duro recordar.

El reloj de pared de la sala marcó la hora en punto y Leo saltó al escucharlo emitiendo un sonido frustrado que solo lo hizo sonreír.

—Odio tu puto reloj —se quejó Leo apretando sus hombros—. Es arcaico y es muy tenebroso que esté sonando cada hora.

—Prometo quitarlo —habló sonriendo—, si tú prometes que seguirás intentando dejar el pasado y concentrarte en el presente.

Su novio rodó los ojos y asintió. Por fin, se veía más animado y eso le hizo sentir paz en el corazón. Le ayudó a limpiarse y después de ambos vestirse de nuevo, caminaron a la sala tomados de la mano.

— ¿Tienes hambre? —Preguntó Oliver sabiendo la respuesta.

—Todavía no —Leo tiró de él para acercarse al árbol de navidad— ¿qué tal si abrimos los regalos primero?

—Pero primero es la cena, además los regalos se abren hasta media noche y no son ni las diez.

Leo lo abrazó por la cintura y ladeó la cabeza en un gesto suplicante. A pesar de que no se llevaban muchos años, su novio era solo un poco más bajo y exudaba una inocencia y ternura que siempre lo ponía al borde de querer darle todo lo que necesitaba.

—Solo por esta ocasión ¿podemos empezar con el final? Quiero abrir regalos.

— ¿Y después comeremos los postres que preparé para seguir con la cena? — Preguntó divertido besando esos labios fruncidos.

En su tierra natal, Provenza, se tenía la costumbre de degustar trece postres después de la cena de navidad, una tradición que quería mostrarle a Leo, pero ahora quería hacer todo al revés.

—A veces se me olvida que eres italiano y tienes costumbres extrañas —su novio chocó su nariz con la de él en un gesto juguetón haciendo un mohín que remarcaba un pequeño hoyuelo en su mejilla.

—Si te parece extraño comer postres en navidad no lo haremos —se encogió de hombros sonriendo porque de inmediato Leo comenzó a negar desesperado.

Desde que le había contado de los postres hace un par de días, se estuvo saboreando la tarta de chocolate que prepararía especialmente para él.

—Haremos las cosas como tú quieras entonces —sentenció su novio echando una mirada a los regalos y estaba claro que era un engaño. Ese tramposo chico bonito lo tenía en sus manos.

—Abramos los regalos, pero al menos bebamos champán mientras lo hacemos.

Leo lo soltó y pegó pequeños brincos de felicidad al mismo tiempo que Oliver se acercaba al mueble donde ya tenía las copas listas y luego abrió su pequeña cava donde guardaba sus mejores vinos. Su intención era hacer el ambiente mucho más romántico.

Al regresar al lado de su novio, él ya estaba cruzado de piernas cerca del árbol, había tomado uno de sus perfectos regalos y se lo extendió en cuando tomó asiento frente a él. Uno a uno, abrieron las coloridas cajas y como siempre cualquier cosa que hiciera Leo era perfecta para él. Al final Oliver terminó con varias prendas muy elegantes confeccionadas por su novio y algunos artículos que le vendrían muy bien para las clases. Leo estaba maravillado con sus nuevos sets de acuarelas, estilógrafos y lápices de colores porque amaba dibujar y llenar de color su vida.

Al verlo tan feliz e ilusionado con sus nuevas adquisiciones quiso aprovechar el momento para tratar el tema principal de la noche.

—Todavía no has terminado de abrir todos tus regalos —anunció sonriendo de lado al ver confundido a su chico.

—Pero ya no hay nada bajo el árbol —decía Leo frunciendo el ceño y estirándose de forma graciosa en su intento por ver si algo se le había olvidado.

—Sí que hay uno aquí —respondió llevando una mano de su novio a su pecho cuando se incorporó de nuevo—. Hoy quiero regalarte algo más especial. Quisiera decirte que te daría mi corazón, mi felicidad, mi paz interior; pero todo eso ya lo tienes, soy tuyo en cuerpo y alma.

—Estamos en iguales condiciones —la mirada de Leo brillaba de amor y sabía a la perfección que él también expresaba el mismo sentimiento.

—Si me permites, hoy quiero darte mis sueños, mis más profundos deseos, mis esperanzas y mi futuro —Oliver llevó su mano libre al bolsillo interior de su saco para sacar la argolla y mostrársela a su sorprendido novio —Leo Herrera, ¿me concederías el honor de ser tu esposo?

Su novio ni siquiera respondió cuando se le fue encima a besos y terminaron ambos recostados en la alfombra acariciándose y riendo un poco cuando sus labios quedaban en libertad por cortos segundos.

—Quiero pensar que ese es un sí —intentó hablar mientras Leo seguía dándole pequeños besos felices.

— ¿Cómo le diría que no al caballero que me rescató de la torre más alta? —La remembranza de su chiste privado lo hizo reír más fuerte, no podía creer que se pudiera ser tan feliz en esta vida.

Su, ahora prometido, se estiró para alcanzar la argolla que había caído de su mano y la colocó en su dedo anular. La joya brillaba en su dedo, pero no resaltaba tanto como su portador.

—Te amo, Sir Oli —ambos sonrieron porque a Leo le encantaba molestarlo con su origen italiano.

—Te queda hermoso —la voz de Oliver mostraba toda la emoción que sentía al ver la radiante felicidad de Leo— Y, tal vez, cada vez que sientas que todo va mal y el pánico quiera adueñarse de ti cuando no esté en ese momento; observa este anillo y piensa que hay un motivo para superar tus miedos. Nunca estarás solo y te amaré por siempre.

Los hermosos ojos verdes de su prometido brillaban por lágrimas de emoción. Quiso capturar ese momento para la posteridad, Leo feliz y lleno de esperanza por su futuro juntos mientras las luces de navidad llenaban de color sus vidas.

Esa sería la primera navidad de muchas que compartirían juntos, Oliver ya podía saborear cada momento que la vida les depararía. El futuro era prometedor y estaban

listos para encaminarse hacia él como siempre lo hicieron: tomados de la mano y confiando ciegamente uno en el otro.

FIN

Luna Black Kuran

Romántica de corazón a pesar de que la mayor parte del tiempo no lo demuestro. La forma que encontré para expresar mis sentimientos fue mediante la música pues me gusta tocar instrumentos de cuerda, aunque últimamente he encontrado un medio más efectivo que es la escritura.

Mi mente nunca se mantiene quieta, siempre estoy buscando algo nuevo qué hacer por lo que, aparte de la música, también he tenido mi etapa de dibujante. Me encanta ver series, animaciones, jugar videojuegos, entre otras cosas que siempre me mantienen ocupada y si no tuviera que lidiar con mi vida profesional jamás me quedaría sin nada qué hacer.

Me gusta disfrutar de mi soledad así que mi momento perfecto de relajación es estar en mi cafetería favorita tomando una bebida fría mientras leo un buen libro o escribo ideas para una nueva historia. Adoro los animales y mi cachorro Schnauzer miniatura, Fluffy, es la luz de mi vida.

Para conocer más historias y datos interesantes de mis personajes te recomiendo que visites los siguientes enlaces:

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/LunaBlackKuran>

Blog: <https://lunablackkuranhistorias.blogspot.mx/>





Embrujo a Medianoche



Ruby Vervain

Embrujo a Medianoche



29 de noviembre de 2018, por la mañana.

Cuando Ellis se levantó aquella mañana ya sabía que iba a ser un mal día.

El gallo no había cacareado, de la cocina no salían los ruidos de su madre haciendo el desayuno, por lo que el aire no olía a tostadas recién hechas y, lo más importante, su hermano no había ido a molestarle.

Así que Ellis saltó de la cama y corrió al baño, donde hizo lo que hacía todo el mundo al levantarse, y luego bajó las escaleras hasta el piso inferior. Buscó habitación por habitación, hasta que encontró a sus padres y su hermano sentados junto a dos extraños en el despacho de su padre. Se quedó tras la puerta, intentando escuchar. Hablaban de él, en voz baja y Ellis supo, en ese instante, que su corazonada había acertado.

Aquel iba a ser un día nefasto.

No llevaba ni dos minutos allí, cuando su hermano abrió la puerta de golpe, salió y echo a correr escaleras arriba. Dónde se escuchó un fuerte portazo. Ellis sorprendido, miró al interior del despacho, interrogando a sus padres con la mirada.

—Entra y siéntate aquí con nosotros, Ellis —dijo su madre con cara de circunstancias.

Ellis estuvo a punto de preguntar por su hermano, estuvo a nada de abrir la boca y negarse, a nada de seguir los pasos de su hermano y subir a encerrarse en su habitación.

Pero no hizo nada de eso. En vez de seguir su instinto, entró en el despacho y cerró la puerta tras él.

29 de noviembre de 2018, por la tarde.

Ellis siempre había sido un mago, igual que el resto de su familia. Y lo sería hasta que muriese en 300 o 400 años más. Dudaba llegar a los 1009 años, igual que su cascarrabias y gruñón bisabuelo por parte de madre, pero casi nadie lo había logrado, así que no era algo que le preocupara.

Se consideraba un buen mago. Tal vez no tan bueno como su tío político por parte de padre, Pernacius el grande; ni tan inteligente como su prima segunda por parte de madre, Elezabela la come libros; pero podía ser un mago aceptable, como la mayoría de los magos. Ni mejor ni peor. Normal.

Así que no entendía por qué lo habían elegido a él, cuando había magos mejores en el Aquelarre. ¿Por qué tenía que ser él, precisamente, el que fuera al territorio enemigo y robarse su mayor reliquia? (La cual, realmente les pertenecía a ellos, al clan de Ellis). Como si no lo llevaran intentando años sin éxito. Ellis negó con la cabeza. Era una pérdida de tiempo. El Aquelarre enemigo estaría listo. Más que preparado, ya que siempre lo intentaban el mismo día: el 21 de diciembre, Solsticio de Invierno.

¿Y por qué diantres habían elegido a su hermano para ser el *Sacrificio de Año Nuevo*? Desde luego, aquel año se habían lucido. Dos de dos. Sus familiares debían estar encantados, era la primera vez que tanto el *Sacrificio* como el *Ladrón*, provenían de la misma familia.

Ellis suspiró mientras se probaba la ropa tradicional del ladrón, que le habían dado hacía unas horas. Ambas eran antiguas tradiciones, creadas hace tanto tiempo que muy pocos recordaban como surgieron. Quizás su bisabuelo materno sí lo sabía, pero nunca

hablaba de ello. No obstante, los escritos antiguos y el boca a boca había hecho llegar hasta la actualidad la leyenda en torno a ambas tradiciones.

Ellis recordaba que se la habían enseñado en las clases de Historia del Aquelarre. El "Sacrificio de Año Nuevo" fue creado para servir como puente de unión entre la manada de hombres lobo, el aquelarre de vampiros y el de magos.

Hacía muchos siglos, los tres bandos habían peleado incansablemente por el territorio, hasta que llegaron a un tenso acuerdo de paz.

Durante una de las reuniones que se celebraron con la intención de repartir el lugar, un mago, un lobo y un vampiro, se percataron de su conexión. Los tres eran compañeros predestinados. Aquello no sólo iba a romper el acuerdo de paz, si no que infringía todas las normas de los tres grupos. De forma que decidieron escaparse.

Antes de su huida, el mago decidió llevarse la mayor reliquia de su Aquelarre: un bastón de álamo que había pertenecido al primer Gran Sacerdote del Aquelarre, su fundador. El mago pretendía usarlo como protección, pero su poder era demasiado fuerte y no fue capaz de controlarlo, matando a los tres compañeros al realizar el hechizo de protección.

El bastón fue lo único que se salvó. Y durante algún tiempo estuvo perdido, hasta que llegó a manos de un brujo del clan enemigo.

Al principio, se intentó dialogar con ellos, solicitarles que el bastón les fuera devuelto. Pero el Aquelarre de brujos se negó. Fue entonces cuando se creó la figura del *Ladrón*.

Como todas las tradiciones, empezó siendo una forma de alcanzar un objetivo: recuperar el bastón. Pero con el tiempo, fue adquiriendo cierto tinte Sagrado, y ahora ser elegido el *Ladrón del Solsticio*, era un gran honor. Se recobrase o no el bastón, sólo el hecho de haberlo intentado, reportaba un gran prestigio al elegido y a su familia.

Ellis lanzó una risa furibunda, a la vez que se miraba en el espejo y se daba cuenta que la ropa le sentaba bastante bien. Su familia debía estar restregándose a todos los

magos del Aquelarre. Que mal lo iba a pasar en clase cuando volviera luego de las vacaciones, pensó, antes de que su madre lo llamara diciendo que tenían visita y que bajase a saludar.

—Tierra, por favor, ¡trágame! —susurró.

21 de diciembre de 2018,

21:45 horas.

La fiesta por el Solsticio de Invierno estaba por comenzar. Mientras Ellis iba a en busca del bastón, el resto de su Aquelarre estaría celebrándolo. Nadie esperaba que consiguiera traer de vuelta la reliquia, pero se había convertido en la excusa perfecta para hacer un gran festejo.

Ellis esperaba en una pequeña habitación, unos pisos por encima, aunque contigua al gran salón donde iba a tener lugar la fiesta. Tenía un par de sillones, un ventanal que daba al interior y una pequeña estantería con algunos libros. Sin embargo, dudaba que alguien los hubiera usado, estaban llenos de telarañas y polvo.

Se puso en pie y se dirigió a la estantería, repasó los nombres de los libros sin que ninguno le llamase la atención, así que desvió su mirada a la ventana que había al lado de la estantería. A través del cristal, podía ver el gran salón dónde iban a tener lugar los festejos.

Ellis estaba nervioso y no habría podido concentrarse en leer, no obstante, sí que era entretenido ver como sus compañeros del aquelarre se esforzaban en dejar todo preparado para cuando la fiesta diera comienzo.

Ellis miró la hora en su muñeca, ya no quedaba mucho. En unos minutos, alguien aparecería con la capa que había pertenecido al ladrón original y le ayudaría a ponérsela.

Entonces caminarían hasta la salida y Ellis emprendería su camino a los terrenos del otro aquelarre.

No pasó mucho tiempo, cuando el pomo crujió y la puerta se abrió, revelando a su propio hermano. Ellis abrió los ojos, el que llevaba la capa doblada en el brazo, no era otro que su hermano un año mayor.

—No tenía idea de que serías tú —dijo sorprendido Ellis.

—Ya, bueno, han pensado que era lógico, ya que ambos hemos sido elegidos este año —respondió su hermano cerrando tras de sí.

Se quedaron unos instantes mirándose en silencio, sin saber muy bien qué hacer, hasta que Ellis suspiró pasándose la mano por su oscuro cabello.

—Con todo lo que ha pasado, no hemos tenido tiempo de hablar, pero quiero que sepas que lo siento, Elijah. Que tengas que pasar por eso de ser el *Sacrificio* sin ser gay debe ser una putada.

—Y yo siento que tú seas el *Ladrón*, yo habría sido mucho mejor ladrón.

—Eso no te lo voy a discutir. —Ellis lanzó una risita.

Entonces Elijah inspiró y soltó el aire con fuerza.

—Tú al menos habrías disfrutado ser el *Sacrificio* —respondió con una mueca.

Ellis sonrió con tristeza. Todos sabían que le gustaban los chicos, lo que le había causado algunos problemas. Estaba seguro que su hermano no era el único que había tenido ese pensamiento. Es más, ¿para qué iba a engañarse?, él también había pensado en eso.

—Puede ser. Quién sabe.

Con un suspiro, Ellis se dejó caer en uno de los sillones que había en el cuarto y su hermano hizo lo mismo, dejando la capa sobre el respaldo.

—Menudo par somos —rió Ellis—. No sé cómo vamos a hacer esto.

Elijah dio un resoplido, cruzándose de brazos.

—Si no fuera por los trillizos, te lo juro Ellis, me escaparía —contestó Elijah con el rostro contraído en una mueca de amargura.

Ellis frunció el entrecejo y se acercó, hasta sentarse al lado de su hermano.

—No lo dices en serio.

—¡Oh, sí! ¡Y tanto que sí!

—¿Y dónde irías? Todos en nuestra familia te repudiarían.

—Prefiero eso, a pasar mi eternidad con un hombre lobo. Con un hombre... Dejando... Dejando que él...

Elijah apoyó los codos sobre sus rodillas y escondió su rostro entre sus manos con aspecto derrotado. Ellis pasó un brazo por sus hombros y le abrazó.

—Pero no tiene que ser la eternidad, puede ser sólo esa noche. Zach nos lo dijo, no hay porqué estar más tiempo con ellos si no es lo que queremos —dijo Ellis, intentando consolar a su hermano.

—Y aún así voy a tener que entregarle mi virginidad —rebató Elijah—. Una virginidad que se suponía que no iba a perder.

Elijah tragó saliva con dificultad.

—No sé si puedo hacer esto, Ellis. Sé que Zach lo explica con una gran sonrisa y que dice que a pesar de los nervios y lo asustado que estaba fue una experiencia genial, pero... no todos somos Zach. —Elijah negó con la cabeza—. Y ahora que sabemos lo que le ocurre al Sacrificio... No sé, puede que para algunos sea emocionante, pero no para mí. ¡Ni siquiera conozco al tipo, por todos los Dioses! —exclamó. Y luego susurró—: Ojalá fuera al revés.

Ellis arrugó el ceño.

—¿El qué?

—¿El qué, qué? —preguntó Elijah extrañado.

—¿Qué es lo que desearías que fuese al revés? —aclaró Ellis.

Elijah se sonrojó al darse cuenta de que había dicho las palabras en voz alta.

—Oh, eso —Elijah sonrió un poco imaginando la situación en su cabeza—. Bueno, es que cómo también soy virgen delante, pues... En fin, que tal vez podría ser el lobo el que pusiera, ya sabes,... el agujero —explicó poniéndose aún más colorado.

Durante unos segundos, los dos hermanos se estudiaron en silencio, hasta que finalmente, Ellis se echó a reír.

—¡Esa es una idea fantástica! —exclamó Ellis con entusiasmo.

—¿Tú crees? —preguntó Elijah con la duda pintada en su voz.

—¡Desde luego! ¿Por qué no has ido ya a hablar con Zach? —inquirió Ellis.

—Pero... ¿Y si se molestan? Pueden haber problemas si...

—¡Es que tienes razón, Elijah! ¿Por qué siempre tenemos que ser nosotros, los magos, lo que pongan la parte de abajo? ¡Que la pongan ellos por una vez!

—¿De verdad que crees que debería...?

—Definitivamente.

22 de diciembre de 2018,

00:24 horas.

Ellis lo había conseguido.

No tenía ni idea de cómo, pero lo había hecho.

Había robado la reliquia.

El Bastón de Álamo estaba de nuevo en manos del Aquelarre.

La. Gente. Iba. A. Flipar.

Si es que Ellis conseguía escaparse de los que le perseguían, claro.

Suspiró, intentando no moverse, escondido entre unos arbustos del jardín delantero de la mansión del clan enemigo. Desde su posición podía ver claramente el portón de la entrada del que no dejaban de salir magos y brujas, cuya fiesta del Solsticio había interrumpido.

Le buscaban y Ellis no sabía qué debía hacer.

Tenía que llegar a las tierras de su Aquelarre para que el robo concluyese y se pudieran quedar con el báculo, pero para eso antes tenía que atravesar a unos cuantos cientos de hechiceros.

De repente, dejaron de salir y el lugar poco a poco se fue quedando desierto, hasta que Ellis no veía ni a un alma. Sin mucha seguridad, se arriesgó a moverse unos pasos y al ver que nadie le descubría, empezó casi a correr agachado. Sólo le faltaban unos metros para internarse en el bosque cuando alguien tras él gritó:

—¡Ahí está!

—¡Mierda! — exclamó Ellis al verse descubierto.

Dejó de intentar ocultarse y empezó a correr todo lo que le daban las piernas. Alcanzó el bosque al mismo tiempo que varios hechizos le rozaban la cabeza. Ellis los vio explotar en partículas de colores al chocar contra los árboles.

Sin abandonar su carrera, Ellis se dio cuenta que no tenía más remedio que usar el último recurso del que disponía: la capa del ladrón.

Diseñada en tonos marrones, y hecha de piel, la capa tenía varios hechizos sobre ella: algunos de protección, un par de sigilo, uno que le permitía ver en la oscuridad y otro que le hacía invisible. Sin embargo, había un problema: los hechizos tenían un tiempo limitado. En el instante en el que se pusiera la capucha, los encantamientos se activarían y el reloj empezaría a contar. Había tardado casi dos horas y media en llegar, si no estaba de regreso antes de cumplir las dos horas, era muy probable que le atraparan.

No obstante, parecía que era la única solución. Así que agarró la capucha y se la puso.

Al cabo de un rato, Ellis ya había avanzado un buen trecho del camino. Había dejado de correr, pues ya le habían perdido la pista. Ahora marchaba a grandes zancadas y mucho sigilo. Algunos magos habían pasado cerca de él, mas nadie lo había visto. Ellis esperaba que todo continuase así.

Pero eso, habría sido demasiado fácil.

De pronto, oyó algo a su derecha. Paró y se giró en busca del sonido.

¿Eso eran gritos?

Definitivamente eran gritos.

Ellis inspiró. No debería ir a ver. Tenía que seguir adelante. Casi lo había conseguido. Avanzó unos pasos y los gritos se hicieron más fuertes. Luego se alejaron de nuevo. Quería saber... pero no. Debía seguir.

Con la curiosidad picándole tras la oreja, Ellis continuó su camino, hasta que se dio cuenta de que los gritos no se iban, si no que se acercaban a cada paso que daba, como si la persona que gritaba estuviese a punto de...

Un choque tiró a Ellis al suelo. La capucha se le bajó y los hechizos dejaron de funcionar, pero de alguna forma, aquello le daba igual porque lo que había caído en sus

brazos era el ser más hermoso que había visto jamás. Con los cabellos rojos como el fuego, la piel pálida de alabastro y los ojos plateados como la luna llena.

Se miraron a los ojos y durante unos segundos ya no estaban en el bosque siendo perseguidos, si no que estaban ellos dos, solos en cualquier otro lugar.

—¡Ahí están! ¡Cogedlos!

El grito les devolvió a la realidad, sin embargo, Ellis esta vez no pensaba huir. Había encontrado a su pareja. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. Ambos se habían dado cuenta. Se cogieron de las manos y salieron corriendo. Había un claro cerca. Ellis tenía planeado evitarlo, ya que era muy visible, mas la situación había cambiado.

Todo era diferente ahora.

Llegaron al punto central del claro y Ellis abrazó a su compañero de la cintura y esperaron. Se puso la capucha, logrado que ambos se desvaneciesen, cuando los rastreadores empezaron a salir de entre los árboles. Algunos les apuntaban con varitas, otros con piedras mágicas y el resto con sus propias manos. Intuían que Ellis y su pareja estaban allí, puesto que les habían estado siguiendo, aunque no estaban seguros de la situación exacta.

Entonces Ellis tomó el bastón, lo clavó en la tierra y permitió que la magia viajase por él y tomase el control. En su mente surgieron unas palabras que no conocía. Era el báculo que le indicaba las palabras. Ellis apretó el bastón, sujetó bien a su compañero y sonrió.

Dijo el hechizo y una luz blanca emergió del báculo, cegó a todos sus contrincantes y con un chasquido, les hizo desaparecer.

22 de diciembre de 2018,

01:29 horas.

Reaparecieron en una habitación aún abrazados. Ellis reconoció al instante cual era. El bastón había regresado con su dueño legítimo. Dejó el bastón en un rincón y con algo de vergüenza, la pareja se alejó un par de pasos.

Ellis le sonrió y el joven pelirrojo le devolvió una tímida sonrisa por primera vez.

—Bienvenido, ponte cómodo —dijo entrecortadamente Ellis mientras se desprendía de la capa y la dejaba en un perchero junto a la vara.

—¿Qué lugar es este? —preguntó vacilante el chico.

Ellis miró a su alrededor, las paredes de piedra gris, suelos de mármol negro, una mesa y unas sillas de madera y una gran cama matrimonial. Y sobre ella, el retrato del Gran Sacerdote y su esposa, una hermosa bruja de cabellos caoba.

—Es, ah... el antiguo dormitorio del Gran Sacerdote —explicó quitándose las botas—. Se supone que sólo aquel que tenga el bastón-reliquia puede dormir aquí la noche del Solsticio.

Los ojos plateados se le abrieron como platos.

—¿Ese bastón es la reliquia del Aquelarre? ¿Y lo robaste? ¡Te van a matar! ¡Tienes que devolverlo!

Ellis se echo a reír, poniéndose al lado del pelirrojo y acariciándole la mejilla. El chico, que era más bajito, se sonrojó y bajó la cabeza. Ellis le puso un par de dedos bajo la barbilla y le elevó el rostro. Aquellos ojos plateados le miraban con tan anhelo que no podía resistirse. Sin darse cuenta estaba a punto de besarlo, cuando los jugosos labios del chico se abrieron y susurró:

—No puedo perderte ahora que te he encontrado, por favor...

—No lo harás —sentenció Ellis y le besó.

22 de diciembre de 2018.

A la mañana siguiente, tras consumar su unión varias veces durante la noche, Ellis le explicó a su pareja toda la leyenda en torno al bastón del Gran Sacerdote y la tradición del *Ladrón del Solsticio*.

Asimismo, Clancy, que era cómo se llamaba su compañero, le contó que era un medio vampiro y que había sido capturado por el clan enemigo, para convertirse en un esclavo del hijo mayor del jefe del Aquelarre. Que aprovechando el robo de Ellis, Clancy también se había escapado.

Ambos se echaron a reír al notar las coincidencias que les habían llevado a encontrarse y se alegraron de estar juntos.

Más tarde, cuando Ellis y Clancy bajaron al gran salón, con el bastón en la mano del brujo, la sala quedó en un silencio de ultratumba. Hasta que al darse cuenta de la proeza realizada por Ellis, todos los miembros del clan estallaron en una ovación tan grandiosa que sacudió los cimientos del lugar.

Ellis explicó todo lo sucedido y presentó a Clancy al Aquelarre y a su familia, y fue acogido con gran entusiasmo y ambos fueron felicitados incontables veces.

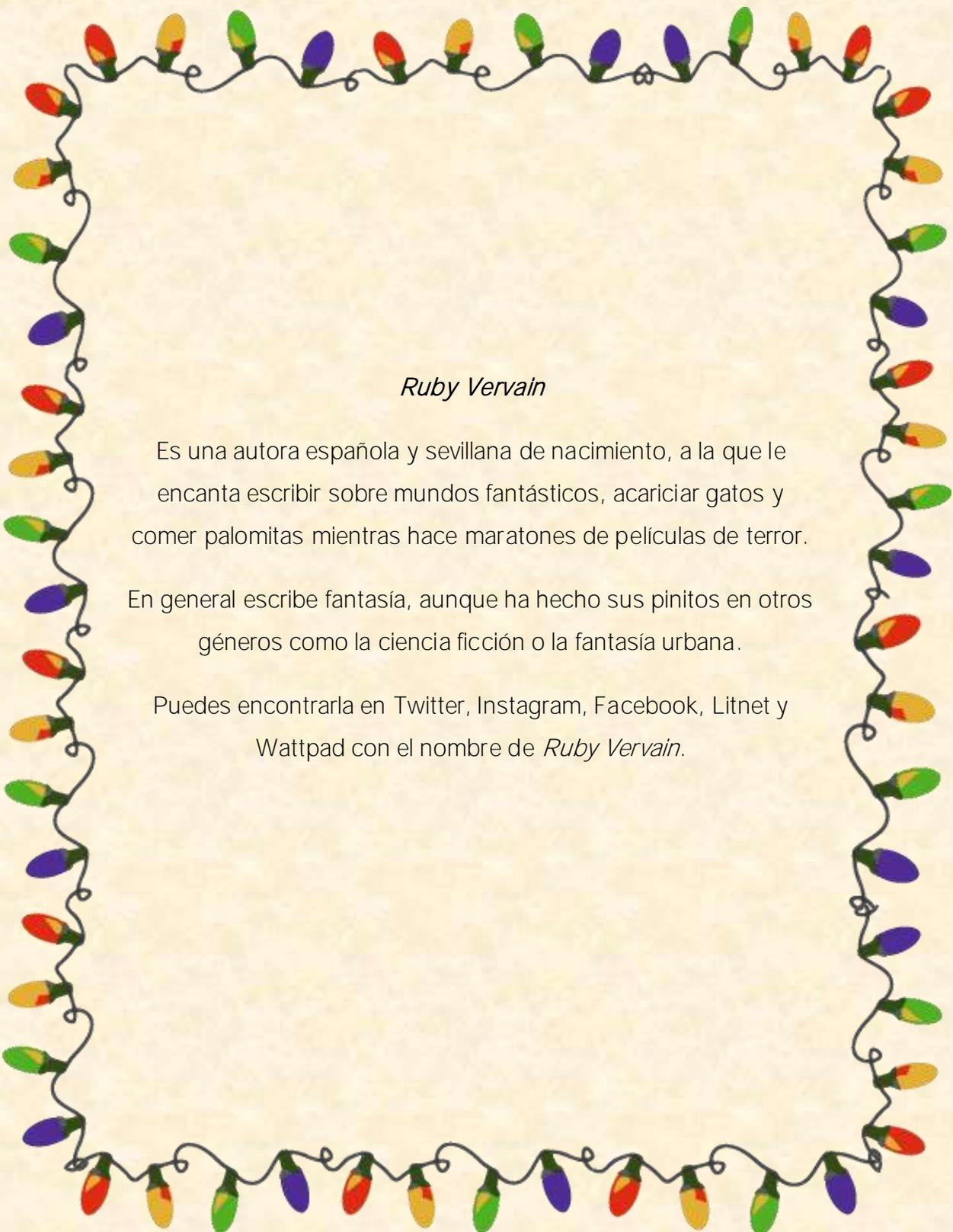
Algún tiempo después, Ellis pasó a formar parte del Circulo Interno del Aquelarre y se fue a vivir con Clancy. Siguió estudiando y, como el bastón le había elegido como nuevo portador, con el tiempo llegó a dominarlo y a convertirse en uno de los mejores magos del Aquelarre. Incluso mejor que Pernacius el grande o que Elezabela la come libros.

Él y Clancy vivieron altibajos, pero nunca dejaron de quererse. Hubieron días mejores y días peores, mas ninguno de los dos habría cambiado por nada del mundo su vida juntos o las circunstancias que les llevaron a encontrarse.

Y aunque Ellis le preguntó en varias ocasiones, pues estaba seguro de que tenía ideas propias, si había sido el bastón el que lo había estado orquestando todo desde que se perdió, la vara nunca contestó a sus interrogantes.

Aún así, Ellis no se preocupó demasiado, muy en el fondo sabía que la magia era la responsable de todo lo que ocurría y esta, igual que el tiempo y el karma, le concedía a cada uno, lo que se merecía.

FIN



Ruby Vervain

Es una autora española y sevillana de nacimiento, a la que le encanta escribir sobre mundos fantásticos, acariciar gatos y comer palomitas mientras hace maratones de películas de terror.

En general escribe fantasía, aunque ha hecho sus pinitos en otros géneros como la ciencia ficción o la fantasía urbana.

Puedes encontrarla en Twitter, Instagram, Facebook, Litnet y Wattpad con el nombre de *Ruby Vervain*.



La Voluntad del Alfa



Daniel Richards

La Voluntad del Alfa



Carlo estaba lo que seguía de feliz en la parte trasera del taxi en el que viajaba, llevaba meses intentando salir con Laura, la asistente de forense más sexy que había conocido jamás, pero la chica no le había dado entrada hasta hacia unos días cuando al fin había aceptado una cita.

Laura era una chica afroamericana con enormes y hermosos ojos negros, el cabello rizado era encantador y le hacía desear enredar sus dedos en él. Esa mujer era simplemente una diosa que lo hacía babear con solo caminar frente suyo.

Su salario no era alto, pero era soltero y manejaba bien sus cuentas, sus papás le habían heredado en vida una hermosa casa en los suburbios, si Laura alguna vez aceptaba una cita en su casa podría mostrarle que también cocinaba muy bien.

Carlo estaba tan encantado pensando en su posible futuro que la sonrisa no se borró de su rostro ni al bajar del taxi ni al entrar al bar en el que habían quedado. Él habría preferido ir a recogerla pero la chica había insistido en que cada uno llegara por su lado, ellos vivían en extremos diferentes de la ciudad por lo que era más fácil de esa forma.

El policía miró su reloj, eran apenas las 6:45, se habían citado a las 7, así que estaba bastante tiempo adelantado.

-Creo que me emocioné- sonrió, aunque sentía que era un excelente tiempo, él odiaría llegar después de ella.

Observó las mesas a su alrededor pensando cuál sería el mejor sitio para tomar una copa cuando su teléfono sonó, sonriendo al notar que era el número de Laura contestó.

-Hola bonita, ya estoy en el bar ¿dónde estás?- preguntó con buen tono.

-Carlo, en verdad lo siento, tuve una emergencia familiar y no voy a poder llegar, en verdad lo siento de veras, por favor discúlpame- le pidió con tono apenado.

Carlo mentiría si dijera que la noticia no le desquebrajó su suave corazón, pero no dejó que se demostrara en su voz.

-Claro, no te preocupes ¿estás bien?- se aseguró de preguntar.

-Si, estoy bien, es solo un asunto en mi familia, de nuevo discúlpame ¿sí?- volvió a pedir y Carlo sonrió amargamente.

-Descuida, la familia siempre es primero, cuídate y será en otra ocasión ¿ok?- preguntó intentando no sonar enfadado.

-Muchas gracias Carlo, será después. Me tengo que ir y disculpa de nuevo- la llamada se cortó y él observó el teléfono con tristeza. No podía apartar la sensación de que ella simplemente no había querido ir. Abatido suspiró y se masajeó el cuello, ya estaba ahí, pero la verdad no sentía que tuviese mucho caso ahora que le habían plantado.

Estaba por irse cuando una lindísima chica castaña con rostro encantador le detuvo.

-Hola ¿vienes solo?- preguntó con una enorme sonrisa, Carlo sonrió nerviosamente, él estaba endiosado con Laura, pero siempre se ponía nervioso ante una cara bonita.

-Algo así...bueno- sonrió aún más nervioso- me acaban de plantar así que creo que cuenta como que estoy solo, ya me iba- su voz temblaba un poco, definitivamente el apuesto chico no era del todo bueno con las mujeres bonitas, al menos no cuando las tenía enfrente.

-Que coincidencia, también me plantaron- sonrió divertida- mis amigas están por ahí ¿podrías bailar una pieza conmigo? Me da mucha pena decirles que me plantaron- explicó y Carlo vio a las chicas sentadas en una mesa cerca de la pared, parecían atentas a ellos dos.

Carlo sonrió y asintió, entendía el sentimiento en esos precisos momentos.

-Te comprendo, bailemos entonces- le tendió una mano con una enorme y encantadora sonrisa. Carlo era un hombre grande, media 1.83 y pesaba 85 kg, estaba definido en las áreas en las que debía estarlo sin exceso de masa muscular, un rostro simétrico y unos hermosos ojos verde limón que centellaban en contraste con su cabello pelirrojo casi naranja.

La chica sonrió encantada, ese chico era un bombón y no solo eso, también era tan crédulo que daba ternura. A ella nadie la había plantado desde luego, pero ella y sus amigas lo habían visto al entrar y habían apostado que podía seducirlo en menos de tres canciones. Por lo que parecía ella iba a ganar esa apuesta y además le iba a gustar mucho hacerlo.

Cuando comenzaron a bailar Carlo le hizo plática, para decepción de la chica, sin ningún ánimo sexual.

-¿Qué vas a hacer después de esta pieza? –preguntó.

-Bueno, les diré que tenías algo urgente que hacer y tuviste que irte, que solo viniste a avisar que no podías quedarte- se inventó de la nada, las mentiras brotaban naturalmente de sus labios como agua de un manantial.

-El sujeto que te plantó va a arrepentirse, ya verás- la consoló.

La chica continuó haciéndole plática, no habían notado la aterradora mirada que se posaba sobre ambos.

Antonio Lutero estaba en una esquita del bar en un amplio sillón de media luna, una hermosa pelirroja estaba a su izquierda y una rubia a su derecha, ambas chicas en sus brazos. La escena no era rara tratándose de Antonio, el hombre tenía un apetito sexual inmenso y también era un amante espléndido. Si había alguien que podía rechazar al enorme y sexy semental eso era algo que no se sabía, el sujeto nunca buscaba a sus amantes, las chicas llegaban solas. Aunque todas sabían que no era algo definitivo, pero no estaba mal tener una sexy aventura con el sujeto.

Aunque podía decirse que Antonio usaba a las mujeres para su placer, lo cierto es que las mujeres que estaban con Antonio hacían un buen uso de él también, buen sexo en la cama y buen dinero fuera de ella, sin ataduras ni compromisos. No estaba tan mal, cuando alguna quería algo estable y que llenara las necesidades de su corazón simplemente se iban sin más. Antonio incluso había dado más de un regalo generoso en alguna boda de sus examantes.

Sin embargo las dos chicas en turno no sabían qué diablos había pasado, pero su amante se había puesto repentinamente de mal humor.

-Anton ¿estás bien?- preguntó la pelirroja acariciando el torso del hombre.

-No...- gruñó aunque pese a su aura fría las chicas no se asustaron, Antonio era un amante insaciable y desde luego tenía más de un pervertido gusto en la cama, pero no era un hombre agresivo fuera de ella.

-¿Necesitas algo?- la rubia preguntó ladeando el rostro.

-No...chicas, tienen que irse, no podré volver a verlas...- retiró los brazos de los hombros de ambas- no pregunten, fue un placer compartir su tiempo.

-Anton ¿qué pasa? ¿Como que no podemos volver a vernos?- preguntó la rubia extrañada, los tres eran sabidos que aquello era solo una aventura temporal, para ellas una experiencia de juventud que recordar, pero no esperaban que de repente solo las echara de su lado.

-Chicas...retírense...mi asistente las llevará de compras luego, pueden vengarse con mi tarjeta de crédito ¿les parece?- preguntó, aunque sonó más a una amenaza y aunque ellas estaban algo molestas también sabían que el mundo en el que Antonio vivía no era precisamente uno legal del todo. No sabían bien a qué se dedicaba pero tenía amistades peligrosas.

Las chicas se vieron la una a la otra y se levantaron, podían notar que aquello era asunto serio y decidieron sabiamente tomar el regalo que les ofrecía e irse.

Anton acababa de cerrar un negocio especialmente complicado y había pensado celebrarlo con sus dos actuales chicas favoritas, pero no había esperado que el destino lo golpeará de aquella manera. Estaba besando a una de ellas cuando el aroma de su pareja lo inundó y los labios de la hermosa muchacha se volvieron repulsivos.

Buscó a su pareja con la mirada y le encontró hablando por teléfono, El oído de un lobo no era como el de un humano promedio y agudizó sus sentidos para escucharlo, supo entonces que lo habían plantado y felicitó a la chica por su decisión, él odiaría tener que quitar a un estorbo de en medio, estaba justo pensando eso cuando aquella castaña se acercó y comenzó a seducirlo. Tuvo que alejar a las chicas de su lado, no solo porque ya no tenía el más mínimo interés en ellas, sino porque temió desquitar la ira que lo corroía con ellas.

Vio a la chica hacerle una señal de pulgar arriba a otras chicas en la distancia tras unos minutos y agudizó el oído para escucharlas a ellas también.

-Ella es terrible, no puedo creer que de verdad lo esté logrando.

-¿Crees que se lo pueda llevar a casa hoy?- preguntó una picara.

-No lo sé- la chica se rió- pero estoy segura que lo va a intentar con todas sus fuerzas, digo... también me gustaría llevármelo.

Anton gruñó y se puso de pie sin poder controlarse a sí mismo. Estaba cerca de la pareja cuando escuchó a la chica hablar.

-Solo una canción mas ¿sí? Te prometo que ya no te pediré nada ¿ok?- pidió juntando sus pequeñas y delicadas manos frente al sexy chico.

-Bueno...no lo sé- Carlo se revolvió el cabello sin saber qué hacer. No estaba de humor para bailes, pero tampoco quería ser grosero, solo quería irse a casa.

-Creo que él no quiere seguir bailando contigo preciosa- Anton habló justo detrás de Carlo y la chica se paralizó al verlo ¡por todos los cielos! ¡ese era el Dios del bar! la chica se preguntó si la llevaría a tomar una copa- Retírate- la voz de Anton sonó tranquila pero la

amenaza en sus ojos esfumó todas las fantasías de la chica que asintió y se alejó casi corriendo de ahí.

Carlo se quedó en su sitio y pasó duro, no sabía quién estaba detrás de él pero su voz le había hecho estremecer de pies a cabeza.

-Eeh...- se giró despacio sin saber si agradecer o disculparse, no tenía idea de por qué aquella persona había intervenido en su asunto así que solo le observó sin poder decir nada, solo verlo un calor abrazador inundó su pecho, lo deseaba... deseaba a aquel hombre.

El sentimiento desconcertó al humano y dio un paso atrás luchando con sus irracionales impulsos.

-Yo...yo ya me iba- logró articular al fin y por Dios que intentó moverse pero sus pies no le respondieron, su cuerpo se negaba a marcharse, no, su cuerpo deseaba pegarse al ajeno y arrancar la ropa que estorbaba.

El extraño sonrió y Carlo sintió que le temblaban las piernas de lo increíblemente sexy que el gesto le pareció, se imaginó lamiendo esa boca... bajando hacia su pecho fuerte... ¡no! Maldición ¿qué cosas estaba pensando? ¡Y con un hombre!

-¿Por qué tanta prisa?- el sujeto avanzó a paso seguro y rodeó la cintura de Carlo con un agarre fuerte.

-Espera...- Carlo no sabía qué demonios pasaba pero casi soltó un gemido cuando el sujeto frente a él lo abrazó, debería luchar para soltarse pero solo pudo apretar el saco ajeno en sus manos y sostenerse de él, había una dolorosa erección en sus pantalones y sentía que las piernas le estaban fallando.

-¿Qué quieres que espere?- preguntó en su oído y Carlo gimió al sentir el aliento cálido en su oreja y la voz baja y ronca viajando por cada fibra de su ser- ¿por qué mejor no vamos a un sitio más privado?- preguntó y lo apretó un poco más contra sí – ¿te gustaría?- murmuró con la voz más malditamente sensual que Carlo había escuchado jamás en su vida.

-si... si... vamos...- murmuró ya ajeno a por qué se quería ir antes, era una tontería, todo lo que deseaba era mantenerse junto a aquel sujeto.

Anton sonrió y sin soltarlo lo guipó por la parte trasera del bar. El lugar era el tipo de sitio en el que necesitabas una reservación VIP para poder entrar y lo menos que quería era exponer a su pareja a las miradas indiscretas así que lo sacó por el callejón trasero. Su nuevo amante parecía estar reaccionando a sus feromonas y no era para menos, estaba ejerciendo toda su presencia de alfa sobre él. Le sorprendería si su sexy acompañante recordaba su nombre.

-Gmmm- Carlo no podía hablar, sentía que le faltaba el aire, una de sus manos jaloneó la camisa del otro y metió la mano para encontrar un alivio placentero en tocar la piel ajena, sus labios atacaron su cuello lamiendo y besando la piel expuesta, estaba mojado en sus pantalones y no podía hacer otra cosa que empujar su erección contra la pierna de su acompañante para encontrar consuelo-qui...quie....- le faltaba el aire y sentía que su cuerpo no le respondía.

-¿Qué deseas cachorrito?- preguntó el hombre y Carlo sonrió embelesado por su voz.

-Jódeme... jódeme, por favor- rogó rodeando el cuello ajeno con ambos brazos y buscando su boca.

Anton le había hecho una seña a su chófer para que lo recogiera en el callejón, estaba decidido a llevar a su pareja a casa y disfrutar plenamente de él, pero no contaba con tener un amante tan malditamente tentador. El era un hombre siempre en control, nunca se había dejado llevar por el sexo pero el muchacho en sus brazos le nublabá el juicio por completo.

-Eres una maldita tentación- le reprochó y lo colocó contra la pared atacando su boca, su lengua empujó en la ajena y la mano con la que lo abrazaba se metió en sus pantalones haciéndolo gemir.

Sus dedos no perdieron tiempo, estrujaron la piel firme de sus nalgas y casi de inmediato uno de sus dedos se empujó en su entrada haciéndolo llorar.

-Que...que...ah...se...se siente...ah...ah...- Carlo comenzó a mover las caderas sin poder separarse de la boca del hombre mayor- más...más...

-¿Te gusta cachorro?- Anton preguntó, pero su voz ya no era tranquila, se escuchaba ronca y jadeante- dime cómo te gusta- él quería escucharlo hablar sucio.

-No...no sé...- Carlo se sintió frustrado, movía sus caderas buscando aquel dedo pero la verdad es que no sabía cómo moverse para que se sintiera mejor, estaba tan desesperado, quería más pero no sabía cómo obtenerlo- quiero más... más... necesito más...- lloró desesperado.

-¿Es tu primera vez aquí?- Anton preguntó en un gruñido más que posesivo y Carlo asintió efusivamente- ah...bebé, eres tan increíble...- a Antonio jamás le había importado algo tan pasado de moda e insignificante como que su pareja fuese virgen, de hecho entre más experimentada mejor, él era un hombre de juegos y alguien más experimentado siempre era más receptivo y activo en la cama.

Carlo no sentía ningún deseo por un amante virgen, no tenía deseos de tener que enseñarle a nadie cómo tener sexo, pero maldición... su pareja inexperta en sus brazos, jadeante y lloroso... era la maldita cosa más hermosa que había visto en su vida.

-No te preocupes cachorro- Anton empujó otro dedo en el interior del pene y los abrió mientras los movía adelante y atrás sacando una sonrisa satisfecha de los labios de Carlo- voy a enseñarte cómo sentirte mejor.

-Si...quiero...quiero más- gimió.

-Tienes que escuchar todo lo que te diga- Anton le habló al oído y lo sintió asentir- Tienes que hacer todo lo que ordene cachorrillo ¿lo entiendes?

-Lo haré... lo haré, no pares...

Un auto de vidrios polarizados se detuvo junto a ellos y Anton se detuvo haciendo que Carlo lloriqueara por el abandono.

-Tranquilo cariño, solo vamos a movernos a otro lado, te prometo que te va a gustar- prometió metiéndolo dentro del carro y entrando después. Nada más sentarse sintió a Carlo trepar sobre él. Su desesperación le sacó una sonrisa lujuriosa de los labios.

Anton volvió a meter la mano dentro de los pantalones ajenos y empujó sus dedos dentro jugueteando en su interior.

-¿Te gusta bebé?- preguntó dejando su boca para atacar su cuello.

-Si... si... me gusta... mételos más... quiero más- rogó.

Anton mordió las tetillas ajenas sobre la ropa y escuchó gemir a su pareja y apretar sus dedos en su entrada.

-¿Te gustó tanto que te veniste?- se burló.

Carlo cayó jadeante sobre el cuerpo de su amante, estaba tan mareado, sintió los dedos de aquel hombre exquisito salir de él y se aferró a la camisa ajena negando.

-No... no, por favor, no los saques- su miembro apenas y había bajado un poco pero estaba volviendo a levantarse apretándose dentro de sus pantalones- no los saques, por favor... por favor mételos más...

Anton soltó una risita y metió un tercer dedo, el grito de placer de Carlo inundó el auto.

-Esto no está bien cachorro... ¿solo te interesa recibir placer sin importarte cómo me sienta?- preguntó y la insinuación hizo sentir angustiado a Carlo.

-No... no, no no- negó efusivamente, con la respiración agitada y los ojos llorosos.

Su rostro era el de alguien que ha perdido toda la conciencia, tenía los ojos nublados por el deseo y las mejillas hacían juego con su cabello rojo. Sus manos se apresuraron a sacar el cinturón de su pareja y abrió con dificultad el pantalón metiendo una mano y masajeando torpemente.

-No eres muy bueno con la mano cachorro- murmuró Anton acariciando el rostro del muchacho.

-Perdón... perdón- pidió aunque sus caderas seguían moviéndose contra los dedos ajenos que se abrieron en su interior estirándolo y haciéndolo gemir.

-¿Por qué no lo intentas con esto?- Anton acarició los labios delgados y masculinos de su amante y este asintió sin chistar.

El auto era amplio y bajó de las piernas de Anton al suelo, el movimiento hizo que los dedos de su pareja salieran de él, quería llorar de necesidad pero el miembro ajeno frente a su rostro se le antojó irresistible, lo metió en su boca y comenzó a chupar como si del manjar más exquisito se tratara, Anton echó la cabeza atrás y cerró los ojos sintiendo la maldita gloria en aquella boca caliente.

Carlo llevó una mano a su trasero y se penetró a sí mismo mientras chupaba y mamaba la carne caliente en su boca, estaba en el cielo.

No pasó mucho tiempo antes de que Anton no pudiera contenerse y se vino dentro de la preciosa boca que empujó hacia su cuerpo obligándolo a tragar todo, aunque no era necesario, Carlo estaba hambriento de él y lo bebió con desesperación, su propio miembro se tensó y llegó por segunda vez en la noche.

El orgasmo lo dejó débil y un poco más perdido que antes, solo sabía que quería sexo, mucho sexo y que lamer los residuos en el miembro de su amante lo estaba calentando de nuevo.

Anton tomó el mentón de su pareja y le levantó el rostro viendo manchas de su semen en las comisuras de su boca. Tenía el cabello desordenado, los pantalones medio bajados y estaba mojado por delante y por detrás, todo él era un poema completo.

-¿Te gusto eso?- preguntó lamiéndose los labios, imaginando lo que haría con ese cuerpo exquisito.

-Quiero más...- rogó en respuesta.

-No te preocupes cachorro... esto apenas es el principio, cuando termine contigo vas a estar abierto y lleno de mi, en tu boca... y en tu trasero no desearás nada más que mi miembro jodiéndolo- le prometió.

Carlo lo escuchó y su cuerpo se encendió ante la promesa, estaba goteando de ganas por ser profanado de aquella manera.

-Si... si... lo quiero...

Anton vio a través de los vidrios polarizados y recordó las fechas en las que estaban, las luces por todos lados hacían difícil olvidarlo.

-Marino- llamó a su chofer a través del intercomunicador.

-Si señor- la voz neutral respondió al otro lado, evidentemente sabía qué hacía su jefe en la parte trasera del auto, pero su voz era imperturbable.

-Has los preparativos para que la mansión tenga todo lo necesario para una impresionante celebración navideña para dos- le ordenó- estaré en el sótano con mi pareja hasta ese día- . Anunció y tras decirlo cortó la comunicación, acarició el cabello del muchacho entre sus piernas y sonrió- tengo muchas cosas que enseñarte cachorro- los dientes le picaban por morder a su amante, a diferencia de otros lobos él tenía un control muy por encima de lo normal, de ser cualquier otro lobo no sabía si podría controlar el impulso de morderlo. Pero no... no era el momento aún, iba a disfrutar del primer celo de su cachorro antes de morderlo.

Si las cuentas le salían bien, Anton estimaba que en nochebuena estaría por salir del celo, el momento perfecto para morderlo. Podría entrar a los juegos grandes entonces, para cuando saliera de la fiebre de apareo que provocaba la mordida, su pequeño cachorro ya sería adicto a su cama.

-Feliz navidad por anticipado bebé- murmuró acariciando su mejilla.

-Feliz navidad...- respondió por inercia el muchacho, restregando su mejilla en el pantalón ajeno y acariciando suavemente su miembro que endurecía de nuevo.

Aquel iba a ser un ardiente camino hasta su blanca navidad.

Continuará...



Dani el Ri char ds



Facebook: BLDanielRichards

<https://www.facebook.com/BLDanielRichards/>

Wattpad: Daniel_Richards

https://www.wattpad.com/user/Daniel_Richards

DeviantArt: DanielRichardson

<https://www.deviantart.com/danielrichardson>

Instagram: TintaStore

<https://www.instagram.com/tintastore/>